

DEL AISLAMIENTO Y OTRAS COSAS

Textos inéditos de Miguel de Unamuno

INTRODUCCION Y NOTAS

POR

ALFONSO ARMAS AYALA

Catedrático de Literatura.

SUMARIO

I. Los prologuistas.—II. Discursos.—III. La tertulia.—IV. “Aquella estancia en Gran Canaria”.—V. El desterrado camina solo.—VI. “Las horas lentas”.
TEXTOS DE UNAMUNO: 1. Discursos.—2. Cartas.—3. Autógrafos.—4. Artículos.

I.—LOS PROLOGUISTAS.

El viajero.

Estuvo D. Miguel de Unamuno en Canarias, en 1910, como mantenedor de Juegos Florales en Las Palmas, y en 1924, desterrado por el General Primo de Rivera, en la isla de Fuerteventura. Unamuno, infatigable descubridor de todos los caminos de España, también pulsó la geografía espiritual de nuestras Islas. Y lo hizo, no como un turista más, sino como un concienzudo viajero. Ahí quedan sus conocidas páginas sobre La Laguna, sobre Teror, sobre Tejeda; pero además escribió otras, no tan conocidas. Perdidas en las amarillentas hojas de los periódicos, o en los autógrafos inéditos, o en la carta amistosa. Y es aquí donde el agorerismo unamuniano fue más fecundo, y, en ocasiones, más afortunado. Porque su palabra, sincera, alborotadora, desnuda, reflejaba el esqueleto

vivo de la isla; el tono claro-oscuro de la insula. No con almíbar, sino con acidez; no diciendo galanuras, sino verdades. Su espíritu, propicio a la lucha, rompiendo lanzas a cuenta de la ligereza, a causa de la frivolidad, a causa del papanatismo. Siempre “hacia adentro”, arañando la hendidura insular, rastreando sus entrañas, descubriendo su intimidad. Hasta encontrar, como diría en uno de los discursos pronunciados en Las Palmas, “esa eterna palabrería de la eternidad”.

Por ello, por ese tono desenfadado, agrio y hasta violento, Unamuno no gustó. No convenció. Sólo unos pocos se sintieron adueñados de su palabra; unos pocos que, con anterioridad, ya habían descubierto su magisterio. “Alonso Quesada” —un poeta machadiano—, “Fray Lesco” —seudónimo de Domingo Doreste, ensayista—, Macías Casanova —joven escritor—, fueron algunos de los unamunianos más representativos. Unamunianos e insulares que, excitados por la palabra del Maestro, enriquecieron a la Isla en profundidad conceptual a fuerza de desvestirla de bucolismo y de falsa frondosidad. La Isla definida por el silencioso fragor de sus apagados volcanes, por la desnudez del barrancaral, por la sequedad de sus planicies, por su solitaria preñada de aislamiento.

Primero, Gran Canaria; después, Fuerteventura, en donde tan “hondas raíces” dejó su corazón solitario; por último, Tenerife, a la que, aunque visitada turísticamente, también supo conocer en sus rasgos más personales. En todas las Islas, sigilosamente uncidas por su base, el Aislamiento: el atosigante, el orgulloso, el feroz aislamiento. En él cifró nuestro viajero buena parte de los pecados y de las virtudes isleñas; a través de él, conquistado por sus africanos procederes, fue capaz Unamuno de reencontrar a los hombres y la cosas. Para hacerlos revivir en sus versos —ahí queda *De Fuerteventura a París*—, de convertirlos en imágenes que son ya prototípicas e insuperables.

Haber utilizado unos Juegos Florales para hacer diagnóstico tan minucioso y, según los insulares, tan arbitrario, de los problemas isleños, fue su pecado. A pesar de que la Geografía integral de las Islas se enriqueciese de verdad y de coordenadas. Sí, de coordenadas que había trazado insospechadamente un mitólogo atrevido y desenfadado.

“Viene como sembrador”.

1898. Los hombres de la “decadencia” anhelan reconquistar la intimidad nacional. A fuerza de enseñar Geografía, a fuerza de colonizar la aridez de unas tierras tan yermas como los corazones. Los noventaiochistas, inquietos y descontentos, convirtiendo el ancho ruedo ibérico en campo de luchas y de polémicas.

1910. A Canarias, siempre alejadas del Continente, apenas si llegaba un eco lejano de los entonces candentes problemas nacionales. Enquistadas en domésticas querellas, mal podían escuchar el hondo rumor del desconcierto patrio. Miguel de Unamuno, al aceptar la invitación que se le había hecho como mantenedor de los Juegos Florales, venía precisamente a sacudir la modorra de las Islas. A infundirles pasión, a hacer rescoldo del orgullo, a acabar con la ramplonería decadente de fin de siglo que aún subsistía.

Noventaiochista fecundo, Unamuno llegaba al Archipiélago anunciando una renovación prometedora. Y así, como feliz renovador, lo anunciaron sus amigos.

Francisco González Díaz —con quien sostiene Unamuno correspondencia— lo saluda como “sembrador” en un artículo publicado en “España” (22-VI-1910); Doreste pronuncia una conferencia sobre *Unamuno orador, político y ensayista* (“España”, 5-VI-1910); “Alonso Quesada” lee y comenta *Apuntes para un tratado de cocotología* (“España”, 4-VI-1910); en “España” (16 abril, 29 abril, 4 mayo, 11 mayo, 24 junio, 3 julio, 17 julio: 1910) y en “Diario de Tenerife” (28 junio 1910) se publican artículos o fragmentos de la prosa unamuniana. Los lectores canarios fueron, poco a poco, unamunizándose antes de que llegara D. Miguel. Y todo fue gracias al empuje y a la voluntad de unos pocos.

Con anterioridad, estudiante todavía en Salamanca, Domingo Doreste (“Fray Lesco”) había publicado en “Revista de Municipios de Madrid” (31-I-1909) un amplio reportaje de Unamuno. De él extractaría “La Mañana”, de Las Palmas —periódico dirigido por D. Rafael Ramírez, otro unamunista destacado—, los párrafos más esenciales del diálogo sostenido por Doreste con su profesor salmantino. “Sospecho —decía Unamuno— ... que la cuestión divisionista es una pugna no entre dos grupos del Archipiélago, sino

entre dos ciudades”. Y no se equivocaba mucho, porque no en vano su civilidad le había ayudado en más de uno de sus diagnósticos políticos. “En el orden supremo —añadía—, y en el de la cultura, es una ciudad la que hace una región y le da conciencia de sí misma”. He aquí dos conceptos —civilidad y cultura— que volverían a ser meollo principal de dos de sus discursos canarios: conceptos que él estaba emitiendo a muchas millas de distancia, aún con el riesgo de caer en el juicio prematuro.

Pero no andaba muy descaminado Unamuno. Se había lanzado de lleno en el “palpitante” problema de la “División” —Las Palmas aspiraba a convertirse en capital de provincia—, y, como le diría al propio Doreste, estaba dispuesto a hablar sobre él con sinceridad y sin reservas. Como correspondía a su carácter.

“Desde que se levanta el telón”.

Tuvo Unamuno una eficaz propaganda con la llegada a Las Palmas de la Compañía de Cobeña-Oliver, en cuyo repertorio figuraba *La Esfinge*, la primera pieza teatral escrita y representada de Miguel de Unamuno. La crítica periodística de “La Ciudad”, llevada a cabo por firmas tan prestigiosas y tan unamunianas como las de Tomás Morales, “Alonso Quesada”, González Díaz y Macías Casanova, supieron aprovechar la ocasión para convertirse en exégetas de la obra unamuniana. En la isla de Gran Canaria, pues, un año antes de la llegada de Unamuno, se estrenó, por vez primera, don Miguel como autor teatral; y hacerlo emparejado con Galdós, en aquellos años convertido casi totalmente en una de las primeras firmas teatrales españolas, decía mucho en favor de Unamuno¹.

La crítica periodística fue abundante, especialmente en los días siguientes al del estreno, un 23 de febrero de 1909. En “La Ciudad” (25-II-1909), Manuel Macías Casanova se expresaba así:

“Desde que se levanta el telón, un afán, un hambre de comprender se apodera imperativamente de todos...”.

Y no otra cosa deseaba el autor. Pero Macías llega más lejos; apunta fuentes, y no va muy errado al mencionar al gran dramaturgo escandinavo:

¹ “La Ciudad”, 25 febrero 1909.

“*La Esfinge* es una obra ... de una fuerza de visión ibseniana”
(ibíd.).

No sólo fuentes, sino contenido; hay como una íntima satisfacción del crítico —agónico como Unamuno— y la obra reseñada; de ahí que sea “la duda” el tema fundamental que destaque:

“Porque no hay nada que más purifique el espíritu y le dé más grandeza, más inocencia, más fecundidad, más frescura, pureza y brillantez... que es el sufrimiento de la duda” (ibíd.).

De Angel —el “otro” D. Miguel incrustado en la obra— dijo Macías conceptos bien claros. Definidores de su enigma; y de su lucha:

“Y supo continuamente ir en pos de él [un Ideal] y a pesar de su sufrimiento atormentado, consiguió su existencia con su fe” (ibíd.).

“Existencia” y “Fe”: dos vocablos unamunianos; interpretados por un unamunista, dueño a su vez de un léxico, de una técnica y una ideología muy propios del Maestro.

Otro crítico fue el poeta Tomás Morales. Acierta a explicar la paradoja del autor, a quien sabe captar fielmente:

“Poeta filosófico, engloba en sí mismo a un gran poeta emocional, un atormentado en medio de la vida” (“La Mañana”, 26-II-1909).

Morales, poeta antes que crítico, sugestionado por la “emoción desbordadora”, por la fuerza viva y palpitante de las ideas del dramaturgo —también más poeta que dramaturgo—, señala precisamente lo más característico de la obra: el eterno monólogo en que se debate el protagonista, en realidad el propio autor.

Francisco González Díaz, periodista y orador, hombre más lleno de dudas que de fe, no supo o no quiso acercarse a Unamuno. El *Epistolario* refleja precisamente este aspecto. De ahí, la actitud un tanto de reserva de su crítica:

“La obra de Unamuno no es una obra escénica; para serio le falta haber encarnado en seres vivos”.

Ya el propio Unamuno, en la carta dirigida a Jiménez Ilundain ², sentía temor del excesivo lirismo que encerraba; aunque naciese —decía— de verdaderos “gritos del alma”.

Angel era un ser que dudaba; y que dudaba por abundancia de Fe. Por paradójico exceso de Fe. Tal era su sino; como el de su creador. Y es este debate, “esta lucha de conciencia”, lo que llena toda la trama de la obra. Una trama escondida por el lirismo; o por los conceptos, por los difíciles y esquinudos conceptos del “poeta filósofo”.

Domingo Doreste transcribe, en un artículo publicado en “La Mañana” (20-III-1909), unas palabras pronunciadas por Unamuno en un banquete dado en su honor en Salamanca; se refieren a *La Esfinge*:

“El drama *La Esfinge*, a quien no he tenido la intención de bautizar así, fue escrito hace una decena de años, en un mes de murria, en el cual un chaparrón de tedio hizo volcar mi propio espíritu en las cuartillas...”.

Por haber mucho de sí mismo y por haber volcado en la obra mucho de esa intimidad agobiante tan suya y tan paradójica, era por lo que temía por el éxito de la obra. Se lo había dicho a Ganivet en una carta ³ y se lo repetía al auditorio del original banquete:

“El éxito de la obra casi estoy por sentirlo, porque puede incitarme a seguir por estos caminos literarios que no son frutos jugosos de nuestra alma” (ibíd.).

Esa desconfianza en el éxito obtenido —éxito que él más sentía como circunstancial que como sustancial— era la que le hacía dudar de su consistencia. Aunque, a pesar de lo que entonces dijo, prosiguiese por la senda dramática:

“No quisiera hacer más dramas, aunque no respondo que esos otros incentivos (el dinero), la misma seducción del aplauso, me lleven a reincidir” (ibíd.).

² Vid. “Revista de la Universidad de Buenos Aires”.

³ Vid. *Teatro...*, edic. G. Blanco, B. [1954], pág. 7.

La lectura de telegramas congratulatorios enviados desde Las Palmas por "Alonso Quesada", Rafael Ramírez, Macías y otros unamunistas, leídos en el antedicho banquete por Domingo Doreste, fue la introducción del viaje que habría de realizar Unamuno casi un año después. El 23 de junio de 1910 podía saludar en el muelle del Puerto de La Luz (Las Palmas) a casi todos los firmantes de aquel telegrama. Firmantes que, con su esfuerzo y con su fe unamuniana, hicieron posible el aparente triunfo de la pieza dramática. Representada en un teatro de provincias, ante un público provinciano, excesivamente conservador, y en un clima no muy propicio para las aventuras ideológicas de "Angel".

II.—DISCURSOS.

El Teatro "Pérez Galdós" de la ciudad de Las Palmas estaba pletórico de "adornos helénicos", de "altos artesonados", de "guirnaldas abovedadas" y de "mujeres elegantes y espléndidas, ataviadas con trajes de tonos claros y adornadas con una exuberancia de flores". Así, al menos, lo afirmaba el periodista que reseñaba la brillante noche de los Juegos Florales de 1910.

Por uno de los laterales fue apareciendo el Jurado, encabezado por el mantenedor, el inquietante Unamuno. Después de la lectura del fallo del concurso poético —Tomás Morales, primer premio; "Alonso Quesada", segundo—, el orador se adelanta a hablar. Anteriormente, entre curioso y satisfecho, había oído el nervioso recitado de "Alonso Quesada", cuyo *Zagal de Gallardía* (obra premiada) tenía mucho de resonancias machadianas y de eco unamunista.

El público estaba impaciente por escuchar al "sabio catedrático". Pero no salió muy complacido con el discurso: demasiado desnudo de adjetivos, demasiado parco en galanterías, demasiado henchido de conceptos, algunos un tanto hirientes. Las palabras del orador se perdieron en "los altos artesonados" y en "los anchos zócalos renacentistas". La vanidad insular no se sintió muy halagada con aquella lluvia de guijarros lanzada por Unamuno; porque guijarros en vez de flores fue el primer discurso de Unamuno en la ciudad de Las Palmas. Ciudad que —no se debe olvidar—

ardía en fervor provincialista, en llameante fuego divisionista; y que esperaba oír de boca del mantenedor palabras que alentasen esa palpitante brasa.

*“La acción se reduce a la palabra”*⁴.

“No me gustan estas fiestas, no porque yo no aplauda las liturgias, sino porque profanan la palabra humana en su forma más sublime: la poesía”; tales eran sus primeras palabras. Y este criterio era el que ya le había comunicado, meses atrás, a Domingo Doreste en una carta anunciadora de haber aceptado la invitación hecha por “El Recreo”, Sociedad organizadora de los Juegos Florales. Unamuno había aceptado, tal vez con ciertas reservas: porque gracias a esta oportunidad podía visitar las Islas. Podía visitarlas y llenarlas con el vigor de sus paradojas.

Por eso estaba hablando en aquellos momentos. No para formular nuevas ideas de felicidad colectiva, sino para despertar la individualidad de las conciencias; para intercambiar silencio por rumor. Hablando (“la palabra es la única base de la comunión humana”, había dicho) estaba amando, por estar cumpliendo la más noble de las misiones: la de la caridad. Misión que cumplía mejor vestido de “cómic” que enfundado en “librea de servidumbre”.

Su discurso, rico en dos virtudes: timbre español y trasfondo poético. Lo primero le enorgullecía; como defensor de la lengua española (como defensor y como difusor). Decir su lección —discurso— delante de quienes podían entenderle a muchos cientos de millas de Castilla; orgulloso de poderla decir con la cuerda más tensa de su optimismo: de su ibérico optimismo. Lo segundo, hablar de poesía, enriquecer a la historia patria con la fábula creadora. Adoctrinar al auditorio en la posible regeneración de la patria; y adoctrinarlo con latidos españoles, con palabras españolas, con fiereza española. Adoctrinar en españolidad a los insulares que, por razones de geografía, estaban muy distantes de los latidos y de los estremecimientos patrios. “El problema que os debe preocupar —les decía— es el de todos”, y el murmullo de desaprobación sacudió la frialdad de la sala. Pero el orador prosiguió, explicando cuál era

⁴ Vid. *Discurso de los Juegos Florales* (25 junio 1910), pág. 391 (57).

este problema y cuál la misión de las Islas en el mismo. “Españolizar a América y americanizar a España”; precisamente, en Canarias, “lazo de unión de tres Continentes”. Y en la presentida lucha de las dos lenguas dominantes —inglesa y española—, el Archipiélago se convertiría en lugar clave. Un Archipiélago que él, viajero perspicaz, contemplaba como un desierto de penuria espiritual.

Miguel de Unamuno, Ulises insular, apenas percibía la marejada del descontento auditorio.

Por encima de la aldea, la patria. Unamuno lo había proclamado ante sus paisanos de Bilbao y lo volvía a repetir en Las Palmas. Y lo mismo en Bilbao que en Las Palmas, murmullos de desaprobación; porque el regionalismo ahogaba cualquier otra idea más universal. Pero el orador seguía machacando, obstinado, pertinaz...

“No puede llamarse químico a un buhonero de drogas”, continuó diciendo, y algún jefe de política local se sintió aludido por las palabras de aquel orador, demasiado sincero, demasiado rudo. Demasiado machacón se estaba poniendo aquel quijote de voluntades ajenas. Un quijote que alanceaba hasta a la inquietud juvenil, a la que sacudía con este apóstrofe: “No os dejéis amodorrar por la tórrida pesadez”. ¿Amodorrados, tropicales?, se preguntaban los aludidos. Y releían mentalmente sus campanudos artículos periodísticos en favor de la división de la provincia, sus acompasadas protestas públicas, sus corivoceantes argumentos; mientras que el torbellino oratorio de Unamuno seguía haciendo mangas y capirotes en el escenario.

“Cosa de esclavo es no decir lo que se siente”, había dicho Yocasta y repetía Unamuno. Muchos estaban oyéndose latidos de su insinceridad, porque ellos, los engañados, los ausentes de la patria, los que querían vivir de espaldas a ella eran los únicos que parecían atados por invisibles cadenas de esclavitud. Por la misma razón que, como decía Unamuno, estaban más vivos los que habían muerto en Platea que los espectadores de la batalla desde los muros de la ciudad. Era la sinceridad la que acercaba a Dios, la que despertaba las conciencias por estar más cerca de la propia verdad.

No por otra razón deseaba Unamuno purificar a la patria por medio de la poesía. Para despertar los corazones más sinceros, para

limpiar los desvanes de las conciencias, para vivificar a los mortecinos espíritus con el aliento de la palabra. De la purificadora palabra. Aquella que convertida en matinal brisa ensanchaba los encogidos pechos de los timoratos y rejuvenecía la senilidad prematura de la juventud.

Además de poesía, comercio. No con sordidez de mercader ni con obsequiosidad aburguesada. Sólo con generosidad, con la difícil generosidad del traficante de ideas, mercancía onerosa y apetecible. Pues en su contrabando, en su arriesgado contrabando, quemaron sus ansias los más esforzados navegantes, los secularizadores del alfabeto por medio de la letra de cambio y los que supieron aunar mercantilismo e inquietud.

El orador más hablaba de Atenas que de Fenicia. Y, los insulares se sentían atlánticos fenicios que teñían de mercantilismo toda espiritualidad. De ahí el estremecimiento, de ahí la fatuidad desdeñosa cuando el orador tronó contra los “consumeros y los logreros de Puertos Francos”. Estremecimiento que nacía del nerviosismo y de la incomodidad.

Por si fuera poco, añadía que Atenas había sido fundada por contrabandistas, y parecía haber en sus palabras no se sabe qué extrañas alusiones. “Espiritualizar el comercio”, recomendaba, y más de un comerciante pensaba más en la letra de cambio que en la de ideas. ¿Ideas en el comercio? Y los sesudos insulares, y las encopetadas damas, y los empavonados heraldos y los gráciles pajes, y las cornucopias, y las bambalinas de papel parecían estremecerse de indignación. ¿Y para eso los trajes de oro raso, las amplísimas mangas de gasa, las sobrefaldas bordadas, los camafeos y los brillantes, las diademas y las joyas? ¿Para eso tanta diligencia, tanto aprieto, tanta presteza? Para escuchar —murmuraban— las inconveniencias de un orador harto sincero.

“Ahora a vosotras —y se dirigió hacia la corte de honor—. Yo tengo una galantería especial: trato a las señoras como a los hombres”. Ni una galantería, ni una fineza. ¿Que la adulación mantenía a la mujer en esclavitud! ¿Y qué iban ellas a descubrir? —se preguntaban—. Excitar la curiosidad del esposo —contestaba el orador—. Pero ellas se aferraban más fuertemente a su arraigada

domesticidad y desdénaban, por no comprenderlas, las "cuestiones más hondas" recomendadas por Unamuno.

Galantería sin sahumero, revestida de desnudez, cubierta con aspereza: así fue la de Unamuno, más galante que con la belleza, con la feminidad. Porque la mujer —añadía— antes que bella es mujer, y mujer quiere decir madre. Al regazo materno, al fructificador regazo materno iban dirigidas sus palabras encaminadas a "fundir el bronce de la raza" —aquel bronce líricamente cantado por los versos de Tomás Morales—. Aunque, aparentemente, la galantería del orador fustigase las pequeñeces femeninas y la vanidad masculina. Y aunque en vez de incitar a la anchura de la inquietud, adormeciese aún más los alicortos vuelos de empobrecidas mentes. Las que no eran capaces de convertir cuestiones hogareñas en problemas universales.

Aquella tumultuosa palabrería, aquel "hablar con el silencio", el "tener cada pueblo su Dios", el buscar una guerra civil, el llamar a la política regional "química de buhonero", el calificar a los comerciantes de contrabandistas, el vituperar la adulación a la mujer, el sacudir la doméstica comodidad: todo había sido escuchado con desagrado por el público. Y la murmuración, la protesta sorda... y el sofocón de la corte de honor, se adueñaron del teatro al terminar su discurso. "El señor Unamuno —comentaba un cronista— ha tratado nuestras cuestiones de paso, que duele más que tratarlas razonando"; y anunciaba varios artículos de fondo para polemizar con el maestro.

Unamuno no trajo la ciencia necesaria para conseguir la división de la Provincia, ni para defender los Puertos Francos, ni para crear los Cabildos Insulares. No había pronunciado palabras agradables, no había utilizado figuras poéticas, ni versos sonoros. No había sonreído. Y esto, la falta de sonrisa, de adulación, es lo que no le perdonaban.

En el caracol de la Isla habían quedado prendidas las palabras del orador. Pero el caracol estaba cerrado, cerrado a la curiosidad; y a él, a Unamuno, lector de Homero, tentado por las femeniles voces de la sirena, le hubiese agradado que los Ulises insulares no hubiesen cerrado sus oídos con la cera del individualismo. Aquel que aspiraba a romper el brío unamunescos a fuerza de martillazos.

El orador, cada vez más homérico, soñaba con naves repletas de curiosidad navegando rumbo al encantado caracol insular. Naves panzudas de las que saliesen mercaderías excitadoras de la curiosidad insular. Y de esta manera convertir el bruído horizonte en camino lleno de tráfago... y de sirenas cautivadoras que desentumeciesen el ensueño y la modorra.

Porque las Islas habían nacido hijas del ensueño, y sólo los navegantes, cautivados por armoniosas resonancias, habían conseguido descubrirlas. Las habían encontrado mirando hacia arriba, empujadas por la cólera volcánica, deseosas de llegar hasta la profundidad del cielo. Pero que, demasiado extasiadas con la inmensidad marina, estaban más cerca de Vulcano que de Neptuno, el tritónico Dios al que parecía llamar Unamuno con todas sus fuerzas. Para que inyectase vigor y fluidez en la savia insular.

Pero el caracol seguía adormecido. De cansancio y de abandono. De tropicalísimo abandono que no logró despertar ni el bélico estruendo de las corazas, ni el artillero lenguaje de los armados navíos, ni el sonoro galopar de los corceles. Seguía durmiendo, durmiendo; enroscado dentro del caparazón de la indiferencia, defendido por la concha de su pequeñez.

Podía sentirse Unamuno satisfecho por el desconcierto causado. Y por la agradable sorpresa de haber encontrado un poeta —“Alonso Quesada”—, riquísimo en intimidad y vigoroso de poesía. Un poeta subjetivo capaz de sentir la rima interna de su corazón. Pero no bastaba. No bastaba al orador aquel juego de flores poéticas. No bastaba, porque podía parecer más tramoya de comedia que meollo de argumento. Y era necesario vivir de argumento, de cálidos argumentos más ricos en acciones que en palabras, aunque éstas, estremecidas de fuego, palpitasen acción. Como si la retórica fuese el primer paso de un presumido combate.

Más que el ocio de palabra solitaria, tropel de fanfarronas hazañas. Pero sobre todo agudas, penetrantes palabras, ricas en pasión, vestidas de historia, encendidas de promesas. Todo lo había conseguido Unamuno con aquella su santa indignación, chispazo de fuego que prendía a cuantos le rodeaban.

Pero que no pudo llegar al corazón de la Isla.

*“La Patria está hoy en crisis”*⁵.

El público no salió satisfecho, y casi se añadiría que defraudado; no había podido comprender muy bien la lección de Unamuno, y lo poco comprendido no resultó ni agradable, ni confortador.

Por eso D. Miguel, sin que nadie se lo pidiese, quiso hablar por segunda vez. Sin oropéndolas, sin flores naturales, sin poetas recitadores, sin damas encopetadas, sin escenografía nestoriana —fue Néstor Martín, pintor rubeniano, el decorador del Teatro para los Juegos Florales—. Ahora Unamuno subía al estrado para ratificar, para aclarar, para hacerse más comprensible. Para conseguir hacerse entender del público.

El nuevo discurso fue denso, conceptual, riquísimo en enseñanza... Pero intraducible para el auditorio, para la mayoría del auditorio, que había ido a escuchar a un orador político y se encontró con un profesor dictando su lección. Una hermosa lección de españolidad y de historia.

La gente se había escandalizado, no había comprendido bien a dónde pretendía llegar Unamuno, del que apenas sabían si era liberal o conservador, católico o librepensador, federal o centralista, republicano o monárquico, de “esto o de aquello”. No admitían que Unamuno estuviese, precisamente, “contra esto y aquello”; no admitían la *paradoja antagónica unamuniana*. Y quienes estaban familiarizados con el doctoralismo politiqueril, con la dadividad usurera del cacique, con las cautivadoras palabras, no entendían la claridad, la “esquinudez” ideológica de Unamuno. Los insulares esperaban oír fórmulas maravillosas, juicios apodícticos, diatribas estentóreas; ansiaban escuchar al orador dotado de alquimias misteriosas capaces de resolver todos los problemas. En vez de esto, se encontraron con un hombre que venía a dialogar, a criticar, a sacudir; que se lanzaba, sin miedo y con arrogancia, contra todos los prejuicios, contra todas las doctrinas, contra todos los elixires. Que estremecía de estupor al conservadurismo insular. Un conservadurismo —necesario es decirlo— adjetivado de mil maneras: leonista, federal, tradicionalista, radical, liberal o republicano.

⁵ *Discurso* del 5 de julio de 1910. Vid. pág. 398 (64).

Contra todos ellos, Unamuno. Inclusive, contra los divisionistas, contra los que luchaban por la división de la Provincia.

Sí, era natural que hubiese habido tantos rasgamientos de vestiduras. Y tantos anatemas contra el orador, “demasiado poco prudente en sus palabras”, según un cronista de aquel tiempo.

Don Miguel fue aún más extenso que en su primer discurso. Habló del ideal noventaiochista de recogimiento espiritual; aconsejó a los insulares, ante todo españoles, que olvidasen sus querellas domésticas y se preocupasen de problemas más universales y trascendentes; dictaba, de nuevo, lecciones de civilidad, de convivencia, de sociabilidad; clamaba, en fin, por una idea más alta, más noble y más henchida de espiritualidad que lo que hasta entonces se llamaba Patria, según él, “un conjunto heterogéneo de pasiones cabileñas y de resquemores mal entendidos”. Unamuno, aun sabiendo la antipatía que acarrearían sus palabras, dijo:

“No viene de diferencias de raza nuestro cantonalismo, sino de una cosa que Hume, el historiador inglés, llama “el individualismo introspectivo español”. Sentiría que se encontrase bajo este techo un extranjero; pero debo deciros que una de las cosas más tristes que tenemos, la carcoma, la peste nacional, es la envidia. España es un país de envidiosos. Somos envidiosos por avaros, y no sé si somos avaros por pobres...”.

Hay que pensar cómo se revolverían de incomodidad en sus asientos aquellos auditores insulares que habían vuelto al Teatro “Pérez Galdós” para escuchar palabras bien dichas, frases ingeniosas, requiebros galantes, y se volvían a encontrar con la dureza, con la desnuda sinceridad.

Clamaba una y otra vez por llaneza, por desnudez, por verdad. Que la historia no escuchase el torbellino de las olas, sino la mansedumbre de la orilla; que la tradición se desnudase de tentadoras leyendas, para dar paso a la realidad histórica; que se olvidasen los hermosos “cadáveres enjaezados”, confesando, sin pudor, las vergüenzas y las virtudes, desescombrando y limpiando de tamo el semillero riquísimo de nuestra historia. Unamuno pedía que la historia no hiciese al hombre, sino que éste fuese actor de aquélla. Actor vivo, milagroso, rico en voluntad y en esfuerzo. Sólo bastaba,

decía, que cada uno venciese su natural individualismo, su carcomedor casticismo falso, y aguijonease, tenso y excitado, el afán de intemporalidad, de perennidad duradera.

Pero en un punto fue Unamuno más extenso y prolijo. En lo que él llamó “vuestro problema”.

“Vamos, pues, aquí, en paz y compañía, a hablar de eso que llamáis vuestro problema. Y lo primero que ocurre preguntar naturalmente es si tenéis un problema... Sí, lo hay...

¿Es vuestro problema el de la división? Creo que no. Si me equivoco, que me perdonen. Sospecho que eso no resolvería nada. [Cita los ejemplos de Gijón, de Cartagena, de Jerez.] Y ahora permitidme que os lo diga, no quisiera ofender a nadie, pero ¿no habrá en todo esto un poco de vanidad colectiva?, ¿no habrá eso que se expresa diciendo “no por el huevo, sino por el fuero”? Y a esto sólo se me ocurre deciros lo que se lee en cierto pasaje del *Quijote*: “sentaos, majagranzas, que donde quiera que yo estoy, está vuestra cabecera”.

Así planteaba Unamuno el problema insular. Unamuno agarraba el toro por los cuernos. Y no se mordió la lengua para decir cosas que nunca se habían escuchado en el escenario del “Pérez Galdós”. Y mucho menos de boca de un orador tachado de político. Se explica perfectamente, conocido este exordio, que la gente no quisiese comprender la oratoria unamuniana, nada parlamentaria, nada gongorina, nada floreada. Sino escueta, casi, casi ofensiva.

Pero Unamuno proseguía:

“... Y creo que tenéis un problema: el de vuestro aislamiento. Vivís aislados y vivís aislándoos... Vivís aislados; y lo que hace vuestra fuerza hace vuestra debilidad. Por aquí pasan buques de todas las naciones de la tierra; pero también pasan por encima las nubes; ¿y de qué sirven si no descargan? Esto es a modo de un mesón, donde se descansa, se deja algo de la bolsa, pero nada del espíritu. Os encontráis con un horizonte cerrado; el mar os estrecha y os entrega a vosotros mismos”.

¡Ahí era nada! ¡Denostar al caciquismo, negar la autonomía, no reconocer la división! Quienes hayan vivido aquellos años de pasión y de encono regionalista, comprenderán hasta dónde se atre-

vió Unamuno. Y cuán poca simpatía tuvo que promover su discurso. Unamuno estaba repitiendo, con variantes, las mismas ideas que había expresado ya en sus *Ensayos*, en sus discursos, y hasta en su poesía. En las páginas dedicadas a Gran Canaria dice:

“¡Qué lejos del mundo en aquella quebrada de los Tilos, entre los tilos y los eucaliptus! Era como un aislamiento más en el aislamiento de la Isla...”.

Y en la carta dirigida a “Alonso Quesada”, con una imagen bellísima, repetiría y aún se extendería más en esta idea:

“Le veo suspirando en su jaula, en su Isla —tanto la exterior o geográfica como la interior—, y suspirando por libertad. Y créame, es mucho más dulce cantar enjaulado a la libertad, que estar libre y sin canto. Nadie canta lo que no tiene”.

A Francisco González Díaz, otro de sus corresponsales, le diría:

“Defiéndase de la nube, defiéndase sobre todo del aislamiento, cuyo más profundo sentido no alcancé hasta que visité esa Isla. La soledad es una cosa; el aislamiento, otra. Se puede vivir sólo en medio de la plaza pública, hablando y trajinando con todos, y aislándose se puede llevar el tráfago todo mundano a su islote. Pues hasta hay el aisloteamiento”.

Incontables serían los ejemplos y las citas, pero con éstas ya bastan. Esta última, quizá la más definitiva. Unamuno define el aislamiento, y lo separa inequívocamente de la soledad o de la “solitariedad”. González Díaz vivía “aislándose”; creándose su propio aislamiento. Sintiéndose satisfecho de su dolencia.

Pero aún dijo cosas más explícitas sobre este mismo tema.

“Lo que más me choca aquí es la escasa repercusión que aquí tienen los grandes problemas nacionales o internacionales. Si no os interesáis vosotros en los problemas de España, de Europa, del mundo, en las grandes cuestiones humanas, ¿cómo queréis que se interesen por vosotros?”.

Unamuno volvía la oración por pasiva. Era necesario sentir resonancia ante los problemas ajenos. No algarabía campaneril por tal

o cual dádiva, no bullangerismo pueblerino por este o aquel favor, no reconcomerse por este o aquel otro sueño. No: vivir de realidades, sentir las, crearlas. Desechar el trino más o menos subido del tenor político de turno, escuchar el murmullo inaudible del oleaje de otros mares, del latido de otros corazones. Y para eso —se lo decía a “Alonso Quesada” y a González Díaz— había que romper el cerco del mar. Había que hacer del mar camino, y no frontera.

Entonces, cuando esto sucediera, sería posible hablar en verdad de un problema insular. O regional. Para ello hacía falta sentir las palpitantes angustias de los problemas económicos, de los culturales, de los religiosos. Y es curioso repetir lo que Unamuno dijo acerca de estos últimos.

“Además del problema económico-social, del problema ricos y pobres; además del problema cultural ... hay un problema religioso. Aquí no os importa, y debiera importaros. El otro día, en el encanto sedante y tranquilo de Teror, visitaba yo, con la reverencia que me merecen siempre las creencias de los pueblos, el santuario de la Virgen del Pino; y, al visitarlo, recordaba aquel otro santuario de mi pueblo natal, el de la Virgen de Begoña, que fue consuelo de los afligidos, refugio de los navegantes y que hoy ha llegado a ser bandera de combate. Aquella Virgen ha hecho hombres a muchos hombres y ha hecho que las gentes sellen las calles con sangre en defensa de sus ideales. Y es que mi Virgen, la Virgen de mi pueblo, no duerme; está velando siempre por encima de un pueblo cuyos hombres se han hecho con el hierro de sus montañas”.

Sí. Aislamiento del mundo. Desgana y soñarrera por todo lo que no tuviese sabor local o runruneo insular. Ignorancia de toda suerte de geografía, de toda clase de historia, de cualquier otra sociedad que no fuese la de la ínsula: carcomida de problemas minúsculos, introvertida en sus ruinosos afanes.

El mal no era insular, sino nacional. España estaba también aislada: “aislada de sí misma”. Y sólo podría desaislarse gracias a la conciencia ciudadana. Unamuno, hombre de la urbe, creía firmemente en la rectoría espiritual de las ciudades. La “civilización es ciudadana”, y sólo es libre el hombre que sabe emanciparse de la tierra. No el que —como el campesino— está sometido a ella. Por eso Unamuno pedía a la ciudad —y lo pedía a ciudadanos que

lo estaban escuchando— que esgrimiesen de verdad la rectoría espiritual de la Isla, no la material, no la administrativa, o la política. “Las ciudades —decía— son las conciencias de las regiones: y la conciencia es ciudadana”; “haced, pues, ciudad, con división o sin ella; con autonomía o sin autonomía”.

El camino era claro. Unamuno había llegado al término de su disertación. Sólo la Ciudad, sacudida de su letargo, henchida de espiritualidad, podía dotar a la Isla de nuevo latido, de nuevo vigor. Sólo la ciudadanía era capaz de conseguir lo que no habían conseguido los partidos políticos; aquellos partidos caricaturizados por Unamuno con una gráfica definición, un tanto humorista:

“Yo, desde mi llegada, he oído hablar de unas cosas que no entiendo: unos partidos locales o locos, con nombres tan absurdos como ellos mismos. Si me dijerais en qué se diferencian diría que en lo que se diferencian los partidos gallísticos...”.

Era necesario, terminaría por decir Unamuno, ostentar orgullo en vez de vanidad. Y el auditorio —él lo estaba palpando— estaba molesto, incómodo, precisamente porque había sido herido en su vanidad. En su petulante vanidad.

*Caciquismo y regionalismo*⁶.

La prensa se volcó en crítica adversa contra el orador. Unos lo tachaban de osado, otros de “desconocedor de nuestros problemas”; los más piadosos, de “sabio catedrático”. Que era lo mismo que llamarlo tonto de capirote, para una mentalidad educada en la bandera y en el lance diario de la calle y de la discusión banal.

Atrevimiento grande fue el de Unamuno, después de sus fracasos anteriores —sólo una minoría había sido capaz de seguirle en sus discursos y en sus lecciones—, al aceptar una invitación, tal vez más protocolaria que afectuosa, hecha por el Partido Radical. Figuraban Rafael Guerra del Río y José Franchy y Roca⁷ como oradores. Se trataba de impugnar el caciquismo, entonces

⁶ “Diario de Las Palmas”, 8 julio 1910.

⁷ Ambos fueron ministros de la República española.

imperante, de D. Fernando León y Castillo⁸. Unamuno, junto a la presidencia que ostentaba orgullosa su autoridad en el escenario del viejo "Circo Cuyás", era un entrometido, un solemne entrometido.

Primero habló Guerra del Río. Iracundo, pasional, tremolante. Contra el caciquismo, contra el fanatismo; los cronistas locales le llamaron "volteriano desdeñoso". León y Castillo salió muy mal parado del tiroteo verbal con que le regaló el político radical. El público, enardecido, aplaudió al orador.

Después, sin que nadie lo llamase, Unamuno.

¿Por qué la enemiga al caciquismo?, preguntaba. El caciquismo es bueno, son malos los caciques. Lo bueno del siglo XIX fue obra de unos cuantos caciques excepcionales. No. El problema de España era de hombres, no de caciques. Hacían falta hombres. Enteros, totales, inteligentes. El cacique ni mejoraba, ni empeoraba a los hombres.

Lo que era necesario buscar —decía— era una liga de inteligentes, no de sabios. Y el cacicato no ayuda a formar la inteligencia de los hombres. Fuese este cacicato de Juan o de Pedro; llamarásele federalista, conservador o radical. Era igual. El fulanismo era mala enfermedad arropada con cualquier banderín. Y contra el fulanismo, contra el cacicato, contra los embaucadores de muchedumbres, no había sino un solo camino: cultura. Mayor nivel social. Que se conseguía buscando un noble ideal, desterrando la torpe ciénaga de la envidia. Sí, la envidia que era el único móvil de los partidos políticos: de aquellos *antizedistas* o *antiequistas*, que él había caricaturizado en su discurso del Teatro "Pérez Galdós".

Y aún otro mal. El eterno. El devorador: el Aislamiento. Aislamiento geográfico y espiritual. Aislamiento en el que los hombres estaban más solos, más faltos de solidaridad. Y ellos —decía Unamuno— los federales, los monárquicos, los republicanos, los conservadores o los liberales sólo estaban separados por la envidia y unidos por la soledad. Cuando supiesen que más allá del horizonte había otros hombres, unísonos en latido con el suyo propio; unos hombres que no eran extrañas madreporas atlánticas, entonces la

⁸ Ministro de Ultramar y Embajador de España en Francia. Nacido en Telde (Gran Canaria).

generosidad habría ganado la batalla. Y la envidia —la destructora envidia— se habrá hundido para siempre.

Unamuno estaba dictando su última lección. Ante la frialdad y la sonrisa de su auditorio. Al que estaba incitando a la españolidad. Porque en vez de los cantonalismos o de los cabilismos malentendidos, él propugnaba la unidad española, la entraña viva de la Patria. Era la suya una Patria más africana que europea y no tenía vergüenza alguna por sentirse él mismo enriquecido de osamenta africana; la que, durante el destierro, fortalecería con soledad en Fuerteventura. Y repetía, y repetía aquello de que había que españolizar a Europa.

Pero la Isla seguía adormilada. Enquistada en su geografía, ceñida por su mar, poblada de sirenas cautivadoras. Atados fuertemente a los mástiles de su egoísmo, los Ulises insulares desdeñaban toda tentación, eludían cualquier llamada. Preferían seguir navegando en los frágiles barquichuelos de su vanidad.

Razón tenía el auditorio. Después de la demagogia de Guerra del Río, las elucubraciones del catedrático. Que no proponía nada, que no ofrecía nada. Por eso, el auditorio seguía prefiriendo a los otros oradores; por eso era más amante del fulanismo. Porque su aire resultaba más confortador.

Su labor oratoria había terminado en Las Palmas. Sólo unos pocos, entre los que hay que mencionar al inolvidable Macías Casanova, habían sido prendidos por el arrebató de su fuego, por la vibración de su palabra.

III.—LA TERTULIA.

Las Palmas tenía en 1910 un aire, más que provinciano, pueblerino; sólo sentía el estremecimiento que le producía la noticia telegráfica relacionada con el debatido problema de la División Provincial. Por lo demás, la vida transcurría plácida, serena y beatífica; allá, hacia el Norte de la Isla, en el promontorio de La Isleta, el semáforo agitaba banderolas de todos los colores, y los navíos entraban y salían por el antiguo Puerto del Refugio, en aquellos años en pleno desenvolvimiento comercial: era ya el tiempo de

sazón mercantil, cuando John Bull empezaba a prodigar libras a cambio de plátanos insulares...

En un rincón de la Ciudad antigua, en el barrio de Vegueta, una vieja casona daba albergue a la inquietud espiritual de unos pocos. El anfitrión, Dr. Luis Millares Cubas, presidía y estimulaba con sus desvelos aquellas reuniones donde la Política, la Religión, las Artes y las Ciencias se daban cita cada día. En el pequeño teatro de la casa —“el Teatrillo”— se pusieron en escena las obras más nuevas y revolucionarias en la historia del Teatro contemporáneo —Ibsen, Pirandello—, y también en su escenario se escucharon, interpretadas por aficionados y artistas, las partituras líricas que con suma rareza se podían escuchar en el marco del Teatro “Pérez Galdós”. El ámbito recogido y solemne del caserón resplandecía de risas y poesía cuando Tomás Morales, el polifónico, o “Alonso Quesada”, el melancólico, desgranaban sus versos; o cuando el verbo de García Sanchiz se adueñaba del auditorio; o cuando la magia verbal de Salvador Rueda se imponía a los contertulios.

Pero una tarde...

Una tarde llegó a la casa el perfil duro y severo, las manos ágiles y nerviosas, la barba negra y rabínica de Miguel de Unamuno. La rudeza vascongada injertada en Castilla sacudía a latigazos el sosiego y la mansedumbre insulares.

La tertulia se hizo diálogo, y en muchas ocasiones, monólogo. Monólogo vivo, pertinaz, agrio en ocasiones; pero siempre inquietante, siempre nuevo, siempre excitador. Mientras, las manos, locuaces también, iban desgranando pajaritas de papel. Pajaritas y monigotes puntiagudos y angulosos; como las palabras.

A las tres de la tarde, con una puntualidad británica, Unamuno llegaba a la casa del Dr. Millares; cuando todavía era la hora de siesta y silencio. Se sentaba en el jardín, acompañado por la esposa de D. Luis, y empezaba a hablar, a preguntar, a mover la conversación; en muchos momentos, a sacudir la cortedad de su anfitriona, poco acostumbrada a huésped tan singular. Poco después de las cuatro, entraba D. Luis Millares; cansado, sudoroso, ocultando sus preocupaciones profesionales detrás de la miopía

de sus espejuelos. Y entonces, escuchaba y escuchaba... Hasta que comenzaban a llegar los restantes contertulios...

Don Miguel hablaba y hablaba: de las virtudes de Santo Domingo de Guzmán, o de los defectos de la Orden dominica; de sus andanzas turístico-filológicas por las cumbres de Tejeda, acompañado de su fiel Macías y en busca de una vendedora del Mercado a la que había oído hablar en un limpio castellano; o de su criterio sobre la Patria, sobre la Región y sobre la Ciudad; o sobre Política, o sobre Literatura, o sobre Religión. Alguna vez dirigía la palabra concretamente a alguien; como le ocurrió a D. Rafael Comenge, Gobernador Civil de la Provincia, por aquellos días presente en las fiestas primaverales de Las Palmas. Su secretario se llamaba Federico García Sanchiz, auditor también del Maestro.

—“Señor Comenge —le dijo Unamuno—, entre usted y yo hay cuatro personas distintas: Unamuno de Unamuno (Unamuno tal y como el propio Unamuno se concebía); Comenge de Comenge (Comenge, según Comenge); Unamuno de Comenge (Unamuno, según Comenge), y Comenge de Unamuno (Comenge, según Unamuno).

—¿Y cuál es la verdadera, D. Miguel?

—¡La cuarta, querido Gobernador, la cuarta!”

Sobra añadir que los paréntesis quedaban encerrados en el pensamiento del Maestro; entre los corchetes de su ironía.

Cierto militar, asistente asiduo a la tertulia, también sufrió la embestida de su sarcasmo. Con motivo de una nimia discusión acerca del patriotismo, de la Patria y de algunas analogías...

—“¡Patriota, patriota! ¿Acaso se ha comido V. a la Patria?”.

Mientras tanto, en el salón, en las galerías, los jóvenes chico-leaban o se aburrían; o mataban las horas caniculares haciendo juegos de salón. Para librarse en algo del poder absorbente que ejercía Unamuno.

Porque en el diálogo unamuniano, ininterrumpido, alborotador, no cabía el bostezo o la pusilanimidad. Siempre al acecho, siempre inquisitivo, atrapaba al interlocutor, desmenuzaba sus argumentos, para, con desfachatez y con arrojo, sin pacatería, acabar con todas las réplicas. Por eso resultaba belicoso, por eso resultaba temible: porque no tenía tregua.

Unamuno recitaba, hablaba. Incendiaba la curiosidad de la mayoría, escuchaba los versos de "Alonso Quesada", los silencios de Macías, las intemperancias de alguno. Como aquél, a quien D. Miguel, después de haber comentado las diez horas de sueño que necesitaba, le replicó:

—“Pero yo estoy doblemente despierto que usted, amigo mío, cuando no duermo”.

Tal vez fuese en una de esas tardes cuando se decidió poner en escena, en el mismo “teatrillo”, *La Venda*, obra dramática escrita por Unamuno mucho antes de venir a Las Palmas, pero que, tal vez por su atrevido contenido, no figuró en el repertorio de la Cobeña, cuando representó *La Esfinge*, en 1909.

La Venda parece haber figurado en el repertorio de Guerrero-Mendoza en 1909, pero no confirma su estreno su editor, el profesor García Blanco⁹. Estrenada o no con anterioridad, el 10 de febrero de 1911, casi un año después de la estancia de Unamuno, se pone en el escenario de “el teatrillo” la referida pieza teatral.

Intervinieron en la representación los siguientes artistas, todos ellos vinculados a la tertulia de Millares. He aquí el reparto:

MARÍA	Sra. Millares de la Torre.
MARTA	Sra. Millares de Franchy.
LA SRA. EUGENIA	Sra. Gómez de Mesa.
EL PADRE	Francisco García Caballero.
JOSÉ	Juan Mesa y López.
DON PEDRO	Federico de la Torre.
DON JUAN	Rafael Romero.

Entre los actores figura el poeta “Alonso Quesada”, Rafael Romero; también, dos hermanas de D. Luis Millares, esposas respectivamente del tenor Néstor de la Torre y del escritor y político D. José Franchy y Roca; y la hija del propio Dr. Millares, en el papel de “Eugenia”. Y es significativo el hecho de que las dos más antiguas obras dramáticas de Unamuno —*La Esfinge*, terminada hacia 1898, y *La Venda*, poco antes de 1909— fuesen estrenadas en Las Palmas.

⁹ Vid.: *Teatro de Unamuno...* edic. G. Blanco-B. 1954.

En aquel clima, más dado a intermedios musicales o a recitales vespertinos, la prosa recia, los símbolos desnudos, la honda poesía que encierra la obra, sonarían a contratiempo entre los contertulios, en cuyos oídos, mientras disfrutaban de la representación, parecía martillear el eco de las paradojas, de los monólogos y de las luchas íntimas del propio D. Miguel, cuando, un año atrás, a la vista de todos, iba desgranando sus confesiones y purificando su conciencia, como el "Pedro" que estaban escuchando:

¡Qué hermosa muerte!, ¡morir de haber visto la verdad!

Sí, aquel drama lleno de interrogantes, aquellos intérpretes embargados de ansiedad y zozobra, aquel clima de tragedia íntima y profunda no podía haber nacido sino de un espíritu igualmente hondo e igualmente trágico, como el de Unamuno.

Entre todos los Actores, tal vez fuese Rafael Romero el que más hondamente calara en el trasfondo de la obra. Como lo hubiese podido hacer el propio Unamuno, o aquel silencioso Macías, muerto trágicamente en el mes de septiembre de 1910.

IV.—"AQUELLA ESTANCIA EN GRAN CANARIA".

"No olvidaré tan aína mi viaje a las Islas Afortunadas", escribía Unamuno en el prólogo a *El Lino de los Sueños*, de "Alonso Quesada". Y no eran vanas sus palabras, pues en cuantas ocasiones pudo patentizó que conoció muy bien a los "espíritus que allí, en aquel a-ísla-miento alientan y ansían". Sobre todo conoció a dos de ellos, estrechamente vinculados a la obra y a la trasvida de Miguel de Unamuno. Se llamaron Rafael Romero y Manuel Macías Casanova.

"Cantar enjaulado".

"Alonso Quesada" supo aunar la ironía con la amargura; encerrado en "la dorada jaula" a que aludía Unamuno en una carta, supo romper los barrotes y volar: quizá más hacia dentro que hacia fuera. Vivificó la insulsez insular gracias a su sonrisa. A su sonrisa

y a sus versos: en donde, cual bodegón, aparecen enmarcados los ingleses coloniales, las inglesas displicentes, los insulares vanidosos, la mediocridad retratada con difuminación esperpéntica.

Sabía desgranar los números de su vida y sentarlos en el libro de sus sueños. Sí, en un libro en el que la sátira casi era elegía; en que el humor desprendía malicia y candor; en que la intimidad y el infantilismo sabían ocupar su puesto adecuado. Alonso, injertado en el "A-isla-miento" de la Isla, fecundaba dulzura a fuerza de acritud, adormecía la languidez con el brío y la aridez de sus versos; de aquellos desnudos versos prologados por Unamuno:

"Después de leer... un collar de poesías unidas por el hilo de un sentimiento íntimo, da ganas de dejarse brezar por el eco del ritmo, y fantasear, fantasear, fantasear; poblar el cielo del alma de nubes vagorosas y huideras..."¹⁰.

Sin duda alguna, "aquellas nubes" habían colaborado mucho en las poesías de Alonso, y en la prosa de González Díaz, y en la reciedumbre silenciosa de Macías. "Todo se lo sugiere el aislamiento", le había dicho en la carta ya comentada; y no se equivocaba. Se lo repetiría, otra vez, en el prólogo:

"Estos cantos te vienen, lector, de un mar interior, de un mar de corazón que se ha dormido hace cien años, mucho antes de que el poeta naciese, que lo recibió ya dormido..."

"Mar de corazón": eso era la poesía de Quesada. Cada verso, una ola; cada estrofa, una estremecedora marejada. Que rompía en la indiferencia de la Isla, que sacudía un torbellino de pasiones, que ansiaba romper la cadena rigurosa de la infinitud marina: la encadenadora de su voluntad.

"No puedo perdonarte esta condena
de isla y de mar, Señor".

Miguel de Unamuno, feliz prologuista, había sabido descubrir en pocas páginas los secretos más ocultos del poeta: su "poesía seca y ardiente", su "frescura de brisa doméstica", su "cierta infan-

¹⁰ Prólogo al "Lino de los Sueños", por M. de Unamuno.

tilidad”, su “ironía y malicia”, su dorada esperanza. Los *cantos* de Alonso tenían para Unamuno el eco de los caracoles sanjuaneros que una noche, en las cumbres de Teror, escuchó en compañía del inseparable Macías Casanova.

Alonso, en la Isla, “enjaulado”; quejoso de su prisión; encadenado; cautivo de su propia soledad. Y Unamuno, a lo lejos, fortaleciendo su cautiverio, incitándolo a dejarse brizar por el arrullo marino: para en él, con taumaturgia poética, poder percibir el marullo de las almas.

No en vano, según rezaban los primeros versos de *El Lino de los Sueños*, Alonso había buscado en Unamuno consejo y aliento:

“Mi dulce silencioso pensamiento
va hacia ti, Don Miguel, maestro y amigo”.

“*Sabor interior*”.

Manuel Macías Casanova era natural de la isla de la Gomera, aunque, por ejercer su padre la profesión de farmacéutico en Las Palmas, residía en esta ciudad. Era contemporáneo de “Alonso Quesada”, de Tomás Morales, de Domingo Doreste; ejercía el periodismo y defendía su silencio y su soledad con verdadero ahinco.

Lector de Schopenhauer y de Nietzsche, arreciaba contra el oropel y contra la vacua retórica. Adoctrinado en las páginas más sustanciosas de Ganivet y Unamuno, fue Macías un noventaiochista fervoroso. Sin duda, la figura más significativa del noventaiochismo insular.

En la prensa insular —“España”, “La Mañana”, “La Ciudad”— escribió sobre Filosofía, sobre Literatura; dejó, en forma de folletón, algún cuento. Pero, en especial, pensaba en alta voz. En monólogo perpetuo.

Al llegar Unamuno a Las Palmas, y aún antes, rompió su silencio: dictó conferencias para explicar y releer públicamente las páginas más adoctrinadoras del Maestro; escribió artículos; reseñó el estreno de *La Esfinge*. Fue, sin duda, el unamunista más fiel que encontró y que dejó Unamuno en la Isla.

Autor de un libro —parcialmente publicado en la prensa insular—, *Diálogos con el Maestro*, fue alentado por Unamuno para edi-

tarlo. Pensaba Macías marchar a Salamanca, trabajar en algún periódico salmantino y cursar Filosofía y Letras en la Universidad. La muerte dejó inconcluso este proyecto.

Crítico severo, lector infatigable, nada escapó a su juicio; ni el libro del amigo, ni la doctrina del Maestro. A cada uno supo darle un calificativo preciso.

Al publicar Tomás Morales los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, Macías descubrió en sus versos ese algo indefinible de su poesía que la hace partícipe en ocasiones de la ideología noventaiochista:

“Fijaos en el marcado sabor “interior” que tienen sus estrofas, y observad luego... cómo el mismo sabor persiste, esencia de su lenguaje que es la expresión de un sentir íntimo...” (“La Ciudad”, 17 julio 1908).

“En el tranquilo hogar de mi mundo interior” —diría líneas después—, Macías vio, no la polifonía modernista, sino el arrullo interior e iluminador.

De Salvador Rueda, tan ligado a los escritores insulares de principios de siglo, habló, no como el anunciador de Rubén, sino como el incitador del ensimismamiento:

“Esa gloriosa y delicada percepción interior que hace que en nuestro espíritu se reflejen, como en un espejo, los tormentos y el vivir ajenos, y los lloremos y sintamos como nuestros...” (“La Ciudad”, 17 noviembre 1908).

A Unamuno le dedicó un extenso artículo, a poco de publicarse *La Vida de Don Quijote y Sancho*. La lectura incrementa su unamunismo —“Siempre he creído en él como en un Mesías”—; y se mofaba con cierta acritud de quienes no eran capaces de comprender “las paradojas, la egolatría y la soberbia unamunianas”. “No saben —proseguía—, infelices, qué es llevar una honda y punzante inquietud espiritual en las entrañas”. Una inquietud que era hermana de la suya:

“Diríase que yo, sin saberlo, o un sabio y sutil espíritu muy hermano al mío... púsole dentro de mi ser esos admirables comentarios” (“La Ciudad”, 6 agosto 1910).

Como Nietzsche —con quien lo comparaba—, Miguel de Unamuno era uno de los “escultores de pueblos”. Aunque muchos se burlasen de las “paradojas” “que hacen cosquillas en el alma”; y aunque no comprendiesen el ritmo interior de “la prosa viva de sus versos”. Como Unamuno, “caballero de los soberbios desplantes”, como él, “creía en sí mismo”, “despreciaba a los haraganes del espíritu” y sabía triunfar sobre “su necedad”. Macías, como Unamuno, fabricando paradojas, ansioso de llevar —cual nuevo Don Quijote— “encendida la luz del seso”; diciendo su palabra, prosiguiendo su camino y dejando sin saciar la insatisfecha gula de los devoradores de necedades.

Macías, como Unamuno, preocupado por lo social. Denostando el sectarismo —“partidarios de opuestos ideales de secano”—; arremetiendo contra los falsos profetas, “los que predicán a medias una verdad”; descubriendo el espíritu sainetero del *Motín*, “banderín de nepotistas”; caricaturizando la vida provinciana, sostenida por el materialismo y el radicalismo; defendiendo el “misticismo en política”; santificando la “rebeldía”; maldiciendo la indiferencia; repudiando el ateísmo; confesando “sus vacilaciones, sus dudas, sus incertidumbres”; apoyando a “los pueblos que luchan con fe”, porque “tienen derecho a la libertad”; arremetiendo contra el caciquismo. Así era Macías, y no es difícil encontrar en el léxico y en el contenido mucho de lo que había aprendido en Unamuno, al que,

“amándolo, rendiríamos culto en su persona al porvenir, y a la Naturaleza, a lo que de más bello y más grande existe en el alma humana” (“La Ciudad”, 7 octubre 1908).

Unamuno, colocado por su ferviente discípulo junto a Carlyle, Renán, Zola y Nietzsche, ídolos comunes de Macías y Unamuno.

Macías, pues, unamunizado y unamunizando. Venciendo la mozigatería y el aldeanismo de sus paisanos; amante de la soledad y del optimismo. Y también, como Alonso, “aislado”, encadenado en la Isla; buscando fuera de ella lo que no podía encontrar en la enjutez de su roquedal.

“*El sueño de las disueltas cosas vacías*”.

“Entonces surgió el drama de las cosas que me contara un muchacho canario, muy inteligente, quien por cierto murió electrocutado”. Así refiere Unamuno el nacimiento de *Sombras de Sueño*, obra teatral escrita tal vez en 1926, como apunta el profesor García Blanco¹¹, aunque inspiraba en un cuento que surgió de su pluma como fruto de sus diálogos con Macías. Drama con “ambiente de isla, de esas Islas que yo he recorrido luego palmo a palmo, y dentro de cuyos caserones he comprendido por primera vez en mi vida la verdadera amplitud de la palabra *aislamiento*”.

Los personajes flotando en medio de un mar de sueño que los hace más desvanecidos e irreales; dotados más de gesto que de palabra; dueños de luchas soterradas y de caracteres vigorosos. Todos hablando al dictado del autor, cuya voz parece escucharse en cada parlamento; como si fuese eco de la de Macías, confesor de ensueños, de angustias, de interrogaciones.

La Mar y la Isla frente a frente; y en medio, el torbellino inaudible del aislamiento. En donde Elvira ahogaba su solitariedad, mientras escuchaba,

“a la mar, que arrulla el sueño de las disueltas cosas vacías...”.

O en donde, fundiéndose con “la mar”, rompía las invisibles cadenas:

“¡Mientras haya mar no habrá aislamiento!”.

O encontrando en esa misma mar compañía y seguridad para su corazón atormentado:

“¡Decir que vivo aislada cuando tengo por compañera la mar!...”.

Manuel Macías Casanova, luchador con su propia conciencia; como Solórzano, como Unamuno.

Macías Casanova, creador de fantasías, entretrejidas luego en la urdimbre dramática unamuniana.

¹¹ *Teatro de Unamuno*, edic. G. Blanco, 1954.

Macías Casanova, buceador de la intimidad, moldeador de conciencias, fantasma de sus propios sueños.

Como Solórzano, como Elvira, como Montalbán —muñecos trágicos en manos de Unamuno—, Macías, platonizando con la realidad de las cosas; ansioso de moldear sus ideas. Llenando de veracidad las sombras de sus propios sueños.

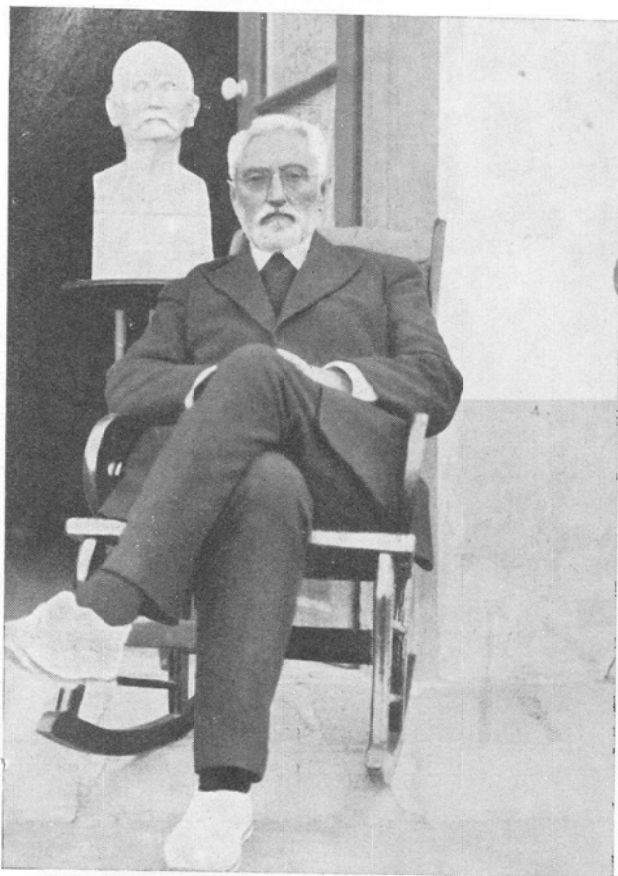
V.—EL DESTERRADO CAMINA SOLO.

Han pasado los años: Unamuno, gesticulando en el amplio ruedo ibérico; las Islas, encadenadas a su geografía. Un día, fruto de sus gesticulaciones, el General Primo de Rivera ordena el destierro de D. Miguel a la isla de Fuerteventura.

Un 10 de marzo de 1924, en Puerto de Cabras, capital de la isla de Fuerteventura, desembarca el desterrado. El vapor correo ha quedado fondeado, y por la escala va bajando, escoltado por un policía, D. Miguel de Unamuno. Le acompaña Rodrigo Soriano, republicano, también castigado por el gobierno del General Primo de Rivera. Frente a ellos, mientras a golpe de remo se van acercando al desembarcadero, sólo hay rojo y blanco; casucas asustadas como palomas en medio de una tierra rojiza.

En el "Hotel Fuerteventura", única pensión del pueblo, Miguel de Unamuno compartirá con Soriano la soledad durante más de tres meses. Allí, en aquella pensión, la palabra del Maestro se convirtió en llama viva: una llama que, cada día, se plasmaba en letra escrita. Perfilada a fuerza de pasión y de soledad.

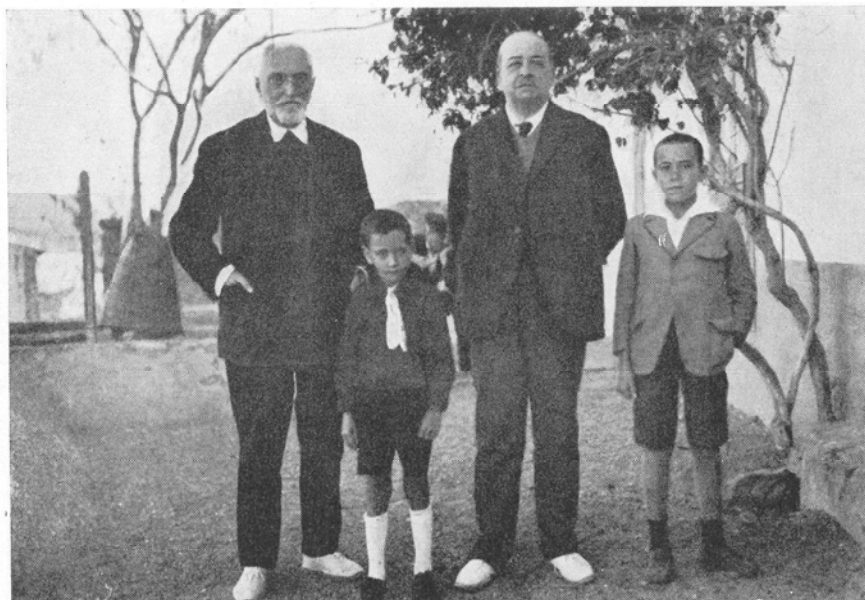
Desde las seis de la mañana, casi desnudo, en la azotea; a tostarse de sol, a pesar de las pudibundeces insulares. Después, casi toda la mañana, en la compañía del libro: tendido en la playa, cara al cielo. O, bogando en compañía de algún mozuelo, recitando para el mar y para el cielo. Por la tarde, encerrado en su habitación, haciendo versos, retocando algún artículo en espera del correo. En las últimas horas vespertinas, se iniciaba la tertulia —"aquella tertulia frente al mar"—: Unamuno, casi en monólogo, hiriente, punzante. Por la noche, rara vez salía de la habitación, después de haber comido en la misma mesa de Soriano; y después de haber



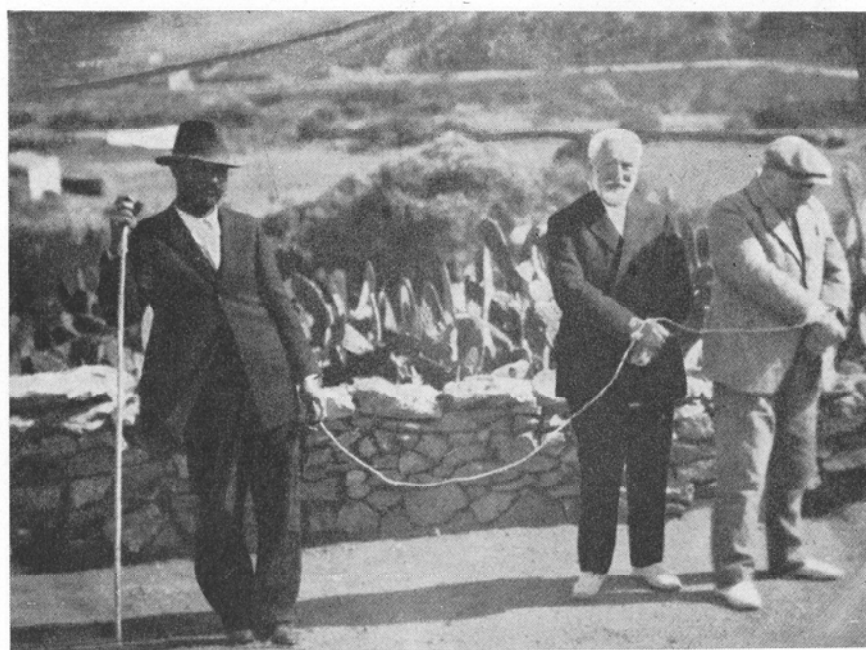
Unamuno se retrata en Puerto de Cabras con la efigie de Galdós como numen tutelar.



Detalle de la fotografía anterior.



El ilustre escritor con Rodrigo Soriano y unos niños majoreros.



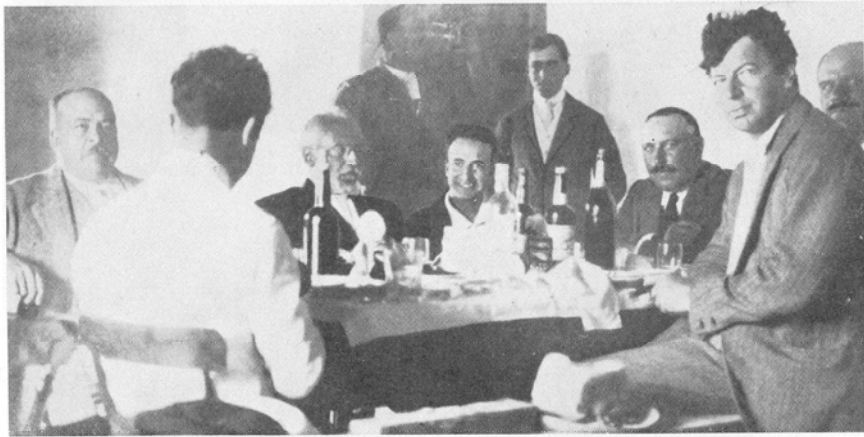
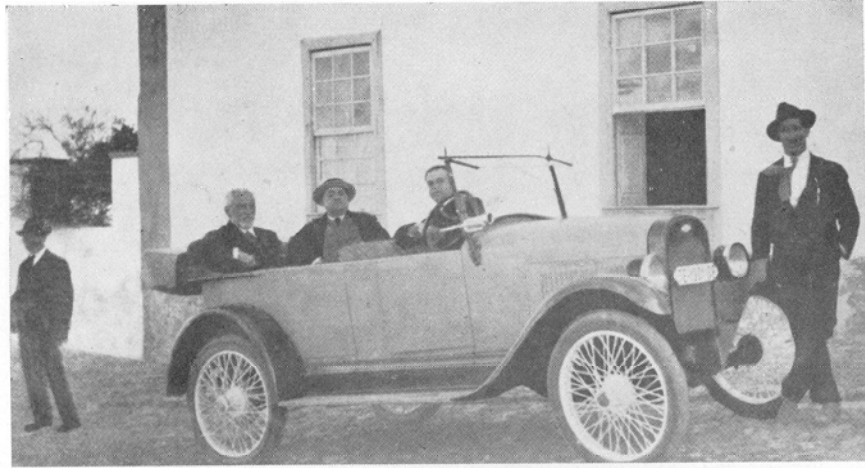
El desterrado hace burla de su cautividad.



Unamuno con el párroco de Puerto de Cabras, don Víctor San Martín.



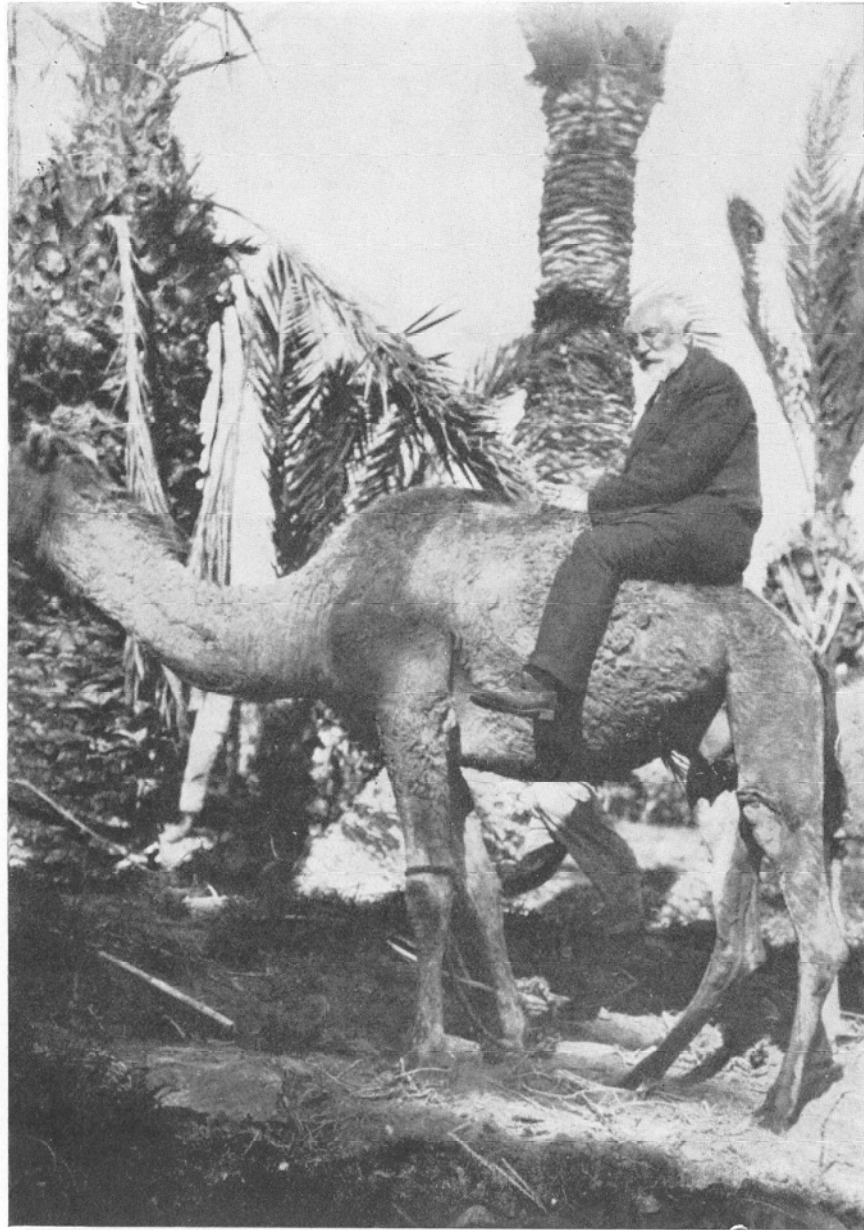
El desterrado entretiene sus ocios en amical tertulia congregada en el «Hotel Fuerteventura».



Arriba: Unamuno disponiéndose a pasear en el coche de don Ramón Castañeyra.
En medio: El reconfortante yantar en el comedor del «Hotel Fuerteventura».
Abajo: Recorriendo el interior de la isla.



Unamuno quiso probar la parsimoniosa andadura del camello. En la foto compar-
ten la silla don Ramón Castañeyra (izquierda) y don Rodrigo Soriano (derecha).



Unamuno: «¿Es camello la nube o el camello—es una nube, vaporosa, gasa,—que a ras de tierra a paso lento para—dando al viento su cálido resuello?»

enriquecido el anecdotario con algún nuevo desplante. Diríase que la Isla proporcionó a Unamuno no sólo sustancia, sino cualidad; porque los adjetivos, los atronadores adjetivos de su poesía y de su prosa parecen haber nacido en el sosiego de Fuerteventura.

Andarín consumado, supo de los caminos insulares, unas veces a pie y otras a lomo del camello, cuya enigmática testuz quedó encerrada en más de uno de sus dibujos. En los dibujos y en los endecasílabos. El camello —estirado, solemne, mayestático— ofreció el enigma de su arrogancia a la avidez curiosa del viajero: del obligado viajero.

Toda la Isla ofreció novedades para su curiosidad. Betancuria, encerrada en un hermoso soneto: sin frailes milagreros, sin bretones fanfarrones, sin blasones cuartelados, empapada de descarada humanidad. El paisaje betancuriano entrevisto por la agudeza del poeta: un paisaje de fúnebre blancura, como de “enjalbegada tumba”.

Don Miguel luchando con el tiempo, llenándolo de palabras, de gestos, y hasta de improprios. Como cuando, para romper la monotonía, bogaba hasta el vapor correo —que llegaba bisemanalmente—, bien para recoger algún paquete enviado por sus amigos de Las Palmas, bien para llenar la toldilla del barco con sus ingeniosidades y con sus desplantes.

Encerrado en la largura fuerteventureña, sólo podía encontrar espacio hacia adentro; buscando, más que la afanosa agua —tan ansiada por los insulares—, el tesoro inencontrable de su nobleza —“la nobleza majorera”—, enraizada en la enjutez de su suelo, escondida tras la joroba de sus montañetas, florecida tal vez en la rareza de la tabaiba, una planta símbolo para el poeta.

“Esa bendita isla rocosa de Fuerteventura” le había enseñado a endurecer el ánimo y a ahondar más en los abismos de la eternidad. “Las raíces de roca” que en ella había dejado —según diría en el prólogo a *De Fuenteventura a París*— no eran difíciles de romper con el tiempo.

Y además de la Isla, el Mar, “la Mar” del poeta. Abrazando, ciñendo, dominando a la Isla. Miguel de Unamuno, con infantiles ecos cantábricos, vuelve a revivir, tocado por el divino hálito de la poesía, el mar de su infancia. Aquel mar “que ha dado nuevas raí-

ces a mi cristianidad y a mi espiritualidad"; y que, además, en la lengua de sus olas, traía, ilusorio bajel, las rumorosas palabras de otras playas.

"El contorno esquinado" del camello, rumiando su soledad, paseando erguido en medio de tarajales y cardones, ofreciendo la reciedumbre de su osamenta, sosteniendo verticalmente a una Isla que era casi una línea. Y el poeta contemplando en el azul del cielo "la pavorosa gasa", avariciosas nubes que apenas si acariciaban de humedad, "con cálido resuello", la rojiza joroba de la Isla.

"La isla acamellada" —como la calificaría en uno de sus artículos— entró muy adentro, echó fuertes raíces en el corazón del poeta desterrado. Sí, del poeta. Pues en ella, en la desnudez ósea de su paramera, encontró Unamuno la inspiración para ejercitar, como no lo había hecho hasta entonces —en tal cantidad—, la suerte del soneto. Como si el "cilicio" de la aulaga hubiese dado forma a la rigidez del endecasílabo.

Cuando el 21 de julio de 1924 embocaba hacia el Norte, desde el Puerto de La Luz, el "Zeelandia", en el que había embarcado Unamuno —después de haber sido amnistiado—, presentía en el horizonte, desdibujada por la bruma, aquella silueta familiar de la Isla que, como rezaba el verso, no era sino

"Raya celeste de la mar serena"¹².

VI.—"LAS HORAS LENTAS".

Epistolario.

Fue Unamuno un fértil escritor epistolar. Ni dejaba carta por contestar, ni se hacía mucho de rogar para escribir. Hasta los coleccionistas de autógrafos —como se verá— resultaron beneficiados de esta dadivosidad.

¹² "L'Aiglon", goleta francesa contratada por el director de "Le Quotidien", Mr. Dumay, estuvo anclada en una playa próxima a Puerto de Cabras (hoy Puerto del Rosario) para rescatar a Unamuno; el levantamiento del destierro coincidió con este intento de rescate.

Pero no cartas de ocasión, formulísticas. No. En cada línea o en cada párrafo, Unamuno adelantaba o repetía ideas suyas; ideas ya escritas o pronunciadas en otra ocasión. Ideas que él renovaba, al recrearlas; al exponerlas de distinta manera. Porque en la carta —hay que decirlo de una vez—, Unamuno se volcaba totalmente; escribía hablando. Y en esta su locuacidad, riquísima en conceptos, es difícil separar lo retórico de lo verídico. Porque están unidos, porque andan engarzados. Y porque aquel su corazón generoso, propicio a la sociabilidad, encontraba en el pliego epistolar molde adecuado para volcar sus intimidades. O, como ha dicho alguien, para “confesarse en alta voz”.

Con los amigos canarios mantuvo Unamuno correspondencia abundante. Parte de ella está aquí recogida, y no dudamos que será labor incompleta. En el epistolario, mejor que en cualquier otro escrito, se puede conocer no tan sólo su vida literaria, sino la más escondida, o la más insospechada. Aquella que puede dar una imagen real y completa del hombre.

RAMON CASTAÑEYRA

De todos los amigos insulares, fue Ramón Castañeyra el amigo más fiel. Lo acompañó en los ratos más amargos del destierro, le ayudó en cuanto pudo y se convirtió en el acompañante más servicial del solitario Unamuno. Justo era que fuese a él a quien dedicase su recuerdo cuando llega a París, el segundo destierro, si cabe más amargo, que tuvo que soportar Miguel de Unamuno.

Son tres las cartas que se han conservado, entre las muchas que le escribió. De distinta fecha. Cada carta tiene un signo distinto: la una, violenta, áspera, dolorosa, llena de angustia y de inquietud; las otras dos, más optimistas, tienen una mezcla de esperanzas, de recuerdos y de deseos. Todas, saturadas de “majorería” —a los naturales de Fuerteventura se les llama “majoreños”—, con ese halo misterioso que rodeó al desterrado, después de haber dejado la Isla. A la que dedicó más de un libro, y a la que tenía proyectado dedicar un amplio volumen.

*“Vivo devorando la historia que pasa”*¹³.

Unamuno en París. Con la imagen aún nítida de Fuerteventura. En el neblinoso ayer, la solana majorera, sede de la tertulia tan bien evocada. Unamuno, con el corazón ahito de dolor, añora la última tierra española que había pisado. Tierra hosca, paramal, desértica; pero generosa y noble. Y en ese embeleso, enraizado todavía en aquella desnuda roca insular, Unamuno vuelve sus ojos hacia la Patria. Patria la suya transfigurada, revivida de amargura.

“La agonía de España es algo trágico, porque voy creyendo que es España la que agoniza” (Carta del 29-XII-1924).

Estremecido de ausencias, Unamuno va trenzando los días; y en esta urdimbre de sueños mucho había del recuerdo fuerteventuroso: lleno de tonos admirativos, de afectividad sin límites. Fuerteventura uncida con Vasconia; como si fuese el Alfa y el Omega de la vida del desterrado:

“¡Mi Fuerteventura! Si viera que mi fin se acercaba y que no podía morir en mi tierra más propia, en mi Bilbao, donde nací y me crié, o en mi Salamanca, donde han nacido y se han criado mis hijos, iría a acabar mis días ahí, a esa tierra santa y bendita, y mandaría que me enterrasen en lo alto de la Montaña Quemada, o al lado de esa Mar, junto a aquel peñasco al que solía ir a soñar, o en Playa Blanca”.

La Geografía insular cruzada de intimidad, enriquecida de poesía. Geografía en la cual cada nombre propio —Playa Blanca, Betancuria, Montaña Quemada— estaba ya ligado para siempre al más puro afecto de Unamuno. Hidalga, señorial y orgullosa, como el “contorno esquinudo” del camello, la Isla era no sólo “raíces en la roca”, sino “raíces de roca”.

Unamuno lleno de clamores. Obsesionado de España, mezclando el lirismo del pasado con la viva historia del presente. Historia negra, triste, brumosa, como aquel “triste día” del soneto. Ansioso de porvenir para una España a sus ojos ciega y ennegrecida. Satí-

¹³ Vid. Carta del 29-XII-1924, pág. 409 (75).

rico, violento, pasional, Unamuno volcaba toda su furia española en el ropaje endecasilábico, cuyas primicias —como era frecuente en casi todo su epistolario— ofrecía al amigo Castañeyra.

Unamuno soñador. Soñador de conspiraciones absurdas, de manifiestos políticos, de baladronadas de poca monta. No perdiendo ocasión de retratar al Rodrigo Soriano de sus pesadillas majoreras. Ni de caricaturizar, casi con tono de aguafuerte, a sus perseguidores. Contrastados súbitamente con los amigos dejados en Fuerteventura y perdidos para siempre en el recuerdo: el Juez, el ventero, el Cura, el modesto terrateniente; o con aquellos paseos vespertinos teñidos de discusiones o de pláticas. La reconfortadora brisa majorera orea el ventisquero unamuniano. Necesitado del lirismo, del oleaje marino, del monólogo reconfortador, del brisador arrullo insular. En donde, como repetiría en más de una ocasión, había descubierto —redescubierto— al Mar, “la mar apaciguadora” ahora tan anhelada.

Las “olas de la mar inmensa” martillean con eco misterioso en los ojos del alma del poeta. Que soñaba el porvenir; y que hacía presente el inolvidable pasado.

“*Esa ascética isla de sosiego*”¹⁴.

Fuerteventura otra vez. En “el ensueño” y en “la esperanza”. Fuerteventura en el diálogo, en el deseo. El meridiano de la Isla entornando la afectividad unamuniana.

En el Congreso de Diputados, con los representantes canarios —Valle, Franchy, Roldán, Guerra del Río, Pérez Díaz, Arroyo—; en el Ateneo, con amigos circunstanciales; en París, con profesores canariólogos —tal vez, el prof. Verneau, antropólogo estudioso de la Prehistoria insular—; en todo momento y ocasión, Fuerteventura.

Agitada por el simún, estremecida y reseca, el azulado horizonte marino de la Isla vuelve a la memoria del desterrado. Cuyo destierro —como repetiría una y otra vez— sólo se vio enturbiado por la presencia de Soriano, “el desdichado Soriano”.

Los vaivenes políticos, su efervescencia oratoria, sus gestiones

¹⁴ Vid. Carta del 12-IV-1932, pág. 413 (79).

amistosas en el Ministerio: todo pasa en desfile vivísimo por delante de los ojos. Don Miguel, amigo del diálogo, participa alborozado al amigo todas las novedades en las cuales él participaba.

Galdós, de quien había escrito en más de una ocasión en términos no muy gratos, redescubierto bajo “el sol desnudo de Fuerteventura”. “Mi Galdós de hoy es el que aprendí a conocer ahí”. Nada más definitivo y rectificador. Galdós, ubérrimo creador de héroes cómicos y trágicos, releído en la azotea de una casa —pensión de Puerto de Cabras—, en la isla de Fuerteventura.

“La tertulia aquella frente al mar”. En donde D. Miguel hablaba, hablaba sin descanso. En donde sus palabras encontraron el más variado y desconcertante auditorio; en donde sus conceptos —muchas veces agrios, duros— parecían dulcificarse con la modorra insular. Sí, en aquella “tertulia”, Miguel de Unamuno fue dando mucho de lo que luego iba a quedar plasmado en el libro, o en el periódico. Sus primicias poéticas, sus ensayos iban siendo conocidos, en adelanto generoso, por todos cuantos acudían a embebecerse con el Maestro.

Esperanzado de recobrar “la parte del alma que ahí dejé”, Unamuno convierte en obsesión esta cabalgadura de ensueños fuerteventurosos. Perfilados con imágenes tan vivas como las que aparecen en cada línea de sus cartas, de sus versos o de sus artículos periodísticos. Ensueños en los cuales el *sosiego* parecía convertirse en motivo central de sus anhelos.

En el “tráfago de la vida”, zambullido totalmente en el quehacer de cada día, Miguel de Unamuno volvía atrás los ojos del alma para recrearse en la “ascética isla de sosiego”. Casi, casi en el platónico jardín de la nobleza.

*“El consuelo de mi pesimismo”*¹⁵

Tercera carta de Unamuno; fecha, 1936. Alejado y desengañado de la política, impone su alto prestigio de español dentro y fuera de las fronteras. Aunque dentro de ellas hubiese incivildad. Aunque “la degeneración mental” reinase en la mayoría de los españoles; aunque pasiones, enconos y rencores rompiesen toda

¹⁵ Vid. Carta del 22-IV-1936, pág. 415 (81).

posibilidad de convivencia. A pesar de todo, Unamuno, amigo de la paradoja, con el "consuelo del pesimismo"; de aquel pesimismo suyo hecho de las más sutiles esperanzas...

Además, noticias, noticias. Nuevas de sus andanzas como español poco sedentario. Amigo del viaje, amigo de nuevos amigos, amigo de la novedad y de la sorpresa, Unamuno recorriendo España, saliendo de ella para seguir dictando lecciones de esperanza, de patriotismo y de civilidad. Aunque disfrazase sus lecciones con el manto de la paradoja, aunque fingiese hosquedad en donde sólo había generosidad.

Aquella generosidad que le hacía rectificar juicios suyos anteriores; como el de Soriano, al que consagra la alabanza merecida. Y cuyos resentimientos anteriores no quiere recordar.

La única duda, entre tanta seguridad y tanto optimismo, era la de poder volver, la de poderse encontrar otra vez fuera de España: viviendo ya las vísperas de la guerra civil. Intuída a través de aquellos "resentidos", belicistas en luchas más abiertas y menos comedidas.

En contraste, la paz y el sosiego insulares, en donde adivinaba, gibosa, marchita y enjuta, a la tierra de los "nobles majoreros", escanciadores de esperanza. Y maestros de templanza y estoicismo: aquella templanza y aquel estoicismo tan necesarios en la vida del Maestro, despedazado de dolor ante la ferocidad de los antagonismos. Agorero de la fratricida sangre...

DOMINGO DORESTE

Doreste, alumno de Unamuno en Salamanca, conoció de cerca la palabra y el gesto del Maestro, y se entregó a él. Intervino en el viaje de Unamuno a Las Palmas, escribió en más de una ocasión páginas unamunistas, y hasta explicó, adelantándose a D. Miguel, muchos conceptos oscuros, o que podían parecerlo para los insulares. Por eso, la correspondencia; y por eso, las palabras anunciadoras.

“Acaso sea cosa de isleños”¹⁶.

Unamuno comunica a Doreste sus primeras impresiones; las impresiones de un viaje aún no realizado. De viajero que ya va rumiando las ideas que necesitaría poco después, cuando subiese al escenario del Teatro “Pérez Galdós”.

Doreste, ansioso por la venida del Maestro; porque desentumecería la modorra de muchos, porque sacudiría el letargo de la mayoría. Confiado en el triunfo de la palabra unamuniana.

Y Unamuno, curioso. De asomarse a un desconocido rincón español, casi africano, de cuya intimidad quería conocer todos sus detalles. Y cuyos secretos supo descubrir tal vez con demasiada rudeza. El rudo caparazón insular intuído por el viajero, nuevo Ulises atlántico.

El viajero deseoso de aprender lo que era una isla, Gran Canaria; deseoso de ahondar en el aislamiento, deseoso de rumor de olas y de bostezos volcánicos. Y, en especial, deseoso de conocer, de averiguar: de enriquecer sus sentidos.

Y siempre con los propósitos. De escribir, de anotar. Ese “mamotreto de apuntes y notas” que constituirían el meollo de sus *Ensayos* publicados más tarde en las páginas de “La Nación”, de Buenos Aires.

Pero, sin duda, es la erudición mitológica la nota definidora de la carta. Las sirenas ulisiacas transformadas en deidades atlánticas. Sirenas henchidas de resabios helénicos, de coquetería femenil, de curiosidad. Curiosidad en la que Unamuno tenía confianza sin tasa.

¡Ah!, y “la mala voluntad” hacia los Juegos Florales. Con los que el mantenedor transige por no perder la oportunidad de hablar, de dialogar, o, como él mismo decía, de “informar”. De informarse. Pues no era el suyo viaje de ciencia y erudición, sino de recreo e información. Curioso insaciable, Unamuno marchaba a la Isla con el único fin de desentrañar sus hondonadas. Sus resquebrajadas hondonadas.

¹⁶ Vid. Carta del 30-III-1910, pág. 416 (82).

"He añadido algunas cosas" ¹⁷.

Ha recibido Unamuno un artículo de Doreste para releerlo y para revisarlo. Y Unamuno lo lee en alta voz, para suerte de Doreste. Y para que los lectores de las adiciones puedan conocer la minuciosidad del corrector.

Primero, aclarando conceptos. Sobre la ignorancia que en la Península se tiene del Archipiélago. Y aquí Unamuno se adelanta a exponer ideas que luego ampliaría.

El insular, quejoso de la falta de comprensión peninsular; pero, además, ese mismo insular, más orientado por la brújula transmarina de América que de Europa. El isleño más preocupado por La Habana, Buenos Aires o Caracas, que por Madrid, París o Londres. Aunque más ignorante —añadía Unamuno— el peninsular: analfabeto en geografía de su misma Patria, analfabeto en el trato común con otros españoles transcontinentales. Miguel de Unamuno, aún sin llegar a las Islas, atreviéndose a denunciar causas, a precisar cuestiones.

Después, regionalismo o "bizcaitarrismo", según su terminología. Regionalismo mezclado con colonialismo; y en eso del colonialismo Unamuno temía lo peor: porque aún estaba palpitante el problema de Cuba y Puerto Rico. Problemas en los que había sobrado la legislación y había faltado el sentido común.

En el turismo, otro extremo del artículo de Doreste —presagiador de muchos problemas actuales—, Unamuno recomendando la propaganda, exhortando a las Islas para que se diesen a conocer. Noventaiochista fervoroso, defensor del mutuo conocimiento de los españoles que no podía nacer de rencillas aldeanas o de enquistamientos regionistas. Defendiendo, en fin, la idea de un Archipiélago españolizado, europeísta; y de una Península no tan desconocedora de tierras insulares unidas al continente por el majestuoso sonido de una lengua común.

¹⁷ Vid. Carta del... IV-1910, pág. 417 (83).

“No me sé contener”¹⁸.

Y tanto que no sabía. Sus discursos agrarios, sus artículos, sus polémicas: todo era fruto de esa falta de contención. De ese exceso de “corazón”, como él mismo apuntaba.

Años de intensa actividad oratoria. García Blanco recoge en su libro, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, poemas y artículos fechados entre los años 1912-1913. *Bienaventurados los pobres*, publicado en “Los Lunes del Imparcial”, responde íntegramente al ideario expuesto en la presente carta. Hasta no falta la alusión al “Juan Robres” de turno; sí, aquel que tanto se ofendió por las palabras de Unamuno en la noche del 10 de noviembre.

Ni perdonó, ni calló. Sin tanta violencia, en Las Palmas, había dicho cosas muy semejantes; ahora, en Fuente de San Esteban, y en la misma Salamanca, las volvía a repetir. Cargándolas de pasión, haciéndolas más explosivas.

Como única base del liberalismo económico, “las reivindicaciones”. Y no por otra cosa, repetía una y otra vez los conceptos; para luego estrujarlos, en haz lírico, en forma de dodecasílabos, amargos, duros y agrios. Como aquellos pobres campesinos oprimidos por latifundistas y logreros. Contra los que arremetía, sin temor, su lanzada retórica.

No sólo discursos, sino prosa escrita. También de tono político y polémico. Como el mencionado artículo de *Hispania*, en el que volvía sobre el anarquismo español; y en donde proponía fórmulas, apuntaba soluciones y denunciaba a los “arrendadores de cotos políticos”.

En la Universidad y fuera de ella; en el campo y en la ciudad; en el periódico y en la revista: Unamuno, sin desaprovechar ocasión, no cesaba en el “continuo trajín”.

Tal vez, por lo que le confesaba a Doreste en la carta: porque no se sabía “contener”.

¹⁸ Vid. Carta del 14-XII-1912, pág. 419 (85).

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ

*"Defiéndase de la nube"*¹⁹.

Francisco González Díaz, periodista y espíritu sarcástico, después de haber recogido en un volumen, *Especies*, lo mejor de su producción volandera, lo envía a Unamuno.

Espíritu solitario y amargado, le separaban de Unamuno la hosquedad o la timidez; por ello, como apunta el propio D. Miguel en la carta respuesta al envío, no se atrevió o no quiso saludar a Unamuno durante su estancia en Las Palmas.

Muchos son los temas de la carta, hecha de ramalazos, de chispazos.

Primero, "reunir". "Fundir y engarzar todo eso en conjuntos". ¡Difícil cosa para González Díaz! Por no tener ni el arresto del ensayista, ni la soltura del escritor. González Díaz, aislado, "aislo-teado", malamente era capaz de unir ideas fundamentales, engarzar unas pocas vivencias.

Luego, la Angustia. Aquí, en González Díaz, bajo la forma de suicidio. Pretendiendo llenar el vacío espiritual de su corresponsal, Unamuno, como en otras muchas ocasiones, volcándose enteramente en la carta. Devolviendo audacia por timidez, sociabilidad por soledad. Prodigando esperanza. Prodigándola gracias a la lucha, con la que se fortalecía el ánimo, con la que se llenaba el vacío de la fe. Don Miguel, que sabía mucho de estas batallas, dictando una lección más de vitalidad.

América; otro párrafo. Papanatería frente a la "oquedad hispanoamericana". Unamuno exterioriza su santa fobia por la palabrería criolla. A pesar de que, con su acostumbrada justicia, separa a Darío —"profundo, incongruente"—, a quien de verdad admiraba. Deseaba Unamuno apartar a González Díaz del "panteón de vanidades", hijas o nietas de las españolas, por donde temía Unamuno que le llegase la desesperación. Y para vencerla, lanzarse a buscar lo humano, a vencer "las torres de marfil", a tirar muy lejos el escudo de la solitariedad.

¹⁹ Vid. Carta del 6-VII.1912, pág. 420 (86).

Solitariedad, raíz del "aislamiento". Volvía Unamuno, otra vez, al tema del aislamiento. Un solitario, un aislado, más lleno de resquemores o de sutilidades que de generosidad, "rodeado de envidias"; flotando en "un mar de nubes"; un "aislado" al que Unamuno pretendía librar de esa garra ponderosa. Y para cuyo mal sólo había un remedio: el alboroto público, el quijotismo, la desfachatez. O, lo que era más sencillo, la palabra como vehículo de concordia y de unión.

De ahí el consejo de Unamuno: continentalizarse. La tierra firme, sin bajíos farisaicos, daría seguridad al escritor, fortalecería su hombría, arrinconaría sus dudas. La reciedumbre castellana frente a la modorra insular; la perennidad de una tradición en vez del cosmopolitismo fugaz: la dureza por la templanza.

Pero González Díaz, lleno de pusilanimidad, prefirió seguir encerrado, cartujo de su egomanía. Huyó de la aspereza, del desabrimiento unamuniano: tal vez porque no lo comprendió.

SALVADOR PEREZ

Don Salvador Pérez fue director del periódico insular "Diario de Las Palmas"; y, además, directivo de la Sociedad "El Recreo", organizadora de los Juegos Florales para los que había sido invitado Unamuno. Esta es la razón de su corresponsalía con D. Miguel.

Las cinco cartas que su familia conserva de Unamuno tal vez sean el archivo unamuniano más numeroso en Canarias. Numeroso y de alta calidad. Porque los términos en que se expresa Unamuno no son solamente de mero protocolo, sino que, como siempre, plantea, suscita, comenta. Cada carta tiene una línea, o, en ocasiones, un párrafo que la justifican.

*"Cada vez me encuentro más atado..."*²⁰.

Después de haber recibido el telegrama de invitación dirigido por "El Recreo", Unamuno, aunque ilusionado con el viaje, se ve precisado a aplazarlo. Y obsérvense cuáles son las razones.

²⁰ Vid. Carta del 23-II-1910, pág. 422 (88).

La Política: "Serán acaso las elecciones generales". Para las cuales Unamuno presentaba su candidatura; en las cuales esgrimía la fuerza de su oratoria; durante las cuales sembraba la discordia, "la uncidora discordia", entre las gentes.

De otra índole eran los Juegos que afrontaba en la provincia salmantina. No florales, sino acuciosos; pletóricos de razonamientos. Ricos en calor y en diálogo.

Semillero de ideas, su palabra; esparcida en los campos, escuchada en las aldeas, comentada al aire libre. Sin bambalinas, sin decoraciones: el orador en medio de la desnudez del ágora.

Sí, esto, y mucho más le ataba a Salamanca. Sin olvidar a Canarias, adonde iría también a hablar. Para ser escuchado, para ser discutido, o para no ser comprendido. Le movía el deseo de sembrar. De sembrar ideas acunadas por palabras.

Y ser sembrador era su mayor gloria. Aun con el riesgo de barbechar la siembra.

"Voy a aprender" ²¹.

Los Juegos Florales esperaban por Unamuno. Y Unamuno deseoso de enriquecer más su curiosidad.

Tres verbos —"aprender", "inquirir", "informarme"— repetidos con insistencia por Unamuno. Quería más recibir que dar; aprender que enseñar. Y aprendió. Y se informó. Y supo.

El caracol de la Isla fue saliendo poco a poco de su concha; para que el nuevo Ulises escuchase sus rumores.

Pero sobre todo aprendió a vivir en silencio fructificador. Cuando conoció a Macías Casanova, espíritu carcomido de dolor y de afecto; y cuando supo, en diálogos casi monologantes, supo escuchar en silencio, mostrar humildad y recato.

La lección más ejemplar recibida por Unamuno: la del aislamiento. Encerrado en el silencio de unos pocos, prendido en la morriña de soñolientas nubes azules y panzudas; aprendido de quienes apenas hablaban, apenas se sacudían con vigor la soñarrera.

La agorería unamunesca había sabido descubrir todo esto. Antes

²¹ Vid. Carta del 29-III-1910, pág. 423 (89).

de llegar a la Isla. Le había bastado escuchar el latido de palabras escritas en una isla y leídas en la paramera salmantina.

“Hay ciertas cosas que quiero decir ahí” ²².

Ya está decidido el viaje a Canarias. Unamuno comunica haber elegido Oporto en vez de Cádiz; no por desdén español —como se verá en otra carta—, sino por proximidad geográfica. Una vez más, Portugal está presente en el ánimo unamuniano.

Haciendo las maletas y madurando el discurso a pronunciar en los Juegos. Sobre cuyo contenido ya había recibido sugerencias e indicaciones desde Las Palmas. Eran muchas, muchísimas las ideas que se le iban ocurriendo; algunas, como dejaba escapar, nada oportunas. Ideas que, como sus angulosas pajaritas, ya sobrevolaban por encima de cualquier elucubración.

Ilusionado con lo que en la Isla le esperaba; discursos, lecturas, charlas, diálogo: palabras. Palabras no sólo las suyas, sino las de los otros. Aquellas que él soñaba escuchar para aprenderlas.

“A enterarme”: sí, a conocer lo que desconocía, a descubrir lo que estaba oculto, a enriquecer el mapa de su espíritu inquieto y andariego. A eso iba Unamuno a Canarias. A eso...

Y también a escandalizar a la media burguesía; a rasgar las vestiduras de los puritanos; a llenar el aire de “inoportunidades” y de verdades. Como aquellas de “la patria, de la región”; dos conceptos con los cuales jugaría el malabarismo del orador a lo largo de su primer discurso en Las Palmas.

“Después ya es otra cosa” ²³.

Primero, hacer el viaje; interrumpido por causas distintas, según se ha visto en cartas anteriores. Juan Rivero del Castillo, hijo del poeta Domingo Rivero, sirve de mediador entre Pérez y Unamuno. Y es Castillo el que comunica a los amigos de Las Palmas la fecha definitiva del viaje.

Sí, primero, los Juegos. Después... “ya es otra cosa”. Entonces

²² Vid. Carta del 7-V-1910, pág. 423 (89).

²³ Vid. Carta del 24-V-1910, pág. 424 (90).

vendría el chispazo de la palabra fácil del Maestro; el diálogo con unos pocos amigos. Y el alborotar "el cotarro". Porque, como ya había dicho, "más te vale que se pierdan tus palabras en el cielo inmenso, y no que resuenen entre las cuatro paredes de un corral de vecindad".

La palabra se perdió. Pero su huella marcó rumbos, señaló caminos, excitó los ánimos.

Fructificó en unos pocos corazones. Y con haber recogido siembra tan parva se daba por satisfecho. No había sido otro el motivo del viaje —el motivo último y fundamental—, sino dejar por donde fuese algo de su mismo espíritu. Un algo trenzado con la magia de la palabra hablada.

*"Lo cual ha corroborado mi españolismo"*²⁴.

Unamuno de vuelta en Salamanca. Otra vez, la Universidad, los claustros, la tertulia, los paseos solitarios: su ya inveterada vida provinciana.

Entre Salamanca y Las Palmas, el Atlántico cruzado por un vapor con bandera inglesa. Viajero de él, Unamuno. Había regresado desde Gran Canaria en un barco inglés; y por contraste, su españolismo se había afianzado. Como el "Romney", vacío de eco español, muchas almas llamadas españolas, a las que Unamuno intentaba reconquistar. De ahí el recuerdo del modesto "Reina Victoria" —"español al fin"—.

"Haciendo versos"; sí, en monólogo español, con ritmo español, con palabra española. Unamuno, alejado de todos, rumiando su españolidad. Soñando con la Patria, deseoso de pisar tierra española.

Unamuno renovador; no satisfecho con su discurso, pronto para ser rehecho, para ser redactado por segunda vez. Unamuno modelando sus palabras; las que habían causado tanto sinsabor entre los insulares demasiado suspicaces. O demasiado españoles.

Ya en Salamanca, sí; pero aún unido a la Isla. Pensando en América, adonde nunca llegó. Una vez más, con el ansia de llevar su palabra a los límites del contorno lingüístico hispano. Aquel

²⁴ Vid. Carta del 1-VIII-1910, pág. 425 (91).

contorno que él, ambicioso, pretendía abrazar con la amplitud de su espíritu.

RAFAEL ROMERO: "ALONSO QUESADA"

Otro corresponsal, el poeta "Alonso Quesada", al que el Jurado presidido por el propio Unamuno había dado el segundo premio de poesía. Antes de llegar Unamuno, uno de sus más fervientes propagandistas. El y Macías Casanova —como se verá en otro lugar—, los unamunistas más convencidos. Fueron ellos —quizá algunos pocos más— los que vibraron inmediatamente al escuchar la llamada del Maestro. Ahí está la carta que refleja hasta qué punto caló la ardiente brasa unamuniana.

"Nadie canta lo que tiene" ²⁵.

Quejábase "Alonso Quesada" de soledad; toda su poesía está llena de solitaria mansedumbre, de honda tristeza. Por eso, el consejo de Unamuno: romper los barrotes de la jaula, buscar más aire de libertad. Amarrado al duro banco insular, bogando en sus versos quejumbrosos, aureolado por la amargura y, en ocasiones, por la ironía, "Alonso Quesada" encontraba en la palabra de Unamuno aliento para proseguir en su tarea. En su solitaria tarea.

"Alonso Quesada" y Unamuno, atormentados por los islotes de sus respectivos corazones; cercados por el orgullo, por la vanidad o por la pacatería. Que era de ellos de quienes le aconsejaba Unamuno que se librase.

"Nadie canta lo que tiene". Y era, no la libertad material, sino la más honda y difícil: la del espíritu. Unamuno, confesor de sus intimidades y auscultador de las ajenas, intuía cuál era el silencioso debate de aquella alma, tan gemela a la suya, que pugnaba por romper "los dorados barrotes" y aletear muy alto y muy fuerte. Sin temor a las voces agoreras y descreídas.

Unamuno, mientras tanto, metido de lleno en la campaña agraria, pronunciando discursos, atado también a una tierra yerma y

²⁵ Vid. Carta del 20-XII-1912, pág. 425 (91).

hosca, pero necesitada de palabra fertilizadora. Como aquella del poema *Bienaventurados los pobres*, enriquecido de desesperanza, de tragedia y de amor; poema sin ecos bucólicos, sino con dentelladas del hambre y de la miseria castellanas.

Y además de poesía, ensayos, como los *Doce ensayos*, escritos en el sosiego de la casa rectoral. En cada ensayo, tal vez los más violentos y pasionales de Unamuno, el hiriente rastrillazo de su pasión española: la misma pasión con que llenó el escenario del Teatro "Pérez Galdós", de Las Palmas. Y la misma que intentaba inyectar en el corazón de su corresponsal, "aisloteado en su misma soledad", como le diría en el prólogo de *El Lino de los Sueños*, el primer libro de poesías de "Alonso Quesada".

"Tragedia muy desnuda". Otra noticia más, de su labor como dramaturgo. Drama antiguo: sin decoración ni escenografía. Recreando mitos clásicos con vestido moderno; actualizando lo que siempre está vivo por su clasicidad. Teatro sin bambalinas, sin muchos actores, sin decorados; sin retórica, sin vacuidad; lleno de simplicidad, de "ideas". Sí, teatro ideológico; y, como tal, difícil para el común de los espectadores. Teatro en el que más que el discurso, sereno y equilibrado, vibra y estalla el "gesto", la "pasión en carne viva".

No importaba que Aristóteles hubiese dictado normas mejor o peor interpretadas a lo largo de veinte siglos. Unamuno, concienzudo helenista, las conocía y las sabía adaptar con juicio y con decoro. Ahí estaba su teatro, más lleno de resonancias griegas que de moldeamientos franceses o italianos. Unamuno adelantándose a las *pequeñas minorías*, instaurando el teatro de Cámara; aunque para él la Cámara fuese el ágora popular.

NICASIO LEON ²⁶

Periodista, amigo personal de Unamuno, contertulio suyo en el Ateneo, fue Nicasio León corresponsal de D. Miguel en el año de su destierro en Fuerteventura.

²⁶ Vid. Carta del 14-IV-1924, pág. 427 (93).

La carta, una vez más, pletórica de aliento fuerteventureño. Y de esperanza.

Adelantándose al libro *De Fuerteventura a París*, Unamuno fustiga, hiere, satiriza. El desterrado, herido más por el dolor que por el resentimiento, entinta sus palabras de pasión. De roja y caldeante pasión.

La "sedienta y esquelética Isla" metida "en el cogollo del corazón". Más de un verso, impreso poco después, está alineado en los párrafos de esta carta. Más de un verso que luego, en París, reescribiría con el ensueño de la Isla.

Unamuno pesimista y esperanzado; perfilando el ánimo de españoles a los que su palabra enriquecía en valor. Desasosegado: no tanto por su cautividad, cuanto por la de quienes arrastraban el sudario de la esterilidad patriótica. Y alentador; generoso en vitalidad, lograda tal vez en aquel "sanatorio" de Fuerteventura.

Unamuno, una vez más, dominado por la santa furia. Denostando, a diestro y a siniestro, contra "estos y aquellos". Insatisfecho y estremecido de dolor por España.

Autógrafos

Antes y después de su viaje a Las Palmas, dejó Unamuno más de un autógrafo, en donde está desgajado mucho de su pensamiento; o de su carácter. A pesar de la enemiga que sintió siempre por los coleccionistas de pensamientos ajenos, D. Miguel no sólo fue deferente, sino que además resultó pródigo en su generosidad.

PRESENTACION SUAREZ VEGA

Presentación Suárez, dueño de una abundante colección de autógrafos, consiguió de D. Miguel cinco distintos textos, en cinco fechas distintas de su vida. Vale la pena examinarlos, aunque sea muy someramente, porque en más de uno se ha escapado un verso, una frase o una ingeniosidad unamunianas. Y en todos, de una manera u otra, está presente la paradoja y la sinceridad del escritor.

"En el modo de enlazarlas" ²⁷.

Esto es lo que deseaba Unamuno. Unir, engarzar, relacionar; no separar, desunir. No ideas muertas, solitarias; sino prietas, unidas, fortalecidas con el ayuntamiento de otras. Y, en especial, animadas por la palabra viva del hablante.

Unamuno, donador de ideas, sí; pero no de sombras, no de fugacidades. Sino de "pensamientos", ligados al árbol vivo del pensador. Ese pensador que, como decía muy bien Unamuno, "enlaza" y "anima" cuanto dice o cuanto escribe.

Pero allí quedaba, en la cuartilla solicitada, un ramillete escogido de conceptos. Un haz puntiagudo de ideas. Vivificadas por su propio autor.

"Sólo el nombre se conoce" ²⁸.

Otra vez las sombras platónicas. Necesita llenar el nombre de contenido. El no monologaba, sino dialogaba; porque sus monólogos siempre, en potencia o en presencia, tenían "otro" interlocutor.

Nada de soledad. Compañía en vez de misantropía. Diálogo con todos; para replicar, para refutar o para asentir. Pero diálogo; apretujado de palabras, erizado de conceptos.

No le bastaba a Unamuno ver los ojos, o escuchar la voz, sino sentir asimismo las acciones y las pasiones del "otro". Lo que hacía o padecía, lo que constituía en verdad su personalidad. En ese algo indefinible, la persona no estaba constituida por el nombre, mera circunstancia; sino por el "ánima", por el meollo de su intimidad.

Esto era lo que le pedía a Presentación Suárez: que mostrase su intimidad. Que llenase, en fin, el vacío de una sombra.

"Cada día vamos dejando un yo en el camino" ²⁹.

Presentación Suárez era constante, persistente. Ahora ya no es el simple autógrafo, sino el retrato. Con un pensamiento, con una dedicatoria. Y Unamuno, una vez más, accede a la solicitud.

²⁷ Vid. *Autógrafos* del 31-I-1907, pág. 42 (94).

²⁸ Vid. *Autógrafos* del 27-III-1907, pág. 42 (94).

²⁹ Vid. *Autógrafos* del 15-II-1910, pág. 42 (94).

En el espejo del tiempo, Unamuno entabla un diálogo con su imagen, con el "otro" que siempre "le salía a flor del alma". La imagen era borrosa, casi juvenil; casi un sueño. Al dialogar con ella, con esa que contemplaba en la cartulina fotográfica, trataba de reconocerse, no con los sentidos —"¿pero es que se conoce uno mirándose?"—, sino con la imaginación. Los dos Unamunos cara a cara, el viejo y el joven, diciéndose cosas; iluminando la negrura del olvido. Unamuno reviviendo su pasado en virtud de una simple fotografía; dando vida al carácter de un ayer lejano.

Se ha mirado Unamuno nuevamente en su alma. Para reconocerse, para desnudarse; para dejar atrás al tiempo. Le ha bastado hablar en alta voz. Y se ha reconocido, se ha visto tal como era: ha conseguido recuperar su "yo" perdido en el camino. Aquel que había sido enterrado en la víspera, y del que no volvía a saber más.

Aunque sí, sí volvía a verlo cuando brotaba del cofre de sus sueños.

*"¿Y a quién le importa este mi problema?"*³⁰.

Unamuno ya está en Las Palmas; ha dialogado por primera vez con su afanoso admirador. También había dialogado con el auditorio del "Pérez Galdós". Y ahora como antes, el orador ha insistido en su tema favorito, en el Aislamiento.

Que no es egoísmo, o nirvanismo; sino diligencia espiritual. Diligencia en romper todos los horizontes —según había dicho en el discurso del Teatro—, en llevar su intimidad más allá de ruidosos silencios. Esto era para él *aislarse*: estar alerta y persistir en la agonía, en la lucha.

El seguía luchando. Y excitaba a los demás a que lo acompañasen en la lucha. Unamuno confesando, luchando, dialogando; primero en Gran Canaria, y luego en Fuerteventura. En una y otra Isla, animado de afán aventurero, incitado por el mar de lo desconocido. En donde su espíritu se encontraba más templado, y en donde deseaba que se templasen otros espíritus iguales al suyo.

No, no había dicho nada. Había repetido, con machacona insistencia, "su problema". Confesado en alta voz desde el escenario

³⁰ Vid. *Autógrafos* del 26-VI-1910, pág. 429 (95).

de un teatro provinciano; y repetido en la hoja de álbum de un coleccionista de autógrafos.

"Todas tienen su eternidad" ³¹.

¡Y cuánta había en esta ininterrumpida batalla del alma de Unamuno!

Vencedor de lo efímero gracias a lo eterno. A pesar de que pareciese escéptico, o impaciente, o agorero. En cualquier retrato, en este o en otro, era él mismo: vencido tal vez por el tiempo, avejentado en lo físico, pero con igual vigor en lo espiritual.

Allí estaba Miguel de Unamuno; a los treinta, a los cuarenta años. Ni más joven, ni más viejo; porque lo sustancial estaba en el "siempre" que martilleaba sin cesar. En la pregunta sin respuesta, en el estímulo de sus dudas.

Unamuno frente a sí mismo. No otro, sino uno, único, indivisible. A pesar de que los demás lo recreasen a su manera, a pesar de la aureola misteriosa que le rodeaba. "Dentro", en su interior, sólo había un único Unamuno; el auditor de su ininterrumpido diálogo.

NIEVES CASTILLO DE RIVERO

"Remanso de quietud" ³².

Unamuno fue invitado por su antiguo alumno Juan Rivero del Castillo a pasar un día en su casa del Monte Lentiscal, a pocos kilómetros de Las Palmas. A la madre de Rivero y esposa de don Domingo Rivero —inédito y recio poeta— dedica D. Miguel un autógrafo.

"Remanso de quietud y de sosiego". Un endecasílabo arrancado de una página de su poesía. El mismo que columbraba para su vejez cansada; el que encontró en el paramal de Fuenteventura, años después. Unamuno, horaciano fervoroso, entregado por completo a la paz del espíritu. Una paz que originaba su duro combatir.

³¹ Vid. *Autógrafos* del 28-X-1934, pág. 429 (95).

³² Vid. *Autógrafos* del 18-VII-1910, pág. 430 (96)

“Y dejarse cunar por el canto de las olas”. Ahora es alejandrino. Y nótese cómo los acentos rítmicos señalan las sílabas de las palabras más significativas del verso. Un verso expresivo; porque lleva muy dentro la ambición más escondida del poeta: soñar con lo desconocido, presentir la fantasía de horizontes ilimitados. Sí, aquellos horizontes que él propugnaba romper.

Pero todo el nirvanismo, de pronto, se vuelve “lucha”. Lucha con la vida, con la muerte; lucha consigo mismo. Porque ese “dejarse morir” entrañaba la más acuciante vitalidad del poeta y del pensador. Alentado, no se sabe dónde, por el remanso belicoso de Santa Teresa, la fémica inquieta.

Sí, la que, como Unamuno, no podía gozar del descanso sino “a pequeños tragos furtivos”.

MARUCA MILLARES FARINÓS ³³

“Quieto mar errante”.

Hija del médico Luis Millares, huésped de Unamuno, Maruca Millares consigue de D. Miguel una poesía. Tal vez una de las primeras poesías marinas de Unamuno, leída en el Salón Saint Saens, del Teatro “Pérez Galdós”. Sin duda, conocida de antemano por los contertulios vespertinos de la casa del Dr. Millares, adonde acudía, como contertulio mayor, Miguel de Unamuno.

De los versos, uno, por lo metafórico, y hasta por lo rubeniano, al menos por el color y por el léxico: “eterna esfinge azul de crin de plata”. Blanco y azul unidos; unidos por una pregunta inquietante, a la que el poeta no encontraba respuesta. El mar, camino; el mar, cuna; el mar, tumba. El mar, nuevo personaje de la poesía unamuniana, tema central en *De Fuerteventura a París*, aparece por primera vez en este fragmento —seguramente inconcluso— que ha quedado en el álbum poético de Maruca Millares.

El tiempo empieza a teñirse de blanco y azul. El angustioso y sonoro mar toma forma de esfinge. En él, inmenso, profundo, ilimitado, buscaría respuesta para sus interrogaciones. A su orilla

³³ Vid. *Autógrafos* del 18-VII-1910, pág. 430 (96).

—“acunado por su eco”— escribiría la mayor parte de los sonetos líricos. Y, contemplándolo, extasiándose, el poeta rememoraría sus juveniles años bilbaínos.

El azar de un álbum hizo posible el ahondar lírico y marino de Miguel de Unamuno.

MARGOT BOSCH MILLARES ³⁴

“*Un cotidianismo chabacano*”:

La rudeza unamuniana sin máscara; una muchacha de dieciocho años recibe una carta inquietante.

Sorprendido por la nueva admiradora, Unamuno define el contenido de sus novelas. Llenas de desnudez y de castidad; no de pornografía o de sensiblería. Por eso es su admiración hacia la nueva solicitante, a la que contesta con este generoso autógrafo: casi un ensayo sobre la novela.

Contra la chabacanería y la mendacidad, contra las medias tintas y los pobretones de espíritu; contra unos y contra todos iban las advertencias de Unamuno. Porque la maldad no está, si no la ponemos con nuestras intenciones. Y es la pureza de ánimo la que hay que lograr. Los andamiajes de la pacatería, las bambalinas de un falso recato no conducen sino a huir de la verdad: a desconocerla.

Y Unamuno, por encima de la “Realidad” —“el cotidianismo chabacano que se cree realista”—, desea la verdad. Querer o no querer: ahí radicaba el más alto y más puro acto de fe. Volición, querencia de verdad, pues en el *querer ser* habla ya un comienzo de fe. Un puro deseo de verdad.

Sí, podía sentirse satisfecha su nueva admiradora. Y compensada de la tardanza; Unamuno había cumplido con creces. Le había regalado un vivo pedazo de su moral. Y, sobre todo, la nitidez de su sinceridad.

³⁴ Vid. *Autógrafos* del 21-VI-1920, pág. 431 (97).

Artículos periodísticos.

Colaboró Unamuno en la prensa insular. Unas veces coge de otros periódicos peninsulares —la mayor parte de los artículos—, y otras, originalmente publicados en alguno de Las Palmas; ya de la época de los Juegos Florales (1910), bien de la de su destierro (1924).

Como ya se han reproducido una buena parte de los artículos publicados en prensa peninsular o argentina —gracias a la diligencia del prof. García Blanco—, solamente se escogerán aquí aquellos otros artículos escritos en las Islas, o fuera de ellas y encontrados exclusivamente en la prensa del Archipiélago.

"MI NIÑEZ A FLOR DE ALMA"³⁵

Está a punto Unamuno de regresar a Salamanca. Don Miguel había dejado el regalo de su palabra; había escuchado las caracolas terorenses en el rincón idílico de Teror, en compañía de su inseparable Macías Casanova; había conocido en la casa del Dr. Millares a un grupo de jóvenes inquietos y soñadores; y había rasgueado más de un libro de autógrafos con la sinceridad, a veces demasiado ruda, de su pluma.

Pero, además... Además, había conquistado nuevos adeptos para su arte cocotológico. Entre ellos, tres infantes que irrumpieron un día en el Hotel para solicitar ingenuamente poderse adiestrar en arte tan complicado. Como otros muchos —los contertulios de la casa de Millares— habían visto cada tarde salir de las manos nunca reposadas del Maestro más de un pingüino, o de un lineal pajarraco.

Por eso, la presencia de Dominguín Padrón, ansioso de conocer la sutileza de la cocotología, seguramente movió en el ánimo del Maestro toda su escondida infantilidad. Se presume el propio Unamuno transfigurado en Dominguín Padrón, mirándose en la propia niñez de su pequeño visitante, buscando respuesta a preguntas anhelosas. Respuestas más hondas, más sutiles que las que el pro-

³⁵ Vid. "Un recuerdo puro", pág. 432 (98).

pio Unamuno dio a Dominguín en forma de elefante, de góndola, de mitra o de lirio; respuestas más misteriosas que las nacidas de aquella imaginación infantil de siete años.

Don Miguel viviendo "una de las horas más puras de su vida"; aprendiendo a robustecer su fe con aquella capitania ingenua y candorosa que alentaba ya en el infante, atacado ya por la santa locura de la vocación. Unamuno, una vez más, dando y recibiendo; que no fue en este diálogo en donde menos aprendió Unamuno, siempre más deseoso de recibir que de dar. Unamuno moldeando la candorosidad infantil con el blancor de pajaritas de papel; y enriqueciendo su propia alma con la nitidez de la ingenuidad.

Con Dominguín Padrón tuvo Unamuno el más completo aprendizaje. Porque fue capaz de adoctrinarlo en la ciencia de la fantasía, y porque recibió él mismo aliento para robustecer más la suya propia.

"AQUEL HIJO DEL SILENCIO" ³⁶

El 11 de septiembre de 1910 moría electrocutado en Las Palmas Manuel Macías Casanova; tenía escasamente veinte años y se proponía comenzar la Licenciatura en Filosofía y Letras en Salamanca. Unamuno había sabido conquistar, durante su estancia en Las Palmas, aquel corazón hosco y extraño; y había sido conquistado también por aquella devoción ilimitada.

Desgarrado el corazón, Unamuno recibe como una sacudida la noticia de la muerte del nuevo amigo. Ha muerto un nuevo hijo de su espíritu. La muerte trágica se lo ha arrebatado. Le llevaba al discípulo y, en consecuencia, un poco de sí mismo. Algo de su misma carne, porque eso fueron las palabras —algunas veces no pronunciadas— del silencioso Macías: taciturno, melancólico, silencioso. Melancolía y silencio tronchados en la alegría de la juventud.

No, no pudo fructificar en Primavera el Otoño del Maestro; sería él, "veterano", quien debía continuar la tarea. Otra vez a la lucha, otra vez al combate; apurando el dolor y redoblando el ánimo.

³⁶ Vid. "Por Manuel Macías Casanovas", pág. 436 (102).

Por aquellas palabras tuyas que no pudo oír en otra boca, por aquellos pensamientos tuyos enriquecidos por el joven injerto, por aquellos sentimientos florecidos en la savia de un corazón juvenil.

“Obra tuya” fue, y obra difícil; y, por lo difícil, humana. Por eso Dios se la arrebató. Ese Dios ante el que Unamuno, transido de dolor, inclina su recia voluntad.

Como única esperanza, volver al encuentro; juntar su alma con la del muerto. Las dos almas amigas en vida, estrechadas en el más allá. Removida su carcomedora idea de eternidad, Unamuno, buscando la fe, parece encontrarla en la orfandad de aquel su corazón dolorido.

Sueño, sueño había sido hacer suyo aquel espíritu. Sueño más lleno de resonancias y hasta de silencios. Sueño cuyo despertar se perdería en aquel “negro mar sin fondo”.

Sí, en el que navegaba continuamente su alma atormentada.

TEXTOS DE UNAMUNO

DISCURSOS

Discurso de los Juegos Florales¹

No es la primera vez que me presento ante el público de Las Palmas; pero ahora es con esta librea que la costumbre social impone; con esta librea que embaraza los movimientos del espíritu a los que estamos acostumbrados a hablar ante la gente del pueblo, que huele a sudor y a sol. Hay que aceptar, sin embargo, las necesidades de la vida. Estos días miraba yo con fraternal curiosidad a un pobre oso que, atado de una cadena, bailaba por esas calles; algo de eso hay en estos actos teatrales. Hablar en un teatro, tiene algo de comedia. La otra vez que me presenté ante vosotros fue mucho más al desnudo, demasiado acaso, porque me representaba un cómico. Ahora, el cómico soy yo.

Ya voy teniendo alguna costumbre de acudir a fiestas de esta naturaleza, con las cuales, si transijo, no más que transigir, es por la parte que tienen de cursis. Soy, sin embargo, hostil a ellas; y las acepto porque son un pretexto para hablar.

Y ved cuán grande era mi deseo de venir a estas Islas Afortunadas, avanzada de España en estos mares, por los que fue a ganar un Nuevo Mundo a la razón y a Cristo, cuando he aceptado esta fiesta que no me es grata, para poder hablaros, para poder daros mi palabra. No me gustan estas fiestas porque en ellas se profana lo más sagrado que hay en el hombre, la palabra, en su forma más noble, que es la poesía. En estas fiestas, la poesía es literatura de festejo, sometida a una liturgia; y no es que yo desdeñe las liturgias, pero es cuando están informadas por un verdadero espíritu de religiosidad. Estas debieran ser algo así como una especie de fiestas religiosas, una eucaristía de la palabra. La palabra se perfecciona, se encumbra y se sublima en la poesía. La palabra es, después de todo, lo único que en el hombre crea. Bien dice el cuarto Evangelio: "En el principio era el Verbo y por él se hizo todo lo que se ha hecho". Goethe, queriendo corregir esta frase, dijo: "en el principio era

¹ Pronunciado en el Teatro "Pérez Galdós", de Las Palmas, el 25 de junio de 1910. Vid. pág. 342 (8).

la acción"; pero la acción, la mayor parte de las veces, se reduce a la palabra.

Se dice que a los hombres les pierde muchas veces la palabra; que hablamos demasiado; que sobran oradores y faltan hombres de acción. Yo no veo la oratoria por ninguna parte. Eso que llaman los políticos hacer un acto, es las más de las veces pronunciar una palabra.

La palabra es la única base de la comunión humana. Hablando se entienden los hombres y también se aman. Repetir el nombre de la amada, es el consuelo mayor que tiene el amante cuando está lejos de ella; y repitiéndolo, endulza la boca y conforta el corazón.

Hablándoos, os doy algo mío; y vosotros, también me dais algo con vuestro silencio, porque es vuestro silencio el que habla en mí.

La palabra en que aquí hablamos es palabra española. La lengua es la sangre de nuestro espíritu, es nuestra alma, es el alma del "bronce de la raza" de que aquí se nos ha hablado. Se piensa con palabras, se siente con palabras también. Todo sentimiento articulado, racional, es un sentimiento hablado. Sólo las pasiones puramente animadas son mudas. Hablar español es pensar en español, sentir en español. Cuando yo oigo a algunas gentes de América hablar mal de España siempre digo: mientras lo hagan en español está bien.

Nuestra lengua, como todas, lleva en sí una concepción propia del universo, un sentimiento y un ensueño; una filosofía, una poesía y hasta una religión. Es la lengua misma la que piensa, siente y sueña. Nuestra filosofía, la filosofía española, tiene por carácter principal el haber fundido el pensamiento, el sentimiento y el ensueño, dando como suprema expresión la mística, libre de formas confesionales, transitorias. El carácter de España, la España eterna, es el despego de la vida que pasa, el hambre de gloria, la sed de la eternidad.

Claro es que hay una forma de patriotismo que se degrada en cálculo de mercaderes, que convierte la bandera en un pabellón que cubre la mercancía, y esta bandera es muchas veces la cruz que convierte a Cristo en un dios Mercurio. Pero el patriotismo debe ser un sentimiento filosófico, poético y religioso. Si la Grecia se perpetúa al través de los siglos, es en sus pensadores, en sus poetas, en su Platón que se ha infiltrado en la religión cristiana. Decía Aquiles en *El Infierno* que era mejor ser criado de un labrador pobre en la tierra que rey en los infiernos. Pero, suponiendo que el infierno sea la morada de la muerte, vale más ser rey en la morada de la muerte que criado de un labrador pobre en la tierra.

Si la poesía tiene un valor tan grande, tan humano y tan universal, es porque revela la patria. En los poetas se forma el sentimiento más:

íntimo del patriotismo. Aquellas grandes figuras de nuestro Romancero parece que se ven pasar por las llanuras de Castilla, a la caída de la tarde, en aquellos hombres que vuelven del trabajo, cargados de siglos sin saberlo. Los poetas hicieron en Italia la unidad italiana: Dante, en otros tiempos; Leopardi y Carducci, últimamente. Toda la patria de ese pobre país que se llama Portugal, que vive de espaldas a Europa, sentado, con los codos sobre las rodillas, con los pies descalzos y viendo siempre ponerse el Sol por el Océano, sin verle salir nunca, toda la Patria de ese pobre país está en *Os Lusíadas* donde están los pensamientos, los sentimientos de sus grandes navegantes; y por muy triste que sea su destino siempre podrá decir: tengo *Os Lusíadas*.

La poesía es lo que purifica el patriotismo al purificar la palabra. Palabra que pueda entrar dignamente en una real y verdadera poesía. es grano limpio, porque el ritmo, como el biello, aventa el tamo con la brisa de la sinceridad.

Eurípides, en *Las Fenicias*, pone el siguiente diálogo en boca de Yocasta, la madre y esposa de Edipo, y Polinices:

YOCASTA.—¿Es gran mal verse privado de su patria?

POLINICES.—El mayor; mayor aún de hecho que decirse puede.

Y.—¿De qué manera? ¿Qué es lo peor para los desterrados?

P.—Una cosa: que no tienen sinceridad.

Y.—Cosa de esclavo: no decir lo que se siente.

P.—Y tener que soportar la necedad de los que mandan.

Y.—También es doloroso tener que hacerse necio con los necios.

Aquí veis qué concepto tenían de la patria aquellos griegos. Para ellos, la patria era tan sagrada, que al pronunciar Pericles su discurso por los muertos, después de la batalla de Platea, decía: "Estos que veis aquí, estimando la muerte preferible a perder la ciudadanía, han perecido por conservar su patria".

Para los griegos, el destierro era mucho más grave que la muerte; porque quien está fuera de su patria no puede tener sinceridad; y el que no tiene sinceridad en su patria, es porque realmente no está en ella.

Claro es que yo no hablo de esa sinceridad puramente individual y pasajera; es de otra sinceridad de la que hablo. Es menester ser sinceros y veraces; pero con sinceridad permanente y colectiva. Tenemos todos la obligación de escarbar, un día y otro, en las entrañas colectivas de nuestro pueblo, de descubrir el Dios de Santa Teresa, el Dios de España, el Dios humanado en Don Quijote. Cada pueblo tiene su Dios, sin que yo niegue por eso que haya uno; y nuestro Dios es ultrapersonal. Nuestro cristianismo es una cosa por descubrir.

No conocía yo hasta ahora, y todavía no puedo afirmar que lo conozco, lo que era una isla por dentro; pero sí tenía una idea de lo que es la curiosidad insaciable del isleño, por Ulises, aquel hombre cazurro que andaba por el Mediterráneo comerciando con unos y con otros y engañando a todos. Después de atravesar el Estrecho, entre Scila y Caribdis, se encontró con la tentación de las sirenas; y las sirenas, que para otro hubieran sido una tentación de la carne, fueron para él la tentación del conocimiento; ellas podían enseñarle una nueva estrella, una nueva piedra, un cuento nuevo.

“Ven acá, famoso Ulises, honra de los aqueos: detén la nave por oír nuestras dos voces. Nadie pasa por aquí de largo, en su negra barca, sin haber antes oído la voz de nuestrasmelifluas bocas; sino que, de marcha, luego de haberse con ella recreado, y sabiendo más que sabía. Pues sabemos nosotras cuánto en la ancha Troya sufrieron argivos y troyanos por albedrío de los dioses, y sabemos cuánto se hace en la tierra fructífera.”

Y tal era su curiosidad que los compañeros tuvieron que atarle más fuerte para que no se quedase. Aquí se ve la curiosidad insaciable de los isleños. Y es que el mar, abre a los unos nuevos horizontes; a otros, se los cierra. Una palabra hay, que es una palabra terrible cuando se traslada su sentido geográfico al espiritual; es la palabra aislamiento. Puede hablar de espléndido aislamiento Inglaterra, que es un pequeño continente con una civilización propia; pero no una pequeña isla.

Nosotros, los hombres, nos aislamos con demasiada frecuencia y sacrificamos la personalidad, que es el contenido, a la individualidad, que es el continente. Nos diferenciamos de los demás a costa de nuestro contenido espiritual.

Y cuando uno se aísla suele decir: no me conocen. Pero ¿conoce él a los demás? No nos conocen, decís vosotros; pero ¿conocéis vosotros? Habla también el aislado de su problema. Pero no hay más que un problema. ¿Es que tenéis un problema propio, exclusivamente vuestro? Pues estáis perdidos. Estas islas —se ha dicho— son restos de aquella Atlántida de Platón, donde vivían en paz y felicidad los hijos de Neptuno. Y la paz es una cosa terrible. Yo creo, por lo que he visto, que en aquella Atlántida reinaban Vulcano y Neptuno; que las entrañas de la tierra se asomaron al mar para verle y quizá para contemplar el cielo. La leyenda de la Atlántida, si algo significa, es un enlace entre América, hija de España en su mayor parte, Europa y África. Vosotros sois, acaso sin saberlo, el lazo de unión del Viejo Continente al Continente Nuevo. Vosotros representáis simbólicamente la misión universal de España, que

fue la conquistadora de Orán y que descubrió a América. Por aquí pasan de España para América, y de América para España, frutos materiales y espirituales. ¿Qué queda de ellos aquí?

Ahora, con motivo de celebrarse el centenario de las independencias sudamericanas, se ha hablado mucho de unión Ibero-americana. Es ya un lugar común, una cosa hasta cierto punto de festejo. Pero ha de llegar un día en que se entable una lucha de espíritu entre los pueblos hispano-parlantes y los pueblos que hablan la lengua inglesa. Nuestra lengua y la de Shakespeare llegarán a disputarse la supremacía de medio mundo. Se prepara una lucha por el imperio augusto de la lengua, que es no sólo de Cervantes, de Santa Teresa y de Calderón, sino también de Cristóbal Colón que, fuera genovés o fuera gallego, cosa que se está discutiendo, nunca escribió ni una sola palabra sino en lengua castellana (hasta sus cartas y sus más mínimas disposiciones), y de Legazpi, mi paisano, que redujo a la dominación del español, no a la del vascuence, las islas Filipinas, esas islas donde Rizal dedicó a su patria su último canto, no en tágalo, sino en español. Y en español lucharon por la independencia Bolívar en Venezuela y Colombia, Hidalgo en Méjico, Belgrano en la Argentina y O'Higgins en Chile.

Es preciso, pues, que comencemos a prepararnos para la lucha por la lengua. La lengua es lo único que asegura la independencia del espíritu y todos tenemos el deber de propagarla y de imponerla. Esforcémosnos por que tengan algo que pedirnos para que nos lo pidan en español; y el que quiera vivir con nosotros, que viva como nosotros. El que quiera vender su alma puede hacerlo en inglés o en otra lengua cualquiera.

Hay otra labor también: la de españolizar América y americanizar a España. España no conoce bien a América, ni América a España; y por eso no se aman tanto como deberían amarse. Los americanos hablan mal de España, de la misma manera que los españoles.

Y es menester crear una civilización propia, una concepción española del universo, un sentimiento español, un ensueño español. Es menester encontrar nuestra filosofía, nuestra poesía, nuestra religión. Tenemos que averiguar qué es lo que Dios dice cuando habla en español.

Junto a esto, un poco abstruso, no del todo ameno y en exceso condensado, ¿qué significan otra porción de cosas? Desde que llegué aquí, desde que hice otra escala en mi viaje, estoy oyendo hablar del problema local. Perdonad a un forastero un puco rudo, os diga que yo no he visto hasta ahora en ese problema sino querellas domésticas, luchas por distinciones, algo de vanidad colectiva, escapes del "aplattanamiento" y rencillas kabileñas. No dudo de la justicia de una porción de reclamaciones; pero

muchas veces, en vez de acusar a la lentitud burocrática, no estaría de más mirar si no es peor la lentitud del propio espíritu. He oído quejarse de que hay hijos ilustres de esta tierra que se van y no vuelven. Lo comprendo, porque cuando voy a la mía, me apena ver las rencillas domésticas a que viven entregados.

También os quejáis de la política. Pero ¿es que puede llamarse política a dar vueltas y más vueltas a una cosa y buscar en la Península abogados a quienes dais como honorarios un acta? Eso no es política. Nunca se ha llamado químico a un buhonero de drogas.

No reduzcáis vuestros ideales a la pequeñez de estas Islas; henchidlos con la grandeza del mar, que es el que debe brisar vuestros ensueños.

Ahora, cuando en España se han planteado los problemas más hondos del espíritu ... y del estómago, causa verdadera tristeza ver que la gente se distrae en cosas locales. Cuando a todos nos toca luchar —y aquí me dirijo a los jóvenes principalmente—, es menester que no os dejéis amodorrar en el arregosto de dejaros vivir, que es sufrir la vida. No caigáis en ningún género de soñarrera tropical en que el imaginar se convierte en un estéril placer solitario. Estas poesías florales que habéis oído leer, deben dar para vosotros frutos de acción, frutos políticos. Representad para España, para el mundo; si no, hasta las tragedias se convertirán en sainetes de teatro casero. Que se rían de vosotros; esa fue la mayor grandeza de Don Quijote; y cuando os llamen intelectuales, decid: somos inteligentes.

Aquí —decía la leyenda de la Atlántida— reinaban en paz los hijos de Neptuno. Y yo repito: nada más triste que la paz. Yo no sé, pero tal vez el remedio para vosotros sería una verdadera guerra civil, no a tiros, pero violenta; un fanatismo rojo por un lado y un fanatismo negro por el otro. La política es lucha de ideales; no de consumidores ni de logreros de puertos francos.

Sed jóvenes, sal de la tierra; que no os corrompa ni la obsequiosidad del mesonero a caza de turistas, ni la sordidez del mercader. Y no es que yo desdeñe el comercio. El comercio es un gran instrumento de progreso. Comerciantes eran aquellos fenicios que desamortizaron la escritura y que llevando por el Mediterráneo artículos que vender, llevaban también ideas. A ellos, que eran comerciantes, debemos que el alfabeto pasase de un misterio sacerdotal a la letra de cambio y se secularizase. Pero es menester hacer del comercio mismo una especie de religión; no limitarse a cambiar productos, sino ideas y sentimientos. Atenas fue fundada por unos contrabandistas, por piratas; pero piratas que empe-

zaron por robar cosas materiales y acabaron por ser contrabandistas de ideas, que es lo más grande que se puede ser.

Ahora, es costumbre —y ya que uno desempeña un papel, debe llevarlo hasta lo último— que se digan unas cuantas palabras a las mujeres. Yo, por mal de mis pecados, tengo adquirida una cierta fama de poco galante; pero soy verdaderamente galante, con una galantería especial: trato a las mujeres como a los hombres, igual que si fueran hombres; no las trato como a niños grandes, como a ídolos, con el fácil sahumero de unos cuantos piropos. Eso me parece una forma de esclavitud como otra cualquiera.

Y tengo que deciros una cosa: yo recuerdo siempre que el progreso y la civilización se los debemos a Eva. Cuando se rompió aquella soñarrera del paraíso, cuando vino ... el demonio y tentó a nuestros primeros padres con la tentación del conocimiento haciéndoles comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, fue a Eva a quien primero tentó, porque vio que ella tenía más curiosidad, más espíritu inquisitivo, y aquí, por lo que he podido observar en sus ojos (que son el sentido por el que se atiende), las mujeres tienen más curiosidad que los hombres; les interesan más las cosas.

Y en este acto, que preside una mujer, es menester deciros algo a vosotras, a las mujeres. El molde del "bronce de la raza" es la mujer y su primera obligación es encenderlo con el amor para que fluya líquido. La cuna de la patria es el regazo de una madre; no hagáis del regazo de otra mujer la tumba de ella. No es raro encontrar Dalilas que cortan a sus Sansones los vuelos de la ambición como aquella le cortó el pelo. Si el hombre se deja distraer en cuestiones de hogar y llama problemas a esas cuestiones, es la mujer quien debe sacarlo fuera y decirle que más allá de este mundo pequeño hay un mar mucho más ancho y otras tierras, con gentes que piensan y que sienten; y como así no lo haga, como vosotros los hombres no hermanéis con ellos, y sigáis hablando de vuestro problema, os lo vuelvo a repetir: estáis perdidos.

Yo deseo que todos estos muchachos que hacen estas cosas de arte tan agradables y tan amenas, hagan otras cosas de otra índole para que estas flores se conviertan en frutos y en frutos de acción.

He concluído.

Discurso sobre la Patria²

Señores:

Después de la otra noche en que hablaba en este mismo sitio, cohibido por el público, por el traje, por la fiesta, ha habido quien ha querido que volviese a hablar. Pero soy yo, sobre todo, quien quería hacerlo. Me encontraba, sin embargo, con dificultades, que no me extrañan; estoy muy acostumbrado a este ambiente de cobardía moral deplorable que caracteriza a la España de nuestros días. Algunos temían que alborotase el cotarro; otros veían una dificultad en que me trajese o me llevase un determinado grupo; y en tales circunstancias he creído lo mejor venir yo espontáneamente y solo a dirigiros la palabra.

Y antes de ponerme a hablar, a entrar de lleno en el discurso, quiero hacer unas breves manifestaciones. Yo no vengo aquí para imponer mi criterio; yo no soy un peninsular que viene a tratar al pueblo canario como a un pueblo inferior; no tengo la pretensión del que por haber nacido en una masa mayor de tierra se cree más grande que el que ha nacido en una masa menor. Vengo a hacer aquí lo que he hecho en otras partes de España: vengo a hablaros con la misma franqueza con que he hablado a todos los pueblos, incluso al en que he nacido.

No se me ocurrirá a mí decir cosas tan ridículas como lo que me decía, hablando de los cubanos, un amigo mío:

—¿Ve usted qué ingratos, después que los hemos descubierto y civilizado?

—Quién, ¿usted? —repuse yo.

—No, nuestros padres.

—Los padres de ellos.

Debo deciros, con la modestia que me caracteriza, que me tengo por político y me tengo por orador; pero no como generalmente se entienden estas cosas. Hay muchas maneras de entender una y otra; y en el sentido en que suele entenderse la política y la oratoria, renuncio a ser lo uno y lo otro. No vengo a buscar nada, porque soy de los que —según dice la gente equilibrada— *no van a ninguna parte*. No he venido a enseñaros, sino a aprender, a conoceros, a comunicarme con vosotros. Y he de deciros que quiero hablar sobre todo de lo que constituye mi mayor preocupación, la más honda, la más continua: del problema español y de vuestro problema.

² Pronunciado en el Teatro "Pérez Galdós", de Las Palmas, el 5 de julio de 1910. Vid. pág. 347 (13).

Hay un problema en España: el del patriotismo, el de hacer patria. España se encuentra desde hace mucho tiempo en una crisis de reformatión; está haciéndose la España nueva. Todos nos estamos haciendo. Vivir, después de todo, no es más que morir cada día. El hombre que hoy somos se nutre del que fuimos ayer. Hay todo un proceso desde la tradición al progreso. Todo progreso es un progreso de tradición. Está en crisis en España, y lo está desde hace mucho tiempo, el sentimiento mismo, el concepto de Patria, combatido, aquí como en todas partes, por el localismo de un lado, por el universalismo de otro; por el sentimiento de amor al campanario del lugar en que se ha nacido; y por el de amor al universo entero. Un poeta de esta tierra, más conocido en otros aspectos de su vida, decía que *su patria es un almendro*. Para otros es la vía láctea. La patria es para unos un átomo; para otros el cosmos; pero la Patria existe por necesidad, queramos o no. Y, sin embargo, el patriotismo real, el histórico, el vivo, no es nada de eso. La patria es, por necesidad, algo histórico, algo que ha hecho la historia, que no podemos romper; y algo también de carácter internacional. Cada uno no es de donde quiere ser, sino de donde no tiene más remedio que ser. Una patria es una patria cuando tiene una significación ante los demás pueblos, cuando tiene un ideal, un sentimiento propio.

España viene siendo, desde el siglo xvi, el blanco de todas las calumnias, la víctima de una falsificación sistemática de la historia. No nos han perdonado las campañas de Flandes, las campañas de Italia, el descubrimiento de América. Por eso no somos sólo lo que creemos ser, sino lo que otros creen que somos. Un país no es sólo lo que se hace, sino lo que le hacen los demás; y el concepto en que nos han tenido los demás, ha refluído en nosotros mismos. Se nos desconoce y nos desconocemos. Nos falta un ideal colectivo como el que teníamos en el siglo xvi; y a falta de ese ideal colectivo, que es lo que da unidad y dirección al patriotismo, hemos venido a dar en el cantonalismo, en un fraccionamiento de egoísmos locales e individuales. Y esto es, en el fondo, una verdadera enfermedad; porque la enfermedad no es más que un desequilibrio dentro del organismo, una hipertrofia o una atrofia.

Ese cantonalismo se refleja en el regionalismo literario, que es la mayor parte de las veces hijo de la ignorancia. En todas partes adonde voy me hablan de la especialidad del campesino de la tierra; y luego resulta que en todas partes el campesino es igual. Las gentes de las ciudades se distinguen algo más; pero las de los campos, no. Hace unos años vino a dar en la ciudad de Salamanca, donde yo habito, el dramaturgo catalán Feliú y Codina, que empezó escribiendo en catalán y hoy

escribe en castellano, el autor de *La Dolores*, que es su obra más conocida. Venía a procurarse materiales para escribir un drama que ocurriría en Salamanca, un drama de "charros"; y sabedor de que yo había recogido muchas frases, modismos, giros y formas de lenguaje de aquella tierra, acudía a mi casa a rogarme que se los enseñara. Me ofrecí a ello: "Pero ¿no sería mejor —le dije— que se detuviese usted algún tiempo aquí y estudiara el alma de la tierra, su modo de ser?". Y Feliú y Codina, con un tono de convicción que después me ha convencido a mí, me dijo: "Yo traigo el drama hecho. Vengo a vestirlo, a adornarlo, con palabras, con trajes, con detalles de escenario. Las almas son lo mismo en todas partes; y lo mismo me da haber hecho *La Dolores* en Aragón, que aquí o en Murcia". Y yo creo que tenía razón.

Es lo que me decía un inglés amigo mío: el pastor distingue a cada una de las ovejas de su rebaño; los demás, no las distinguen. Ustedes están hablando siempre de sus diferencias interiores; los que venimos de fuera, los vemos todos iguales. Y esta es una convicción que se me ha ido corroborando de cada vez más. Eso de las diferencias entre las distintas regiones de España es una leyenda. Se habla de las diferencias de lenguas y de dialecto: más hay en Francia, donde existe el vascuence, el bretón, una multitud de *patois* y el provenzal; más hay en Italia y en otros pueblos.

De España se nos ha dado una historia falsificada. Y es que en la historia se oye a los pocos que gritan, no a las muchedumbres que trabajan y callan. Con cien metros que bajase el nivel del mar, el perfil de Europa quedaría desconocido; con que bajasen un poco las sombras del olvido, el perfil de la historia se desconocería también.

En nuestra historia, todo el mundo habla de pasos de pueblos sobre nuestra tierra; y no se tiene en cuenta que los invasores son cuatro gatos en comparación de la masa primitiva que siempre domina. Llega la invasión de los árabes; por ejemplo, y se oye el rudo galopar de los corceles agarenos; pero no se oye el tardo paso de los bueyes silenciosos que aran la tierra. Con todo ese desfile de pueblos, con todas esas invasiones, la roca primitiva de la raza permanece la misma todavía. Todavía seguimos, gracias a Dios, siendo berberiscos. Y esa roca primitiva de la raza es la misma aquí. Los primeros habitantes de estas Islas no han sido destruidos, sino absorbidos; y la raza primitiva canaria tiene el mismo origen, idéntico raigambre que las razas ibéricas de la Península.

No viene de diferencias de raza nuestro cantonalismo, sino de una cosa que Hume, el historiador inglés, llama "el individualismo introspectivo español". Cada español se cree un rey, y es tan difícil unirnos

a todos en un solo haz. Sentiría ofender sentimientos de los que me escuchan, pero quiero hablaros clara y limpiamente, y quiero citar algunos ejemplos. Se ha dado en nuestra patria el espectáculo triste de una ciudad que se puso poco menos que en pie de guerra y constituyó una Junta de Defensa porque trataban de quitarle una Capitanía General. Eso fue en La Coruña. Se ha dado el caso de una provincia entera, la de Navarra, que casi se levantó porque se pretendía que pagase más contribución que en el año cuarenta. Y luego, luchas de unos pueblos a otros, como entre Cádiz y Bilbao sobre la construcción de unos cruceros. Nadie hablaba de dónde se harían mejor; nadie se ocupaba del interés general, sino de cuál de los dos puertos tenía más derecho a satisfacer el hambre. Me acuerdo de las luchas entre Béjar y Candelario, y de la competencia que se hacían dos Universidades a quién aprobaba más alumnos para que no se fueran de la una a la otra.

Todo ello es de una tristeza abrumadora. Todo ello revela una absoluta falta de disciplina, de espíritu de sacrificio al interés de todos. Eso pasa en las luchas de clase: los agricultores luchan contra los industriales, los industriales contra los agricultores, y unos y otros contra la protección a la marina.

Sentiría que se encontrase bajo este techo un extranjero; pero debo decir que una de las cosas más tristes que tenemos, la carcoma, la peste nacional, es la envidia. España es un país de envidiosos. Somos envidiosos por avaros, y no sé si somos avaros por pobres. No se nos ha enseñado que la civilización es cara; que vivir una vida de cultura, de adelanto, de comodidad, de confort, es una cosa que cuesta muy cara. Los pueblos que quieren ser libres, tienen que pagarlo. La libertad es más cara que la servidumbre.

Y sin embargo, España tiene todavía una obra que cumplir; y yo tengo una fe grande en ella. Nuestra patria, desde el siglo XVI, se desangró como una mujer que pare, dando a luz a veinte naciones allende los mares. Ahora, que ve a sus hijas emancipadas, que ha dejado el lastre de las colonias, tiene que recogerse, conquistar el propio espíritu, afirmarse ante Europa, tener un ideal de cultura propio. En el descubrimiento y conquista de América recibimos tristes lecciones; todos los obstáculos que el obispo Fonseca puso a Cortés, todos los obstáculos que a Colón se le pusieron, toda la ruindad del oficinista ante aquellos hombres que tendrían sus defectos, pero que descubrieron un mundo para la civilización. Y ahora, cuando España se ha visto arrastrada a una nueva guerra, por mil razones, y entre ellas por evitar verse ceñida por todas partes por la nación vecina, "nuestra querida amiga", ¡la mayor parte

de las gentes no han visto allí más que un asunto de minas! También en Méjico no se veía sino un asunto de minas.

Ese es precisamente el problema de más importancia: adquirir conciencia internacional frente a las demás naciones. Yo soy desde hace tiempo un estadista convencido. En España, la verdadera, la única garantía de la libertad individual es el Estado. El Estado es el mejor amo, el que más libertad da a sus servidores. El que menos exige y menos pide.

Después de haber hablado de estas cosas, de la España ideal, de la Historia, del Estado, sé que muchos diréis: ¿y nuestro problema? Vamos, pues, aquí, en paz y compañía, con una gran tranquilidad, a hablar de eso que llamáis vuestro problema. Y lo primero que ocurre preguntar, naturalmente, es si tenéis un problema; si hay realmente un problema canario: ¡Sí! Lo hay. Cada pueblo tiene un problema, pendiente de los problemas de los otros, como un eslabón de la cadena del gran problema eterno.

Sí; por lo que he oído, por lo que me han dicho, por lo que me han dejado de decir y por lo que yo mismo he adivinado, sé que existe entre vosotros un problema. Hablemos, pues, de vuestro problema.

¿Es vuestro problema el de la división? Creo que no. Si me equivoco, que me perdonen. Sospecho que eso no resolvería nada. La división multiplicaría las oficinas, aumentaría los gastos y nada resolvería en el fondo; además, naturalmente, inmediatamente, se encontrarían en una situación análoga Vigo respecto de Pontevedra, Gijón respecto de Oviedo, Jerez con Cádiz, Cartagena respecto de Murcia. Habláis de distancias; hay en España provincias en que para ir a la capital desde ciertas cabezas de distrito hay que andar leguas y leguas; hay algunas en los Pirineos en que es preciso internarse por Francia. Eso de la rapidez tampoco es cosa material; la rapidez es cosa del espíritu; en el mismo Madrid se eternizan y se alargan los asuntos cuando se quieren eternizar y alargar. Y ahora, permitidme que os lo diga, no quisiera ofender a nadie, pero ¿no habrá en todo esto un poco de vanidad colectiva?; ¿no habrá algo de eso que se expresa diciendo “no por el huevo, sino por el fuero?”. Y a esto sólo se me ocurre deciros lo que se lee en cierto pasaje del Quijote: “sentaos, majagranzas, que donde quiera que yo estoy, está vuestra cabecera”.

No; no creo que la división resolviera el caso. Y sin embargo, hay un problema canario. ¿Está su solución en la autonomía? Temo también que no. Yo no soy autonomista. Tengo la creencia de que con la autonomía, lejos de desaparecer, se empeoraron los cacicatos todos. El mejor cacique es el que está más lejos, y es más grande cuando es un hombre y no una sombra. No tenéis más que ver lo que ha ocurrido con la Soli-

daridad catalana, la última forma que ha tomado el anhelo de autonomía. Para el cabecilla de la Solidaridad no había más problema que ese. Los demás eran ensueños de románticos, de espíritus soñadores o de fanáticos. Y sin embargo, ha pasado muy poco tiempo, la Solidaridad se ha hundido y aquellos problemas han vuelto a imponerse.

Vosotros tenéis un problema mucho más grave que ese al que denomináis vuestro problema. Y (sin que esto quiera decir que no me parezcan muy puestas en razón una gran parte de vuestras demandas) no creo que ése se resuelva con la división ni con la autonomía.

Pero ¿cuál es ese problema? No sé si yo me equivocaré. Antes de venir aquí había hablado con muchos hijos de esta tierra, había leído periódicos, había oído a muchas gentes; después he oído a los que me han hablado y a los que no me han hablado, pues también oigo por la espalda y a larga distancia. Y creo que tenéis un problema: el de vuestro *aislamiento*. Vivís aislados y vivís aislándoos. Decía Nietzsche que la enfermedad tiene una cierta tendencia a alimentarse de sí misma. He conocido muchos enfermos que tenían la voluptuosidad de su dolencia. Vivís aislados; y lo que hace vuestra fuerza, hace vuestra debilidad. Vuestra fuerza es la posición geográfica que tenéis. Por aquí pasan buques de todas las naciones de la tierra; pero también pasan por encima las nubes; y ¿de qué sirven si no descargan? Esto es a modo de un mesón, donde se descansa, se toma un refrigerio, se deja algo de la bolsa, pero donde no se deja ni se toma nada del espíritu. Es un lugar de paso. Os encontráis con un horizonte cerrado; el mar os estrecha y os entrega a vosotros mismos.

Lo que a mí más me choca aquí, lo que más choca a todos los que vienen, es la escasa, la escasísima repercusión que aquí tienen los grandes problemas nacionales e internacionales. Hace pocos días se ha celebrado en toda España una manifestación; aquí no ha habido nada. ¿Es que eso no os interesa? Pues son esas cosas las primeras que deben interesaros. Si no os interesáis vosotros en los problemas de España, de Europa, del mundo, en las grandes cuestiones humanas, ¿cómo queréis que se interesen por los vuestros?

Hay en toda España, en todo el mundo, un problema económico-social. Todo el mundo ha estado pendiente del presupuesto Lloyd-George de Inglaterra. No tenéis más que ver esos partidos sociales que tenían patria y han hecho, sin embargo, las patrias. El verdadero patriotismo de hoy lo han fundado los socialistas. Al hacer internacionales a las naciones han hecho nacionales todos sus grandes problemas. Este problema económico-social se ha presentado en todas partes, sobre todo en España,

donde existe un impuesto progresivo, pero invertido. Aquí pagan más los que menos tienen. Lo que debieran pagar los ricos, lo pagan los pobres. Hay ricos que pagan mucho menos de lo que deberían pagar, y pobres sobre los que pesa un impuesto excesivo. Y ante ese problema de todos, que es vuestro también, ¿qué importan la división y la autonomía?

Y en esto, no soy yo quien alborota el cotarro: son los que explotan a las clases pobres; son esas gentes que están aprendiendo a hacer huelgas y acabarán por obligar a que se despierte la taifa de los Correos; son esas masas a quienes se desprecia, a quienes se acude en momento de apuro. De esos os puede venir la resistencia a que llegue a ser este Puerto una factoría mediatizada por unas cuantas casas extranjeras.

Y hay un problema cultural, de ciencia, de arte, que es algo más que un sport, aunque no es extraño que se tomen como sport estas cosas donde la política se toma como juego de gallos. He necesitado venir a esta tierra para saber que hubo en ella un gran escultor y que acaso mañana tenga un gran pintor. De aquí es también D. Benito Pérez Galdós; ha escrito mucho, muchísimo; y sin embargo, ni una sola línea, que yo sepa, ha escrito de su tierra; ¿qué significa esto? ¿Es que no os interesan estas cosas que son la memoria colectiva de los pueblos, lo que nos consuela de haber nacido, lo que nos hace mejores, más firmes, más tolerantes?

Y además del problema económico-social, de ricos y pobres, de pan del cuerpo; además del problema cultural, de ciencia y de hasta de pan del espíritu, hay un problema religioso. Aquí no os importa. Debiera importaros. Yo prefiero el *fapatismo* a la indiferencia. El otro día, en el encanto sedante y tranquilo de Teror, visitaba yo, con la reverencia que me merecen siempre las creencias de los pueblos, el santuario de la Virgen del Pino; y al visitarlo, recordaba aquel otro santuario de mi pueblo natal, el de la Virgen de Begoña, que fue consuelo de los afligidos, refugio de los navegantes y que hoy ha llegado a ser bandera de combate. Aquella Virgen ha hecho hombres a muchos hombres y ha hecho que las gentes sellen las calles con sangre en defensa de sus ideales. Y es que mi Virgen, la Virgen de mi pueblo, no duerme; está velando siempre por encima de un pueblo cuyos hombres se han hecho con el hierro de sus montañas.

Estos, estos son los problemas que debéis resolver si no queréis caer en una rutina, que se mantiene por urbanidad para con Dios y por servidumbre ante las mujeres ... y no las mejores. Se trata de despertar la conciencia, yo creo que la conciencia cristiana; de levantar al espíritu hacia Dios, de tener la libertad de mirarle cara a cara y de entenderse directamente con El sin necesidad de contaduría.

Al ver, pues, esta vuestra indiferencia ante los grandes problemas, este ensueño en que vivís, sin preocuparos de las grandes cuestiones que afectan a España, a Europa entera, me convengo de que vuestro problema es el del *aislamiento*. Pero ¿este problema es sólo vuestro? No. Es el problema de toda España: lo que pasa aquí, pasa en el resto de España. Toda está aislada, y no digáis que busco una paradoja; está aislada de sí misma. No se conoce a sí propia. Cada cual busca su almendro para ahorcarse de él. ¿Qué ha sido en España la historia de nuestras contiendas civiles? ¿Qué ha significado en España el carlismo sino el aislamiento interior, el aislamiento del espíritu del campesino contra el del mercader, del campo sobre la ciudad? Pero vino un momento en que se desgarraron las entrañas de la patria; vino aquella gloriosa, gloriosísima revolución de Septiembre, de la que hoy se ríen unos cuantos mozalbetes; y aquella sacudida se sintió aquí también. Luego caímos en la soñarrera de que nos despertaron Cavite y Santiago de Cuba.

Hoy despierta España a las ciudades. Es Madrid, es Barcelona, es Bilbao, es Valencia, es Zaragoza, las que van a la cabeza de ese resurgimiento. Las ciudades son la conciencia de un país. La civilización viene de civil, y civil de "cives". La civilización es ciudadana; y la primera obligación de las ciudades es civilizar el campo. El campo es muy hermoso para descansar; pero para vivir, luchar, para alimentar el alma, la ciudad. Es muy agradable descansar restregándose por los ojos la belleza de su verdura y de sus esplendores a la sombra cariñosa de un álamo, como ya decía Fray Luis de León; pero es para el que está cansado, no para el vago que nunca supo lo que es el combate. El espíritu del campesino está muy cerca de la tierra; y la libertad del hombre consiste en emanciparse de la tierra. Dios nos ha entregado la tierra para que la civilicemos; y cuando nos llame a El podremos decirle: "Señor: aquella finca que nos diste es hoy digna de nosotros y de Ti también".

La ciudad es una nación. Los que conozcan algo la historia de las repúblicas sudamericanas encontrarán en sus ciudades el origen de aquellas naciones. Caracas y Bogotá hicieron dos pueblos distintos; y lo mismo puede decirse de Buenos Aires, que es la Argentina; de Montevideo, que es el Uruguay; de Lima, que es el Perú. Las ciudades son la conciencia de las regiones: la conciencia es ciudadana.

Aquí tenéis una Ciudad que es a la vez un Puerto, que está en la más penosa de las crisis: en la crisis del crecimiento.

Todo médico, todo educador, todo padre debe saber lo que es la crisis del crecimiento en el hombre. Anhelos, ensueños, desasosiegos: es el despertar de la pubertad, y vosotros estáis en esa crisis dificultosa; en

ese período de los ensueños, de las aspiraciones y de los entusiasmos. Si hay algo triste surge en seguida la esperanza para mejores días.

Yo, desde mi llegada, he oído hablar de unas cosas que no entiendo, que no acabo de entender: unos partidos locales o locos, con nombres tan absurdos como ellos mismos. Si me dijerais en qué se diferencian, diría que en lo que se diferencian los partidos gallísticos. Son como aquellos partidos americanos que se diferenciaban en colores: los rojos y los blancos.

Un día me preguntaba un extranjero en qué partidos se dividían los pueblos españoles. Y yo le contestaba: se dividen en antiequistas, que siguen a Z, y antizedistas, que siguen a X. Y no les llamo equistas y zedistas, porque, en realidad, no es que sigan a uno, sino que odian al otro. No es el amor, es el odio el que los agrupa; el odio de taifas, los tristes intereses mercantiles. Alguna vez se me ha dicho: todo lo que usted habla desde la región de las nubes vendrá, pero no ahora. Lo primero es vivir; y aquí recuerdo las palabras del Evangelio: "Buscad el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura".

En este estado de falta de idealidad, con unos partidos que no se distinguen, se os está deshaciendo, pudriendo toda una juventud en la que podríais poner vuestras esperanzas. Para mí nada tan sagrado como el niño y después el joven. Y ese niño, entregado a vosotros, no ve, al abrir los ojos a la vida, nada más que miseria y ruindad en torno suyo. A los niños, a los jóvenes, se debe la máxima reverencia. Yo que soy padre, y no de pocos hijos, no comprendo con qué cara se sienta a la mesa un hombre que ha estado destruyendo la idealidad de la vida. Comprendo lo que aquí, como fuera de aquí, es vivir de las apariencias. Comprendo la pobreza del dependiente; comprendo esas crisis económicas y lo que es el ganarse la vida. Pero no por eso ha de ensuciarse la fuente de la vida; vender el alma a un sueldo; alejarse de toda ilusión para no volver.

Y ahora, para dar a esto un poco de amenidad, se me ocurre leeros unas líneas —muy breves— que hace años escribí con la mayor amargura en el corazón: me refiero a la *Vida de Don Quijote y Sancho*.

¿Y qué? Hay que ganarse la vida —me decía un amigo hace algunos días—. Es verdad. También yo soy pobre. Hace días os decía que un cómico me había representado en este escenario y que entonces yo era el cómico; ahora os lo digo con verdad. También yo soy pobre y no quiero serlo.

No quiero ser avaro de lo que tengo.

Vuestra riqueza es la Ciudad. Haced, pues, ciudad, con división o sin ella; con autonomía o sin autonomía. Quizá por no ser capital sois lo que

sois. Es muy fácil que si hubiera sido capital de la provincia no hubierais hecho lo que habéis hecho y dormiríais a la puerta de los centros ofi-
cinescos.

Si os sentís enjaulados, buscad alas, que los barrotes caerán como por encanto. Tenéis Ciudad: me dicen que de sesenta mil almas. ¡Si fueran almas! No sé si las hay en toda España. Si hicierais una ciudad de seis mil, de seiscientas, seríais grandes. Son esas almas las que tenéis que hacer.

Lo que os falta es orgullo, confianza de afirmaros. No tenéis el orgullo de vuestra fuerza y de vuestros destinos. Cuando Colón fue con sus carabelas al descubrimiento del Nuevo Mundo se detuvo en el Puerto de La Luz. Tenéis que hacer que los que partan al otro mundo se detengan también aquí a reparar sus fuerzas. Para ello id creando un clima moral, no el otro, y ya veréis cómo vendrán a estas tierras los que tengan tisis en el alma, no en el cuerpo.

Tenéis que hacer ciudad, civilizar el campo que os rodea. Tenéis que hacer la conciencia canaria. ¿Cómo? Yo creo que ya la estáis haciendo. Estas agitaciones es el despertar de la juventud. Plantear un problema es empezar a realizarlo.

Ahora sé que personas que me escuchan pensarán y dirán que nada concreto he dicho, que no he dado soluciones; que miro las cosas de muy alto. Yo os diré que no vendo específicos. He venido sólo a alborotar el cotarro. Si después cada uno que me ha escuchado piensa en lo que he dicho, en lo que he dejado de decir, en todo esto que os he expuesto, me doy por muy pagado. Con que quede una estela, una leve estela de discusión, de agitación, me voy muy satisfecho. No podía tener la pretensión ridícula de venir, siendo un extraño, a daros soluciones de problemas que vosotros conocéis mejor que yo, y que no me toca a mí resolver, sino a vosotros mismos. Yo sólo he querido decir cosas, algunas cosas que muchos de vosotros pensáis, pero que no os atrevéis a decir.

Y ahora, no tengo más que despedirme de vosotros. No ha pasado nada, no ha ocurrido nada; me habéis oído con tranquilidad; y hasta con benevolencia, según he podido apreciar. Ya veis cómo no es tan fiero el león como lo pintan.

"Palabras de Unamuno"³

Antes de marcharme de Las Palmas, a cuyo público estoy muy agradecido por su hospitalidad y benevolencia, mis amigos me indicaron su deseo de que diera lectura en público de algunos trabajos que he traído, como los llevo siempre no más que para darlos a conocer a un reducido número de personas.

Puede esto considerarse como una especie de remanso que buscamos para descansar un momento de cuestiones y problemas. Aunque, si bien se mira, cuando no se trata de literatura en el mal sentido de la palabra, es decir, de un cosquilleo del oído, ... y esas cuestiones surgen siempre. La imaginación no se alimenta de otra carne que la razón o que el corazón. Lo que hace es darle forma distinta. La filosofía es una especie de poesía. Almeida Garret dijo que los filósofos son tan locos como los poetas; pero además son tontos. Lo mismo la filosofía, que la poesía, que la religión, sirven para darnos un consuelo, para consolarnos de haber nacido. Platón, en *El Fedón*, dice: "Estas cosas pueden ser ciertas o no; pero hermoso es el riesgo que se corre de que lo sean". Su oficio principal es aquietar el espíritu, como lo hacen, más aún, el mar y la música.

Yo, por mi parte —y que me perdonen los profesionales—, siempre he tenido un poco de antipatía al mar y a la música. La música es demasiado sedante.

Por eso mis poesías no son del todo musicales. Más de una vez me han echado en cara esto y su contenido metafísico. Hay en ellas una preocupación constante: la del tiempo que pasa, la eternidad, la muerte, el misterio de ultratumba; y a esto responde la monotonía de la forma.

Dada la costumbre que hay entre nosotros y lo acostumbrados que estamos a los versos que es preciso leer con metrónomo, con tamboril, extraña mucho la falta de rima y de cadencia.

En mi pueblo había una banda que tocaba valsos, polcas, etc., etc. La gente bailaba y lo pasaba muy bien. Pero llegó un director más estudioso; la banda empezó a tocar sinfonías y óperas; y como no había manera de bailar aquello, la gente declaró que ni aquello era música ni cosa parecida. Así le pasa a mucha gente con mis poesías. Ellas serán buenas o malas; pero no son bailables.

El efecto acústico, además, depende del ejecutante. Así pasaba con la música de Wagner: que como la ejecutaban músicos acostumbrados

³ En el "Salón Saint Saëns", del Teatro "Pérez Galdós", la noche del 15 de julio de 1910. Leyó *La Venda* —obra teatral— y algunas poesías suyas.

a la ópera italiana y la cantaban tenorinos y divas habituados a las arias, dúos, etc., la destrozaban. Eso pasa también con las señoritas que tocan el piano; una señorita que está aprendiendo a tocar el piano, en la vecindad, es lo más horrible del mundo. Esa es la maldición del gitano.

En punto a lectura de versos, ha habido siempre una ejecución que nunca me ha convencido. Estas cosas no se pueden leer declamando, de una manera crepitante. Hay que leerlos a solas; y si se leen en público, dirigirse a cada uno como si estuviera solo.

CARTAS

Ramón Castañeyra

N.º 1.

Sr. D. Ramón Castañeyra ⁴.

Ya es hora, mis queridos amigos —y digo así, porque ésta va dirigida a todos mis buenos amigos de ésa, ¡los mejores que tengo!, que usted representa—; ya es hora de que les escriba. ¿Por qué no lo he hecho antes? Es que no pueden figurarse el estado de mi ánimo, ni lo que es vivir en ansiedad y expectativa continuas. No es que me falte tiempo, no; es que me falta sosiego. Vivo devorando la historia que pasa. Me paso las horas muertas —¿muertas?— tendido sobre la cama, mirando al techo del cuarto —no al cielo— y soñando el porvenir. La agonía de España es algo trágico, porque voy creyendo que es España la que agoniza.

A usted, mi querido Ramón, sigo debiéndole mis libros. Es que quiero enviárselos desde Madrid, bien dedicados y con todo honor. Y cuando publique mis sonetos irá al frente de ellos una carta a usted. He seguido haciéndolos, y llevo ya 103. Ahí va el 92, escrito el día en que acompañé el entierro del hijo de uno de mis amigos de aquí, muerto el niño a los ocho meses de meningitis tuberculosa.

A un hijo de españoles arropamos
 hoy en tierra francesa; el inocente
 se apagó, ¡feliz él!, cuando su mente
 se abrió al mundo en que muriendo vamos.

⁴ Vid. pág. 368 (34).

A la pobre cajita sendos ramos
 echamos de azucenas; el relente
 llora sobre su huesa, y al presente
 de nuestra Patria el pecho retornamos.

“Ante la vida cruel que le acechaba
 mejor que se muera”, nos decía
 su pobre padre con la voz temblando;
 era de Otoño y bruma el triste día
 y creí que enterramos, ¡Dios callaba!,
 tu porvenir sin luz, España mía.

¡Y tan sin luz!, porque no se le ve salida a esto. Es *imposible* un cambio o estado de justicia, dignidad, libertad y normalidad sin procesar y castigar a los sediciosos del 13 de Septiembre y sobre todo al M. Anido, el cerdo epiléptico ^{4 bis}, “cuyos crímenes y latrocinios exigen reparación”. Y sin que el Rey, monstruo de doblez y de perversidad, tenga que irse. Y ¡claro!, resisten. Y en adelante ningún militar podrá salir por la calle, no estando de servicio, de uniforme; se comprende, pues, la agonía del régimen.

Cuando pasado todo esto vuelva yo a ésa —porque les repito que volveré—, ¡qué de cosas les podré contar a la vista de esa mar admirable a la que tanto debo!

¡Fuerteventura! ¡Mi Fuerteventura! ¡Cuánto he hablado de ella con mi querido Mr. Flicht!, que también volverá a ésa, se lo aseguro. ¡Fuerteventura! Si viera que mi fin se me acercaba y que no podía morir en mi tierra más propia, en mi Bilbao, donde nací y me crié, o en mi Salamanca, donde han nacido y se han criado mis hijos, iría a acabar mis días ahí, a esa tierra santa y bendita, ahí, y mandarí a que me enterrasen o en lo alto de la Montaña Quemada, o al lado de esa mar, junto a aquel peñasco al que solía ir a soñar, o en Playa Blanca.

Sigo aquí en París, y no debo salir de aquí. Desde aquí vigilo España, desde aquí me comunico con mis amigos, desde aquí mando cartas y misivas —ahora hacemos un semanario, “España con honra”—; pero créame que estaba mejor ahí.

Les supongo enterados del folleto de Blasco Ibáñez, del que acaso haya llegado a ésa algún ejemplar. Es increíble el efecto que ha producido en el Gobierno y en los sostenedores de la tiranía. Están furiosos, sobre todo contra Alba, que es quien ha suministrado más datos y quien tiene las pruebas de los más sucios enjuagues del Rey. Mas en el fondo

^{4 bis} Unamuno, una vez más, vuelca su pasión en adjetivos; las amargas circunstancias que le rodeaban pueden explicar, en parte, esta actitud suya, por otra parte tan dentro de su carácter paradójico.

lo que duele es el ataque a todo lo que representa y simboliza el M. Anido, que es el ídolo de lo más podrido, de lo más degenerado, de lo más bárbaro y troglodítico de la oficialidad del ejército. Han pretendido impedir que el folleto circule en el extranjero, y Mr. Herriot le ha dado el quiebro a Quiñones de León. Cuando le vi a Mr. Herriot —que había escrito un artículo en mi defensa cuando se me desterró—, se me ofreció y me ofreció ayuda —“hasta material”—. No la he necesitado aún, pero se lo agradecí.

Mi familia, muy bien. Y todo eso de haberme quitado la cátedra, después que me negué a firmar un recibo e hice que mi mujer devolviese el dinero, es una comedia. Quieren a toda costa atraerme a Madrid a condición, claro, que me calle. Un amigo mío, y amigo (!!!) del Rey, visitó a éste el 13 de Septiembre último, aniversario de la primada. Y me escribió luego, y es claro, le contesté claro y duro, para que se lo contase al canallita, el cual dice que me quiere, que es mi lector asiduo y “admirador consciente”. A lo que respondí que yo no puedo más que admirar su admiración por mí. Al presente está como loco, y se da contra las paredes. Ve que no le sirve la mano del cerdo epiléptico, esa mano manchada con sangre y con oro. Lo de los de Vera ha colmado la medida. Y claro está que ni Blasco ni yo, ni ninguno de nosotros tuvo que ver nada en aquella chiquillada de unos pobres locos que se dejaron prender en un lazo que les tendió la policía anidesca o cochinesca. No aseguro que no tuviese alguna parte en ello algún otro sujeto que usted conoce, y a quien no quiero ni nombrar. Hace cerca de cinco meses que ni le veo, y es mejor. Cuando nos veamos les contaré cosas que, aunque no les sorprendan, han de afligirles. Sin esa cruz mis cuatro meses de Fuerteventura habrían sido el paraíso. Pero no hay paraíso sin serpiente. Ahora que la serpiente no era majorera. No, ahí no las hay.

Y vuelvo sin querer a lo de esa Isla bendita a la que llamé “tesoro de salud y de nobleza”. No me canso de elogiarla. Y verán ustedes cuando publique mi libro.

Bien quisiera ir dedicando un recuerdo a cada uno de ustedes: a su padre, a sus hermanos, a D. Víctor —le escribiré en cuanto me sienta en ánimo de confesión—, a D. Paco Medina, a D. Pancho, al Juez, a todos los de la tertulia inolvidable, al patriarca de Todos, a D. Matías López, a ..., a ..., a ..., un abrazo a todos, y Dios quiera que cuando vuelva a ésa les encuentre a todos en pie y sanos y animosos. Y volveremos a la Oliva, y a Pájara, y a la finca de Barrera. Y besaré con lágrimas en los ojos —como salí de ahí— esa tierra sedienta. A pesar de los pozos. ¿Y el de D. Aquilino? Porque no hay que olvidar a D. Aquilino, a pesar de su directorismo conejero. Al repugnante Barón le han hecho Gobernador ...

Civil (!!!) de La Coruña. Y ha ido allí a servir al cerdo epiléptico que tiene las patas sucias de sangre y oro.

Guarde usted por ahora mis papeles y guarde mi Gran Cruz. Quiero ir yo mismo a recogerla o acaso a determinar qué he de hacer con ella.

Me preocupa mucho esa Isla, me preocupa mucho lo que yo tengo que hacer para pagarle mi deuda de gratitud, lo que he de escribir sobre ella en una obra que aspiro a que sea una de las más duraderas entre las mías. No es bastante. No, no es bastante. Aquí, en París, siento nostalgia de mi tierra nativa, de mi hogar, pero siento también una hondísima nostalgia de ese rincón.

Cuando voy al jardín de plantas me detengo ante los camellos. Pero no son los de ahí. Ahí ¡cuándo volveré a ver esas peladas montañas desde la mar, en una barquita de Hormiga! ¡Cuándo volveré a sentarme en aquella roca, junto a aquellas ruinas, a brisarme el corazón acongojado con el canto eterno de la mar apaciguadora! ¡Qué raíces echó ahí mi corazón! Y planta que echa ahí raíces da flor y fruto, pero apenas da hoja. Es como la aulaga. ¿Qué podré yo hacer, por ustedes, díganmelo, por favor, díganmelo, qué podré hacer?

No quiero recordar los entes grotescos que les han mandado a ustedes de fuera para amenizar un poco la tranquila y algo monótona existencia de la Isla. Sólo quiero que sepan que he de immortalizar a aquella cómica declaración que se me tomó en el juzgado militar cuando el pobre teniente coronel leía unas sandeces que llevaba escritas en taquigrafía. Así está España con idiotas de asilo al servicio del ganso real y del cerdo epiléptico.

De Marruecos es mejor no hablar, y eso que aquí estamos mejor enterados que en España.

Si ven o escriben a los de la Gran Canaria —Bonilla, Navarro, etc.—, que yo les escribiré, pero ustedes son antes, ustedes son los primeros.

Un fuerte, fortísimo abrazo que reparte usted entre todos, mis buenos, mis queridos majoreros, un abrazo en que va todo el corazón de

Miguel de Unamuno.

París (2 Rue Laperousse, 29-XII-1924).

(*Archivo Castañeyra. Fuerteventura*).

N.º 2.

Sr. D. Ramón Castañeyra, en Fuerteventura ⁵.

La verdad es, mi muy querido amigo, que casi me da vergüenza escribirle, pues en estos casi ocho años tan intensos, tan densos, tan agitados, desde que dejé esa bendita Isla —y en ella una gran parte de mi alma— no he cambiado con usted más que unos telegramas —uno cuando murió su buen padre (q. D. g.)— y ello ha sido por la necesidad misma de mis afectos y mis recuerdos. Cuando se quiere decir muchas cosas se acaba por no decir ninguna. Además, vea usted lo que son las cosas: he estado siempre con el ensueño y la esperanza de volver a ésa, a encontrar, ya libre, la parte de alma que ahí dejé y aun hoy mismo no renuncio a este ensueño y a esta esperanza. Por lo demás, sabía que usted, que los buenos majoreros que se me hicieron amigos, sabían de mis andanzas y de cuántas veces he recordado, en palabra y por escrito, esa Isla contribuyendo a deshacer una leyenda y a darla a conocer. Y no puedo explicarme cómo el desdichado Soriano —con quien corté toda relación apenas llegamos a París— ha podido decir lo que de ella ha dicho. Ya usted, que es perspicaz, pudo observar ahí que medianamente nos entendíamos, aunque tenía que ocultar nuestras diferencias. Es una historia que renuncio a narrar, pues quisiera olvidarla. En cambio, mi buen inglés, Crawford Flitch, el que pasó ahí conmigo una cuarentena, recuerda con emoción esa ascética Isla de sosiego. ¡Lo que le debo a Fuerteventura! Es para mí el corazón de Canarias, y siempre que en el Parlamento hablo con diputados canarios, Valle, Franchy, Alonso Pérez Díaz, Roldán, Guerra del Río, Arroyo, etc., saco a relucir a esa Isla y a ustedes, los que hacen ahí hasta cierto punto penitencia. Y en el Ateneo de Madrid hay un muchachito, Peñate, sobrino del que conocí ahí —a quien saluda, así como al militar, su yerno, con quien llegué a ésa—, con quien hablo de todo ello. Y en París hablaba con aquel profesor francés —no recuerdo ahora su nombre— que por cierto creo que ha vuelto por ahí. Me han dicho que este año ha llovido en ésa y que tendrán algunas verduras a pesar de ciertas bandas de langostas, más o menos náufragas. Y me acuerdo que alguna vez ahí se me dijo: “Cuando debe usted volver, D. Miguel, es un año en que haya llovido y pueda ver esto con verdor”.

Pero si viera usted, con mi vuelta a España no he logrado sosiego, sino que se me acrecienta el tráfago de la vida y me veo enredado en un montón de compromisos y de incumbencias. Y es un deber atenderlos.

⁵ Vid. pág. 368 (35).

En cuanto pueda. ¡Si viera usted los sitios en donde me solicitan! No bien he llegado a descansar unos días aquí a esta mi casa de Salamanca, ya me llaman a Alicante. Pasado mañana, el 14, aniversario de la proclamación de la República, hablaré en la Universidad, y el mismo día saldré para Levante. Y luego ... ¡lo que Dios mande!

Entregué al Subsecretario de Instrucción Pública, en mano, la instancia del joven Medina, de La Laguna, pidiendo la dispensa del mes de edad y me dijeron que ello es fácil y quedaron en hacerlo. En cambio, de Agustín Medina, su cuñado, no supe nada ni en mi casa de Madrid, que es la de mi yerno; ni que se hubiera llegado allá. Y lo sentí mucho.

Tiene usted mucha razón en recordarme mi promesa de enviarle mis libros dedicados, máxime cuando en uno de ellos, *De Fuerteventura a París*, hay una dedicatoria impresa a usted y hago mención de todo su afectuoso servicio. A ver si en cuanto vuelva a Madrid me ocupo en reunir los libros que tenga disponibles —varios se han agotado y luego ha venido el lío de la editorial C. I. A. P. que nos ha partido a los autores que en ella publicábamos— y se los remito. Porque nunca podré olvidar que fue ahí, y gracias a usted y su librería, cómo releí a Galdós y aprendí a conocerlo. Pues le debo declarar que aun cuando yo conocí y traté a Don Benito, mi verdadero conocimiento de su obra data de mi estancia en ésa: en la quietud y en el sosiego de esa Isla es en donde pude darme cuenta de todo el enorme trabajo de aquel hombre recogido. Mi Galdós de hoy es el que aprendí a conocer ahí. ¡Qué mañanas aquellas en que le leía en la terraza del hotel! ¡Yo, completamente desnudo y tomando sol! Pocos habrán leído así una tan gran obra literaria. Así que los héroes cómicos y trágicos de Don Benito vienen a mi memoria trabados con el Sol desnudo de Fuerteventura. ¡Qué de recuerdos! El hotelito, aquel Piserra —a quien he vuelto a ver—, Medina, su cuñado, el chico aquel que nos servía, el notario, el juez, el secretario municipal, todos los de la tertulia aquella frente al mar, el fantástico Aquilino, conejero, y todos los que fui conociendo en mis correrías por la Isla. La Oliva, Pájara, Betancuria, Gran Tarajal..., ¡me parece un sueño!

Ahí dejé también un regalo que me había hecho el ex rey Don Alfonso. Guárdemelo usted. Es un recuerdo que le confío. ¡Quién sabe si un día podrá usted darlo a un Museo!

Y ahora, una vez rota esta interrupción, espero comunicarme con usted sin tanta dilación. Y quiera Dios que pueda abrazarle en ésa

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 12-IV-1932.

N. D. Ramón Castañeyra
en Fuencaballera

La verdad es, mi muy querido amigo que casi me da vergüenza escribirle pues en estos casi ocho años, han pasado, han ido, han venido, desde que dejé esa bendita isla - y en ella una gran parte de mi alma - no he cambiado con usted más que unos balaguerines - una cuando vivió su buen padre (y. d. D. J.) - y él lo hizo por la bondad misma de mis afectos y mis recuerdos. Cuando se quiere decir muchas cosas se acaba por no decir ninguna. De más, sea usted lo que son las cosas, he estado siempre con el entusiasmo y la esperanza de volver a esa, o en contraria, y a lo que se le alme que así deje y aun hoy mismo no renuncio a este entusiasmo y esta esperanza. Por lo demás sabía que usted, que los buenos mayores que se me hicieron amigos, sabían de mis andanzas y de cuántas veces he recordado, de palabra y por escrito, esa isla contribuyendo a deshacer sus leyendas y a darme a conocer. Yo nunca esperaba como el Sr. don Fernando Jordano - con quien corté toda relación apenas llegamos a París - haber podido decir lo que me ha dicho. Ya usted que es pedagógico pudo observar ahí que mediamente nos vemos siempre venía y se ocultar muchas diferencias. Es una historia larga y que renuncio a narrar pues quisiera olvidarla. En cambio mi buen inglés, Quimper de Filiberti, el que pasó ahí conmigo una encantadora semana con emoción esa ascética vida de sobrio. Lo que le alejó - Fue Fuencaballera! Lo para mí el corazón el canario y siempre me en el Parlamento hablo con diputados canarios, Valle, Franch, Alonso Pérez Díaz, Roldán, Gallera - el Rio, Torroja de Soto - vuelvo a esa isla y a ustedes, los que hacen ahí, he en cierto punto prescindencia. Ya en el Ateneo de Madrid hay un muchachito, Penate, sobrius del que con él ahí - en mi salud, así como al uníto, su gerno, con quien llegué a esa - con quien hablo de todo ello. Ya en París hablaba con aquel profesor francés - no recuerdo ahora su nombre - que por cierto vez que ha oído por ahí me han dicho que este año ha llorado en esa y que tenía algún verdura a pesar de ciertas banderas de can

to mi verdadero conocimiento de su obra de la de un estancón en esa. En la quietud y en el ostraje de esa isla es donde pude darme cuenta de todo el que me trabajó de aquel hombre recogido. Mi y aldo hoy es el que aprendí a conocer ahí. Me mandaron aquellas en que le tenía en la terraza del hotel, lo completamente desnudo y tomando sol. Los ha con todo así, una tan gran obra literaria. En los libros - cómicos y trágicos - de Don Benito venían con mi memoria trabajados con el sol desnudo de Fuencaballera.

Me de recuerdos! El hotelito, aquel Pisera - a quien he vuelto a ver - Medina su cuñado, el chico aquel que nos servía, el notario, el juez, el secretario municipal, todos los de la tertulia aquella tiempo a la más el fantástico Aquilino, con quien, y todos los que fui conociendo en mis correrios por la isla. Ha Oliva, Pijara, Betancuria, Gran Canaria... me parece un sueño!

Aquí dejé también un regalo que me había hecho el conrey Don Alfonso. Guardémele usted. Es un recuerdo que le confío. Pues sobre si un día podrá darle a un suceso!

Y ahora, una vez rota esta interrupción, espero comunicarme con usted sin tanta dilación. Y que Dios que pueda abrazarle en eso

Miguel del Maunano

Salamanca 12 IV 1932
La casa en Madrid, la de mi gerno, es

Primera y última página de la carta escrita por Unamuno a don Ramón Castañeyra. (Salamanca, 12-IV-1932.)

Mi casa en Madrid, la de mi yerno, es en Zurbano, 49, pero es mejor escribirme al Congreso o acá, a Salamanca. Y otro abrazo. Y otro a cada uno de mis inolvidables amigos.

(*Archivo Castañeyra. Fuerteventura*).

N.º 3.

Sr. D. Ramón Castañeyra Schaman. Fuerteventura⁶.

No sabe usted bien, mi muy querido e inolvidable amigo, la sorpresa que me causó la carta que usted dirigió al Rector de ésta —es decir, a mí— dándole cuenta de un cablegrama que no llegué a conocer. Y no lo llegué a conocer porque el telegrafista, sabedor de que yo estaba allí sano y bueno, se lo dio a uno de mis hijos y éste se lo guardó sin decirme nada. No sé de dónde pudo nacer tal especie. Pues no sólo no me he muerto como usted ve —digo: me parece...—, sino que ni he estado a punto de ello. Lo que sí he tenido es un fuerte ataque de reuma en la pierna izquierda, que me ha tenido diez días encamado y hoy he vuelto a ello —le escribo desde la cama—, pero sin fiebre y sin dejar de leer y escribir y aun despachar, pues me traen acá la firma.

Esa noticia de mi muerte me trae a las mientes aquella otra que corrió por ahí, y de que usted se hizo eco, de que se me había concedido el Premio Nobel de Literatura. El año pasado no se dio, y éste, que se dará, me dicen que hay muchas probabilidades de que me lo den, aunque yo no he hecho personalmente gestión alguna. Y me aseguran que es presagio de ello la concesión del grado de Doctor Honoris Causa que se me otorgó hace cosa de un mes en la famosa Universidad de Oxford. Fui para ello a Inglaterra, donde di dos conferencias y algunas charlas en la Universidad de Londres, y círculos hispanófilos ingleses, y en las Universidades de Oxford y de Cambridge. Lo pasé muy bien, fui agasajadísimo y pude conocer a buen número de profesores y escritores ingleses interesados en mi obra. A la ida y a la vuelta me detuve unos días en París, en casa de mi amigo el Embajador de España —como en Londres—. Y quedé en volver pronto allí. Pero... quién sabe...

Y aquí(dejando de lado lo que a mí personalmente se refiere, y que no puedo estar descontento, pues, a pesar de ciertos ataques, soy todavía una de las personas públicas a quienes se respeta), no quiero entrar a comentar la cosa pública. Veo esto muy mal. Lo que toma aquí fuerza

⁶ Vid. pág. 370 (36).

es algo que no se da ya en la Europa civilizada (??), y es el sindicalismo, en el fondo anarquista, de la C. N. T., y de otro lado crece el fascismo. Y uno y otro en una forma peor que de barbarie, de estupidez. La degeneración mental es espantosa. Están arrastrando a los mayores unos chiquillos corporalmente de diecisiete a veintitrés años, pero que mentalmente no llegan a los cinco años. ¡Y qué pasiones! ¡Qué enconos! ¡Qué rencores! ¡Cuánto resentido! ¡Y menos mal que tengo el consuelo de mi pesimismo! ¡Consuelo! —dirá usted. Consuelo, sí, pues por mal que las cosas vengan no han de venir peor que yo las temo.

Cuando me acuerdo de esa bendita Isla, cuántas veces pienso que estaría mejor ahí, en Puerto Cabras, en La Oliva, o en Pájara, o en la Antigua, o en Betancuria... ¡Cuándo podré volver a reveer eso y a darle un abrazo ahí!

Una cosa quiero decirle: Usted sabe que apenas salí de ahí rompí, por motivos que quiero olvidar, con Soriano. No volvimos a tratarnos, pero he de decirle que le mandaron, como usted sabe, a Chile y sé que allí, como Embajador, ha sabido captarse las simpatías de los chilenos y de la colonia española. Aleccionado —y escarmentado— por la vida, ha sabido conducirse con gran tacto y discreción. Me alegro, ¡claro está! Y sentiría que le quitasen de aquel puesto y tuviera que volverse acá, a luchar de nuevo. Hayan sido cuales fueren sus faltas, merece ya unos últimos años de sosiego. Por mi parte quiero olvidar cuanto nos distanció.

Salude a todos los buenos amigos que dejé en ésa y usted reciba un fuerte abrazo de su

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 22-IV-1936.

(*Archivo Castañeyra. Fuerteventura*).

Domingo Doreste

N.º 1.

30-III-1910.

Sr. D. Domingo Doreste ⁷.

Por fin, mi querido amigo, por fin contesto a sus dos cartas. Desde luego, su carta abierta "De vuelta a Las Palmas" ha de serme muy útil ahí. Pues es ya cosa decidida el que vaya en la segunda quincena de junio. Ya ve usted, sólo para eso han diferido los Juegos Florales. Juegos Flo-

⁷ Vid. pág. 372 (38).

rales... ¡uf! Ya sabe usted la mala voluntad que les tengo, pero los tomaré, como otras veces he hecho, de mero pretexto. Y con tal de visitar ésa...

Sus noticias sobre el liberalismo que ahí como aquí domina, y la falta de concepto europeo de esencia, del saber y del progreso, son noticias que he de utilizar, ya verá usted. En las notas que estoy tomando para el discurso, y lo que luego salte, su carta abierta figura a la cabeza del expediente, Ruiz Tatay, el autor, me habló de ese público ahora, en Madrid. Y me hizo concebir una elevada idea de él. Hay, por lo que me dijo, un grupo de gentes cultas, que se enteran y conservan la respetuosidad que aquí se va perdiendo. Y eso de la curiosidad que usted dice vale mucho.

Acaso sea cosa de isleños que ven pasar muchas gentes. Los griegos de las islas, los hijos de Ulises, eran curiosos. Usted sabe la historia de las sirenas, tal cual en la *Odisea* se nos narra.

He pasado esta Semana Santa en Madrid, en donde tuve que acudir para asuntos. Y de paso traté lo del teatro. Oliver y la Cobeña están entusiasmados con el último drama que les entregué: aquél —creo le he hablado de ello— en que transcurren veinticinco años de acto a acto. Quisiera hacerlo en Barcelona y Bilbao, y luego en Madrid a fines de temporada para que dure más. Después de él, en que fían mucho, daría *La Esfinge*.

Por lo que hace a los ejemplares de mi "Quijote", cuando vaya a ésa lo arreglaré ahí mismo.

¿Estará usted entonces ahí?

Yo no voy a enseñar e informar, sino a aprender, a informarme; voy sobre todo a conocer a esas Islas, sobre las que quiero escribir luego. Pienso traerme de ahí un mamotreto de apuntes y notas.

Mi propósito es desde luego enviar a "La Nación", de Buenos Aires, algunas correspondencias sobre ésa y luego hacer un libro si la materia da para ello.

Basta por hoy.

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno.

(*Archivo familiar Doreste. Las Palmas*).

N.º 2.

Amigo Doreste^s:

Ahí le devuelvo eso. Están bien. Le he añadido algunas cosas en el texto y le doy unas notas para que, conforme a ellas, amplíe otras. Lo

^s Vid. pág. 373 (39).

que le ruego es que haga resaltar más aún la ignorancia en que vivimos de las cosas de Canarias acaso —y esto puede V. atribuírmelo— porque los canarios viven con la vista puesta más en América que en la Península.

¿Cuántos peninsulares —atribúyame también esto—, no siendo empleados o militares, van a Canarias por conocerlas, por pasar una temporada, por turismo, etc.? ¿Y hacen algo los canarios por que haya excursionistas de éstos?

Adiós,

Unamuno.

1) Debe V. insistir en lo de nuestra ignorancia respecto a las cosas de Canarias. El español apenas sabe Geografía ni aun de su propia patria. Yo, que creo saber alguna más que la mayoría, aún sé muy poca.

2) A lo de que *las ciudades son la conciencia de una región* —así en esta frase—, añada que el bizcarrismo ha nacido en Bilbao aunque a veces asuma ciertas formas de aparente hostilidad a Bilbao mismo. Esto de las ciudades se ve en Grecia: Atenas son el Atica, Esparta era Lacedemonia.

3) En lo del Régimen Especial para Canarias, agregue usted que el declarar colonia a una región que ni lo pide ni aspira a serlo es siempre una hoguera.

Declarar a una región colonia es tanto como invitarla a que se vaya preparando a la independencia absoluta. Y tal declaración se haría, no en provecho y gusto de los canarios tal vez, sino de algún tercer interesado, que no fuese siquiera español. Debo recordar también que Oliveira Martins, en su *Historia de Portugal*, dice que si Portugal hubiese sido asimilado a España en tiempos de su ocupación por los tres Felipes, y convertido en una de las tantas provincias españolas, acaso no se habría separado. Una colonia permanece colonia y no provincia asimilada por razones internacionales, no nacionales. ¿Qué razón internacional aconseja u obliga hacer colonia a una región como Canarias, que no lo es, ni pide por sí misma serlo?

(NOTA.—Esta carta de Unamuno, como se ve, es una aclaración a distintos puntos tratados por Doreste en una entrevista con D. Miguel, publicada en la "Revista de Tribunales", de Madrid. Esta misma entrevista, con las anotaciones del propio entrevistado, sería reproducida por "El Diario de Las Palmas".)

N.º 3.

14-XII-1912.

Sr. D. Domingo Doreste⁹.

A la vista tengo su carta del 22 sept., mi querido amigo. Y posteriormente recibí su telegrama, junto con otro de Rivero Castillo, a propósito de mi conferencia en el Centro de Ferroviarios de aquí. La cual conferencia no fue en gran parte sino un avance de un artículo bastante recio y claro que la revista "Hispania" mensual de Londres me publicará en su número de enero y titulado *Dos víctimas del anarquismo*. Las víctimas son Canalejas y Pardiñas, y en el tal artículo vuelvo a las causas del malestar que produce la fiebre anarquista. Lo de esta pobre tierra es horrible; la están despoblando entre unos cuantos señorones más o menos titulados, y si Dios no nos manda un Lloyd George español no sé adónde va a parar esto. Desde que empezó el curso ando en continuo trajín, conferencias acá y allá, ayudado moralmente por Elorrieta. En la Fuente de San Esteban hablamos a gente de campo y aquello ha repercutido y no poco, hasta el punto que los latifundarios se quejan y dicen que adónde vamos a parar. Pero lo más resonante fue lo de la Asociación de Dependientes en el Círculo Mercantil. Arremetí contra todas las vergüenzas de este pueblo, parte timba, parte hospicio y parte posada, y los Núñez padre e hijo, creyéndose aludidos, se me vinieron a insultarme al acabar, y esto provocó una explosión. Hace años, según creo, que no ha habido aquí nada de tal repercusión. Y algo he conseguido. Estaba harto de que este pueblo esté manejado por una indecorosa banda de arrendadores del juego en combinación con cachispeches electorales. No perdoné a nadie, ni callé nada. Del triunfo personal, nada le digo; y luego acá y allá, a todas las reuniones obreras que ahora menudean. Ha entrado esto en un cierto período de mayor actividad y se va a fundar un Ateneo. La Universidad resucita. Hemos tenido dos sesiones de claustro concurrendísimas para discutir la libertad de asistir a clase o no, votándose por ella, y el restablecimiento de los exámenes. Desde que V. se fue ha ido acentuándose un cierto ambiente cultural, a lo que concurre el haber venido cuatro o cinco catedráticos jóvenes. Fuera de esto, yo descanso de mis doce ensayos sobre *El sentimiento trágico de la Vida*, mi antiguo *Tratado del Amor de Dios*, publicados este año en "La España Moderna", y cuya traducción italiana se está haciendo, y después de ello, enviando correspondencia a "La Nación", de Buenos Aires.

⁹ Vid. pág. 374 (40).

Escrito esto, me ha enseñado hoy Elorrieta un artículo que le dedicó Rafael Ramírez en "La Mañana". Está bien, y ese es el camino. Hay que hacer partido liberal a base de reivindicaciones económicas, y es perder el tiempo discutir formas de gobierno y cosas de Ferrer. Y le recomiendo a Ramírez ese mi artículo de la revista (en español) "Hispania", de Londres. ¿Conocen esta Revista? Vale la pena. Su dirección es: 4 Sicilian Avenue Southampton row., Londres. Es de lo más serio. Yo tengo interés en que ese mi artículo sobre el asesinato de Canalejas se difunda. Mis aprensiones no desaparecen. Tengo la sospecha de que el tono lírico, emotivo, que ahora me domina y con el que, a las veces, hago hasta llorar, al pie de la letra, al público, es algo de origen cardíaco. No me sé contener.

Y a propósito de cardiopatía: el pobre D. Cecilio está gravísimo y el Obispo más grave aún.

Salude a su familia.

Dígale a Romero que tengo que escribirle y quiero hacerlo con calma. A Rivero, que agradecí su telegrama, y le escribiré... Si me dejan.

Sabe cuán de su amigo es

Miguel de Unamuno.

(*Archivo familiar Doreste. Las Palmas*).

Francisco González Díaz

N.º 1.

"El Rector de la Universidad de Salamanca. Particular".—6-VII-12.
Sr. D. Francisco González Díaz¹⁰.

Usted sabe bien, amigo mío, cuán difícil es hacer un libro de fragmentos o artículos cortos. Lo que en un conjunto orgánico se defiende aquí queda expuesto a comparaciones. Usted debe aprovechar toda su enorme labor periodística para fundir y engarzar todo eso en conjuntos. Se lee mejor de un tirón una novela o una disertación en 300 páginas que cien artículos [que] ocupen ese mismo espacio. En cambio [...] leer a retazos, como fue [...]. Hay además, en su libro *Especies*, cosas que debían estar en verso, v. gr. *El Sudario*, *El [...] y la estrella*, *Las tiendas*.

¹⁰ Vid. pág. 375 (41).

(esto me recuerda una magnífica poesía catalana del tinerfeño Guimerá), etc., etc. (10 bis)

Aquello de que la fe sirve para esperar sin desesperarse (pág. 24), está muy bien; *La escuela vacía* es un trozo definitivo, que debe ser reproducido en antologías. *El tímido* es admirable, pero tiene un final tremendo, aquello de sacrificarse totalmente. Sí, creo que una enorme cantidad de suicidios de toda clase es por timidez. Y por no saber esperar a la muerte. Acaso yo mismo —y eso que de tímido nada tengo—, de no haberme casado como me casé a tiempo, a estas horas estaría o en una celda de una cartuja, o en un rincón de la parte no bendecida de un camposanto. Lo que dice usted del marido de la Téllez (pág. 62), me recuerda aquella fórmula más chistosa y es llamar a Téllez “el de la Téllez”. Lo de *La nube* es tremendo, tremendo; merece todo un libro. Veo en la pág. 68 que atribuye usted al Kempis aquello de Protágoras de que “todo es uno y lo mismo”. No, ni es de espíritu kempisiano. Pero ¿de veras admira usted a Vargas Vila, y cree que es algo ese charlatán? Darío, sí, Darío es algo complejo, [...] profundo, con todas sus incongruencias; ¡pero Vargas Vila! El [...] la oquedad hispanoamericana! A [...]liano Hernández no le conozco. ¡Y si viera usted qué escarmentado estoy de todos esos criollos...! Huecos, huecos, huecos...

Su libro de usted es, más que para hablar de una vez de él, para hacer citas de él de tiempo en tiempo. Es un repertorio.

Pero [...]dé esa obra de más empeño y alcance, algo orgánico y de conjunto. El periodismo, obligándonos a *labor* fragmentaria, nos da agilidad y concisión, pero nos quita otras cosas. Y no es que falte unidad a su libro. La tiene, y terrible.

Defiéndase de la nube, defiéndase sobre todo del aislamiento, cuyo más profundo sentido no alcancé hasta que visité esa Isla. La soledad es una cosa; el aislamiento, otra. Se puede vivir solo en medio de la plaza pública, hablando y trajinando con todos, y aislándose se puede llevar el tráfago todo mundano a su islote. Pues hasta hay el *aisloteamiento*.

Me figuro, no sé por qué, que usted conoce mejor la América española que la Península. Y para la enfermedad de la nube la Península es más sana que esa terrible América española, panteón de vanidades y de envidias mons[truosas]. Ante la catedral de Burgos, [las murallas] de Avila, el acueducto [de] Segovia desaparecen del ánimo muchas miserias. En Toledo no es posible [...]stacuerismo alguno.

A otra cosa. Lo que no me gusta es la parte material de su libro; abulta demasiado.

^{10 bis} El texto de la carta está muy deteriorado e incompleto.

Cuando estuve ahí no le vi sino una vez y de paso, yendo usted en coche. Pero me hablaron mucho de usted y de sus encerronas dentro de su nube. Si ha de seguir así, huya de esa Isla, déjela cuanto antes, y si se puede venir por acá, a tierra firme española, mejor que mejor. Esta nuestra vieja, recia y tan calumniada tierra española guarda aún tesoros para los que aprendan a quererla. Hace acaso a los espíritus ásperos, desabridos, duros, pero disipa las nubes del aislamiento.

Nada más por hoy.

Un apretón de manos de

Miguel de Unamuno.

Salvador Pérez Santana

N.º 1.

23-II-10.

Sr. D. Salvador Pérez ¹¹.

El caso es, mi estimado señor, que cuando escribí al Sr. Téllez no me había dado cuenta aún de todas las dificultades que para mí tiene el tener que ausentarme, ni aun por quince días, de Salamanca en esa época del año. En esa primera quincena de abril serán acaso las elecciones generales, y en la de senadores no puedo faltar de mi puesto. Unense otras dificultades largas de explicar aquí. Dispongo en absoluto de cuatro meses, desde junio a septiembre, ambos inclusive, pero fuera de ellos me es muy difícil de arreglar salidas largas. Tal es el estado de las cosas. Y créame que lo siento muy de veras. Y tan cierto es que deseaba visitar esa tierra que es mi propósito cuando vaya a América adelantar mi viaje una quincena para pasarla ahí. Pero tampoco sé cómo ni cuándo se me podrá arreglar esa mi tan ansiada excursión americana. Cada vez me encuentro más atado a este mi rincón de Salamanca.

Salude a sus compañeros y a los firmantes todos del telegrama, a quienes quedo agradecidísimo.

Y cuente como con un amigo con su afmo.

Miguel de Unamuno.

(*Archivo Pérez Montesdeoca. Las Palmas*).

¹¹ Vid. pág. 376 (42).

N.º 2.

29-III-10.

Sr. D. Salvador Pérez ¹².

Mi estimado señor y amigo: A mi regreso de Madrid, donde he pasado ocho días, me encuentro con su carta del 10. No sabe usted cuánto le agradezco la distinción que me hacen de aplazar los Juegos Florales. Procuraré, en la medida de mis fuerzas, corresponder a ella. Debo advertirle que, como le digo al Sr. Téllez y López, voy a esa a aprender, inquirir e informarme más que a otra cosa. Con mis impresiones ahí espero hacer tal vez un librito. El amigo Téllez le dará noticias.

A D. Domingo Doreste, que le escribiré pronto.

Ustedes me dirán a tiempo todos los particulares que me convengan saber antes de ir a ésa.

Miguel de Unamuno.

¿Le bastará a "El Diario de Las Palmas" el adjunto retrato? Si no, buscaré otro.

(*Archivo Pérez Montesdeoca. Las Palmas*).

N.º 3.

7-V-10.

Sr. D. Salvador Pérez ¹³.

Mi estimado señor y amigo: Ya el Sr. Rivero del Castillo le habrá escrito lo que con él traté. Yo puedo salir de aquí después del 10 de junio cualquier día, y si pudiese ser me conviene más de Oporto o Lisboa que desde otro sitio cualquiera, sobre todo desde Oporto. Pero lo mismo me da, en último caso, ir a Cádiz.

Cuanto más se acerca el día son más las cosas que se me ocurren, pero muchas de ellas no me parecen adecuadas para un discurso de Juegos Florales. Y según una indicación que me hace Doreste en carta que acabo de recibir, sé que tendré otras coyunturas de decir las. Una vez ahí y despachado lo de los Juegos Florales, no tendré inconveniente en dar una o dos conferencias y alguna lectura de trabajos inéditos (prosa o verso) que llevaré. Doreste le dirá a usted cómo yo presumo de ser un buen lector.

¹² Vid. pág. 377 (43).

¹³ Vid. pág. 378 (44).

Pero, como le dije, voy a enterarme y a aprender.

Hay ciertas cosas sobre el concepto y el sentimiento de patria y región que quiero decir ahí.

Y basta por hoy.

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno.

Diga a Doreste que eso de la pieza de teatro o del acto para aficionados tengo que mandarlo copiar primero, pues no los tengo sino en borrador (*).

(*) Se refería a *La Venda*.

(*Archivo Pérez Montesdeoca. Las Palmas*).

N.º 4.

24-V-10.

Sr. D. Salvador Pérez ¹⁴.

Mi estimado amigo: El Sr. Rivero del Castillo le habrá escrito lo que he pensado después mejor. Siendo los Juegos el 26, si saliendo de Cádiz el 15 llego ahí el 18, ¿qué hago en esos ocho días? No conviene que llegue con tanta anticipación, y de prolongar algo mi estancia es mejor después que antes de los Juegos. Antes de ellos ni puedo ni debo dar conferencia ni lectura alguna, y estar así, ocho días, en expectativa de ese acto, tiene inconvenientes. Después ya es otra cosa. Creo, por lo tanto, que es mejor salir después del 20 en cualquier vapor que me ponga ahí en dos o tres días, a lo sumo, antes del 26, y si no hay otro saldré el 15 de Cádiz.

Desde luego acepto lo de dar conferencia o lectura en la Sociedad que usted preside. Una vez ahí estoy a la disposición de ustedes. Pero no es tan fácil el viaje; deseo aprovecharlo.

Adiós.

Queda suyo amigo afmo.,

Miguel de Unamuno.

(*Archivo Pérez Montesdeoca. Las Palmas*).

¹⁴ Vid. pág. 378 (44).

N.º 5.

1-VIII-10.

Sr. D. Salvador S. Pérez ¹⁵.

Seis días hace, mi querido amigo, que estoy aquí. El "Romney" invirtió de ésa a Oporto nada menos que cuatro días y medio, a ocho millas por hora. Culpaban al carbón. De trato no del todo mal, aunque algo puerco. Decididamente, en aquel modesto y sencillo "Reina Victoria" —español al fin— se cabecea algo más, porque es chico, pero se va mejor. Lo cual ha corroborado mi españolismo. No me mareé y la compañía no era mala. Pasé el tiempo durmiendo, leyendo y haciendo versos. En Oporto me quedé un día, una vez perdido el rápido.

Le confirmo todo cuanto ahí le dije sobre diversas cosas.

Avíseme cuando vaya a América. El Ministro de Instrucción Pública de Méjico quiere que vaya para septiembre, mas no puede ser (*).

Corregiré, como le dije, es decir reharé mi discurso de ésa.

A todos los amigos que ahí dejé, mi saludo.

Sabe cuán de verdad es suyo,

Miguel de Unamuno.

(*Archivo Pérez Montesdeoca. Las Palmas*).

(*) En 1910, al restaurarse la Universidad de Méjico, D. Justo Sierra propuso que una de las madrinas simbólicas de tal acto fuese la Universidad de Salamanca; con esta ocasión invitarían a Unamuno.

Rafael Romero, "Alonso Quesada"

N.º 1.

20-XII-12.

Sr. D. Rafael Romero ¹⁶.

Gracias a Dios que en estas benditas vacaciones de Navidad puedo escribirle cuatro letras, mi querido amigo. No le tenía olvidado, no, no, no; me es imposible olvidar a esa Isla de tranquilidad y de afecto y a los que ahí dejé. Es que ... ;Bah! Le veo suspirando en su jaula, en su isla —tanto la exterior y geográfica como la interior—, y suspirando por libertad. Y créame, es mucho más dulce cantar enjaulado a la libertad, que estar

¹⁵ Vid. pág. 379 (45).

¹⁶ Vid. pág. 380 (46).

libre y sin canto. Nadie canta lo que tiene. Su *Oración de media noche*, su *Oración vespéral*, ¿todo se lo sugiere el aislamiento? ¿Y a qué cambiar acaso? Pero sí. En jaula más grande sentiría usted mayor anhelo de libertad, pues cuanto más se tiene más se siente lo que falta. Crecen nuestras necesidades a medida de nuestras satisfacciones. Aquí, y esto no es mucho mayor que eso —esto es la Península—, se le agrandaría lo que ahí le falta. Aquello de *¡Bendita la pobreza de mi casa!*, es delicadísimo, de esa poesía íntima y familiar a que nuestro recio temple rara vez nos lleva. Supongo recogerá usted todo eso; siquiera para satisfacción de unos pocos. Debe proponerle la publicación a la “Biblioteca Renacimiento” y diga a Martínez Sierra que soy yo quien se lo he indicado y que si algo puedo hacer para su mayor difusión, lo haré. Desde luego, recomendárselo a mis lectores de “La Nación”, de Buenos Aires (*).

Yo tengo material para otro libro de poesías, pero no sé cuándo lo daré.

Otras cosas: ¿Quién es un D. Luis Morales Sevil? ¿Qué hace Néstor el pintor? ¿Escriben algo los Millares? Déme noticias de eso, que lo recuerdo todo con deleite y no desconfío de volver por ahí (**).

Yo, como sabrá, metido en una brava campaña de agitación agraria que es también hacer poesía. El año este me lo he pasado con los doce ensayos *Del Sentimiento trágico de la vida*, que me publicó “La España Moderna” —desde el número de diciembre del pasado 1911 hasta el de éste—, y que es, creo, mi obra capital, sin excluir la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Esta habrá salido a la luz en italiano, y aquélla me la están traduciendo.

Ando ahora con cosas de teatro, y sobre todo con una *Fedra* moderna que no sé si me la pondrán en “El Español”. Es una tragedia muy desnuda, con la pasión en carne viva, sin retórica y con un mínimo de personajes y sin colaboración de escenógrafos, sastre, tapicero, etc. Lo que les leí ahí *El pasado que vuelve*, lo dejo para más adelante (***)).

Salude a todos los amigos, empezando por los Millares.

Sabe le quiere su amigo

Miguel de Unamuno.

(*Archivo Rafael Romero. Las Palmas*).

(*) Estas y otras poesías de “Alonso Quesada” formarían su libro de poesías *El Lino de los Sueños*. Madrid, 1915.

(**) Néstor Martín Fernández de la Torre, pintor canario, decorador de la Fiesta de los Juegos Florales de 1910. Luis y Agustín Millares Cubas, novelistas y dramaturgos insulares; en casa del primero hacia la tertulia Unamuno durante su estancia en Las Palmas, en 1910.

(***) Vid. Miguel de Unamuno: *Teatro...* Barcelona, 1954, pág. 19.

Nicasio León

N.º 1.

Sr. D. Nicasio León ¹⁷.

Madrid.

Gracias, amigo, por su carta. Al señor Alba ya se las daré, y acaso muy pronto, de palabra, cuando nos veamos en España libertada. Que mientras no se liberte de esos bárbaros separatistas de la civilización, sin más que serrín en la mollera y pus en el corazón, yo no quiero ni debo pedir libertad para mí. Además, mientras el Martínez Anido ^{17 bis} siga suelto, sin aperos ni bozal, ningún ciudadano honrado, es decir que no se resigna a silenciar en público la verdad, tiene ahí la vida segura. Por algo escapó Alba. Esperemos, pues, a que el Martínez Anido, hecha su paco-tilla, tenga que escapar.

En esta desnuda, sedienta y esquelética Isla —pero ¡tan hermosa!—, muy bien. Su clima es un tesoro de salud y su gente un tesoro de nobleza. Me han entrado en el cogollo del corazón. Cuando la pesadilla termine hay que exaltar a Fuerteventura, ya que lo merece todo. ¡Qué sanatorio! Yo creo que me alargo aquí la vida en unos años.

Estoy tranquilo por lo que hace a los míos. Como enseñé a trabajar a mis hijos, tres de ellos sostienen ya a los cinco y a su madre, y como no he pisado jamás una casa de juego no pude jugarme la fortuna de mi mujer —¡cinco duros en una monedita de oro que me trajo de dote!— y no necesito asaltar el poder para entregárselo a nuestros hijos.

Leería usted las declaraciones de Alba a “La Nación”, de Buenos Aires. ¡Gracias a Dios! ¡Ya era hora!

La enemiga a Alba que es Martínez Anido y sus trogloditas más que del Ganso Real —este mentecato es incapaz ni de odios ni de amores—, viene de que, después del rescate de los cautivos, veían que iba a la paz, lo único justo. Están empeñados en el desquite de lo de Annual, consecuencia de la injusta agresión antiprotectora del Silvestre aquel, y ese desquite es, sobre todo después del fracaso de lo de Tángel —tumba de la monarquía borbónico-habsburguiana y de su trogloditismo—, una pura bestialidad de mercenarios del honor de lance.

Lo que me extraña es que Alba perdona todavía al Rey. ¡Pobre mequetrefe!

¹⁷ Vid. pág. 381 (47).

^{17 bis} Véase nota 4 bis.

Espero la liberación de que la acción del extranjero levante los ánimos de los que en España —¿cuántos?— no son todavía ni machos, ni eunucos, ni mendigos, ni ladrones. Y nada más.

Desde este bendito rincón de estas benditas Canarias le saluda aceptando agradecido su amistad y ofreciéndole la suya

Miguel de Unamuno.

Puerto de Cabras de Fuerteventura, 14-IV-24.

Me encarga le salute nuestro buen amigo —¡qué excelente hombre!—
D. José Castañeyra.

AUTOGRAFOS

Presentación Suárez

N.º 1.

Los pensamientos, mi estimado señor, ni se dan aislados, sino en su planta, ni pueden producirse a pedido. Una frase o una sentencia apenas tiene valor fuera del sitio, de la ocasión y de la vez en que fue pronunciado. Y la originalidad consiste, más que en las ideas aisladas, en el modo de enlazarlas y animarlas¹⁸.

Queda suyo afmo.,

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 31-I-1907.

N.º 2.

Como usted comprende, señor mío, no puede decirse nada que vale la pena a una persona de la que sólo el nombre se conoce, no viéndole los ojos, no oyéndole la voz, no sabiendo nada de sus acciones o pasiones¹⁹.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 27-III-1907.

N.º 3.

¿Y qué quiere usted, señor mío, que le diga, y más teniendo así, a la vista, mi retrato, ¡ay!, a lo que parece? Ante un retrato propio se acuerda uno, yo al menos, de la sentencia del oráculo de Delfos: *Gnoze Seauton*,

¹⁸ Vid. pág. 333 (49). "En el modo...".

¹⁹ Vid. pág. 333 (49). "Sólo el hombre...".

“Conócete a ti mismo”, ¿pero es que se conoce uno mirándose? Y menos a un retrato y menos si éste le presenta un yo pasado. Porque cada día vamos dejando un yo en el camino (*) ; No le ha ocurrido a usted, soñando despierto, imaginarse una entrevista de su yo actual, de usted, tal como es ahora, con uno de sus yos pasados, con usted mismo tal cual era hace cinco, diez o veinte años? ; Si yo tuviese ahora delante a mi Unamuno de hace veinte años, cuando tenía veinticinco años de edad, y él me viese y conociese! ; Qué de cosas nos diríamos uno al otro!

Pero, en fin, no sigo, porque es cosa que me da qué pensar esto de que vivamos muriendo y enterrando cada día al de la víspera. Y basta de filosofiqueras ²⁰.

Le saluda desde Salamanca,

Miguel de Unamuno.

Febrero 15 de 1910.

(*) Vid. *De Fuerteventura a París*, pág. 90.

N.º 4.

No debo decir nada, porque en este aislamiento lánguido, bajo el toldo de estas nubes mimosas, sintiéndome ceñido al mar, se me exacerba mi problema, el mío propio, el que me distingue, o por lo menos creo que me distingue, de los demás mortales humanos, y ¿a quién le importa este mi problema? Ni a Dios. No debo, pues, decir nada, pero dicho queda ²¹.

Miguel de Unamuno.

Las Palmas de Gran Canaria, 26-VI-1910.

N.º 5.

Créame, sí, Don Presentación Suárez de la Vega, que no me reconozco en este retrato. Y no es que eche de menos aquella edad. Todas tienen su eternidad ²².

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 28-X-1934.

²⁰ Vid. pág. 383 (49). “Cada día...”.

²¹ Vid. pág. 384 (50). “¿Y a quién le importa?”.

²² Vid. pág. 385 (51). “Todas tienen...”.

Nieves del Castillo

N.º 1.

A Doña Nieves Castillo de Rivero ²³.

Agradecido recuerdo de un día de hospitalidad familiar, a largas leguas yo de mi familia, en un rincón perdido entre montañas, que es un remanso de quietud y de sosiego, entre vides generosas, lejos de todo tumulto mundano, en una verdadera isla dentro de la Isla. Y por todo ensanche de horizonte un boquete abierto al mar, es decir, al ensueño, a lo indeciso y movedizo y vago. ¡Y qué dulce debe ser ahí soñar en viajes y aventuras que jamás han de emprenderse, y sabiendo que no han de emprenderse, y fantasear tierras remotas! Y dejarse cunar por el canto de las olas, que no se sabe si es ruego o queja o rendimiento de gracia. Y dejar que así se vayan y vengán los días como las olas vienen y van, y esperar a la última ola, o a la que nos traiga el descanso, tal vez después de la tempestad. Una vida de dejarse vivir, o lo que es igual, de dejarse morir. Pero la lucha me reclama y llama, y a ella me debo. El descanso no puedo gozarlo sino así, a pequeños tragos furtivos. El día del Monte del Lentiscal no lo olvidaré tan aínas. Gracias.

Miguel de Unamuno.

Las Palmas, 18-VII-1910.

*(Archivo familia Rivero del Castillo).***Maruca Millares**A Maruca Millares ²⁴.*De la "Letanía al Mar" que dedicaré a su padre (*).*

Desde el cielo llegas — palpitante sábana
cantándonos recuerdos de aquel tiempo
en que no era el hombre.

²³ Vid. pág. 385 (51). "Remanso de quietud".²⁴ Vid. pág. 386 (52). "Quieto mar errante".(*) Esta poesía y otras, fechadas en Las Palmas, las leyó Unamuno en el "Salón Saint-Saëns", del Teatro "Pérez Galdós". También leyó *La Venda*, representada después en el "Teatrillo" de los Millares.

Cuna de la vida — de las tradiciones,
tu canto es el cantar de las sirenas
que todo lo saben.

Campo de misterio — tumba de ambiciones,
eterna esfinge azul de crin de plata,
¿cuál es tu secreto?

.....

Tú eres bebedizo — de consolaciones
y con tu sal nos curas las heridas
que tú misma abres.

Cuna de la vida — sé nuestro sepulcro,
en el santo silencio de tu pecho
acógenos, madre.

Y que luego tus olas — canten nuestra vida,
bajo el cielo impasible que te cubre
y es reino de muerte.

¡Cuna de la vida — tumba del olvido,
eterna esfinge azul de crin de plata,
quieto mar errante!

Esto es, en rigor, el cuento de nunca acabar.
Pero hay que hacerlo. Es nuestra desgracia.

Miguel de Unamuno.

Las Palmas, 18-VII-1910.

(*Archivo Dr. Paradas Farinós*).

Márgara Bosch

Perdóneme —¿verdad que me lo perdonará?—, señorita, que le haya tenido tanto tiempo en suspenso —no suspensa—. Le debo ya una satisfacción. Y no por ser señorita, cuanto por ser canaria y por llevar entre sus apellidos el de Millares, para mí tan querido. Me sorprende y me encanta al decirme que tiene dieciocho años y lee ... ¡mis novelas! ¡Mis novelas! ¡Y una muchacha de dieciocho años! Como escribo para seres humanos —*hombres*, incluyendo los dos sexos y todas sus edades— jamás supe especializarme. Pero veo que usted es ser humano. Me aterra pensar en aquellas señoras o señoritas —que no mujeres— que apenas leen sino los libros que les da el confesor o aquellos que se los quitan.

[Sensiblerías] que destilan mangla o pornografías que chorrean pus, que admiran un maniquí vestido con lujo o una estatua de carne desvestida, pero huyen ante el desnudo fuerte y casto, jamás si es desnudo del alma. Y es ese público, o esa pública —en la que entran ¡naturalmente! señoritos— la que está haciendo a los novelistas de hoy aquí, los que huyen de la tragedia. Y así hemos venido a un cotidianismo chabacano que se cree realista. ¡Realista! Lo real no es lo que uno ser (*sic*) entre bambalinas, sino lo que quiere ser. O lo que quiere no ser. Por lo que usted, Margot B. Bosch Millares, quiera ser o quiera no ser se salvará o perderá, y no por lo que sea. Salude a los Millares. Y a esa maravillosa Gran Canaria, cuyas cumbres llevo en el alma.²⁵

Le saluda,

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 21-VI-1920.

(*Archivo M. Bosch Millares.*)

ARTICULOS

N.º 1.

La despedida de Unamuno

UN RECUERDO PURO²⁶

Me llevo de esta ciudad de Las Palmas y de la parte toda de la isla de Gran Canaria que me ha sido dable recorrer hartos recuerdos, recuerdos que confío en que florezcan en mi memoria. Y tal vez logre un día —¡Dios lo quiera!— dar forma duradera a alguno de ellos.

Me llevo el recuerdo de un público atento y recogido, ansioso de entender y ansioso de conformar. De un público cuyo mejor aplauso es la atención.

Me llevo el recuerdo de mi excursión a Tejeda, tempestad de rocas petrificadas, y a Artenara; y el recuerdo del agradable sosiego de Teror, donde pasé la noche de San Pedro, oyendo el concierto de las ranas y de los caracoles marinos tocados junto a las hogueras. Y el recuerdo de aquel excelente alcalde, de D. Manuel Acosta, cuyas atenciones jamás

²⁵ Vid. pág. 387 (53). "Un cotidianismo...".

²⁶ Vid. pág. 388 (54). "Mi niñez...".

podré olvidar; y del médico Antonio Yáñez, con quien al punto me unió esa simpatía de los que sin conocerse se estaban buscando.

Me llevo el recuerdo de las horas de la tarde que mataba, mejor dicho que vivificaba en casa de Luis Millares, departiendo de lo humano y de lo divino —más acaso de lo divino que de lo humano— y bordeando de continuo al misterio entre una y otra taza de té. Y a aquellas lecturas entre aquel grupo de jóvenes que sueñan y que a su modo, un modo nada bullanguero, protestan.

Me llevo el recuerdo del silencio ... fiel de Macías Casanova, que me ha acompañado por donde quiera. ¡Y no es poco tener un silencio vivo, no muerto, por escudero! ¡Y ese silencio era también una protesta! Más protesta que los estampidos de más de un declamador sedicente revolucionario.

Pero permitidme que ahora os hable de otro recuerdo que me llevo.

A los que por mal de nuestros pecados o por nuestra mala suerte nos ha cabido en ésta el llegar a una cierta notoriedad, nos persigue en múltiples formas la indiscreción pública. Han de inquirir los desocupados qué comemos y qué bebemos. Pero sobre todo nos persiguen los coleccionistas de autógrafos de postales y a quien Dios confunda.

El hombre es débil; es así que yo soy hombre, luego soy débil. Y por serlo he sucumbido a las sollicitaciones de esos implacables vampiros, pero os conjuro muy seriamente a que contribuyáis cuantos leáis estas líneas a acabar con esa costumbre, además de insustancial y ridícula, vejatoria para la dignidad humana. Sería un día de liberación espiritual para un pueblo aquel en que todos los coleccionistas y las coleccionistas de autógrafos, álbums y postales, los quemasen, arrepintiéndose y haciendo propósito firme de no reincidir en tan feo vicio. Vicio de oquedad de espíritu, que es el peor de todos.

No me ha faltado el inevitable sablazo, por la intersección de tal o cual medianero, de una firma, o de un pensamiento, como si pudiese pensarse por encargo.

Padres, los que tenéis hijas, apartadles de esa manía. ¡Ah! Y no les enseñéis a tocar el piano.

Pero mientras unió y otra, guiados por la vanidad, me pedían la firma para su colección, presentáronse un día en el cuarto del hotel tres niños hermanos, José, León y Domingo Padrón, con una carta y unos pliegos de papel blanco. Y en la carta, que una persona mayor redactara y ellos firmaron, me pedían les enseñase a hacer pajaritas y ... otros juguetés de papel por el procedimiento del plegado y del cortado. Les dije que volviesen.

Y volvieron, y en un rato, antes de salir, les hice un pingüino —y os aseguro que el haberlo inventado garantiza mi ingenio más que la mayoría de mis producciones literarias—, una rana, una mesita y algún otro juguete. Y les dije que volviesen de nuevo.

Y un domingo, a la mañana, volvió sólo el más pequeño, Domingo, de ocho años, y mientras yo, tendido en la cama, lejos de mis hijos, plegaba y cortaba papel para ellos, mantuvimos una conversación. Y no la olvidaré nunca.

Este niño me sacó mi niñez a flor de alma, este niño me infundió el sentimiento de respeto que al hombre se debe. “Máxima debetur pueris reverentia”. Aquel rato de la mañana del domingo, del día santo, fue un rato de oficio de pureza.

—Dice, si hay aquí alguna señorita que sepa enseñar a hacer estas cosas, me dijo Dominguín.

—Y yo: que no lo sabía.

—Dice: si hay en la Península algún libro en que se enseñe esto.

—Y yo: que si le hay, no le conozco.

—Y usted, ¿ha inventado estas cosas?, me preguntaba.

—Y yo: que unas sí y otras no. El pingüino, sí, lo he inventado.

Y me sentía crecer dentro de mí al sentir cómo crecía a los ojos del niño.

Me informé de su vida toda, de sus estudios. Me dijo que aspiraba a llegar a Capitán. Es hijo de militar. Y yo me veía, acercándome ya a los setenta, rendido, acaso de luchar con mis armas por mi patria. Y él, Domingo Padrón, defendiéndola cuando empezaba a recobrar su antiguo esplendor. Porque España volverá a ser grande y respetada.

—Y tus hermanos, ¿qué van a estudiar?, le pregunté.

—Y él: “Según las manías de ellos”.

¡Qué respuesta! Así es, la vocación suele ser manía, una forma de locura.

—¿Quién es el más listo de vosotros?, le dije.

—Y él: “Mi padre dice que yo”.

—Y tú, ¿qué crees?, añadí.

—Y él, sencillamente, sin petulancia: “Lo mismo que mi padre”.

Esta serena y sencilla fe en el propio valor, fundada en el testimonio ajeno, es admirable.

Le hice un elefante, una tetera, un lirio, una góndola, una gorra de visera, una mitra; y el niño, que no me quitaba ojo, dijo con su serena sencillez:

—¿No sabe nada más?

¡Ah, es tan poco lo que sabemos, tan poco!... ¡Sobre todo ante un

niño! ¡Es tan poco lo que podemos enseñar a un niño!... Y lo que no podemos o no debemos enseñar a un niño es peor que si no lo supiéramos. Realmente es vanidad de vanidad, cuando no perversión de perversiones, aquello de Salomón que no quepa en el alma de un niño de ocho años que aspira a capitán de los ejércitos de su patria.

Le sometí a una especie de examen, me mostró sus conocimientos de geografía; le hice dibujar uno de esos deliciosos dibujos infantiles, *un tío* y un cuadrúpedo indefinible, fantástico, que tal vez sea la profecía de una fauna venidera. Le hice firmar el dibujo y me lo llevo como uno de mis recordatorios de Las Palmas.

La entrevista tenía que acabar. El se llevaba una buena cosecha, pero era mejor la que me dejaba. Me acordé de mis hijos, alguno de su misma edad. Me acordé de mis pequeños que esperaban la vuelta de su padre que se había ido allá lejos, más allá de los mares; y ocultando mi emoción —¡qué cobarde es el hombre!— le di un beso de despedida. Ese beso debió de repercutir, a través de los mares, allá en mi hogar. Acaso en aquel mismo momento besara su madre a alguno de mis hijos.

Salió Dominguíñ de mi cuarto llevándose un gran gorro de visera hecho a su medida con un número de "La Mañana", el elefante, la góndola, la mitra, la tetera y el lirio, todo en amable compañía, y me quedé yo pensando, mejor dicho, imaginando cosas indecisas y vagas.

No sé si algún día volveremos a encontrarnos en los caminos de la vida Dominguíñ Padrón y yo, pero si volvemos a encontrarnos, tal vez cuando él se halle en su primavera y yo en el invierno de mi existencia, ese encuentro despertará en mí el recuerdo de las horas más puras de mi vida.

Vive esa isla de Gran Canaria en una primavera perfecta; Dios quiera que en primavera perpetua vivan las almas de los que la habitan. Dios quiera que no sepan nunca más que lo que puede y debe saber un alma pura; Dios quiera que su manía sea llegar a capitanes de su patria, capitanes de una o de otra clase, que todo es arma y no menos la esteva del arado, el remo del barco, la vara del mostrador, o la pluma que la espada.

Y ahora, sólo me queda enviar a esa ciudad de Las Palmas por mediación de Dominguíñ Padrón, el que aspira a capitán, un nuevo saludo. Y no el último. Espero volver a verla.

N.º 2.

Por Manuel Macías Casanova

Recibí la noticia como él la muerte: en sacudida eléctrica. Recordaba las últimas palabras que me dijo aquel mi silencioso escudero en los dorados días que pasé en la Gran Canaria: ¡hasta Salamanca! Pensaba venir acá, desde esa Isla hasta esta isla también —isla de meditación y de reposo—, ¿por qué no he de decirlo?, en busca mía.

Ante una muerte trágica, misterioso agüero del destino, deben ceder ciertos pudores. Y diré que jamás me he encontrado en mis correrías por esta nuestra España con devoción semejante. No acabo de comprender, os lo digo con el corazón en la mano, lo que podía atraerle a mí a aquel hijo del silencio, ceñido de una prematura melancolía. Y yo en él recordaba mi juventud taciturna y melancólica también. Y soñaba hacer con él lo que conmigo mismo he hecho; soñaba en él un discípulo, un verdadero discípulo, el discípulo querido, con el que tanto soñamos los puestos a amaestrar cuando los años nos han ablandado el corazón en la trilla de los desencantos. Me sentía ya, junto a él, padre.

Y la muerte, la muerte trágica, me lo ha arrebatado de las manos. Es una flor que arrancó del árbol el granizo. Tal vez, como sentía el clásico, mueran jóvenes aquellos a quienes los dioses aman, pero no deben morir aquellos a quienes los pobres hombres amamos.

¡Pobre Macías! Ha sido una ilusión más que la muerte me arrebató, un muerto más para el cementerio de mi corazón, pues son en él ya más los muertos que los vivos.

Aún me parece verle, a caballo, por los trágicos barrancos de Tejeda, detrás mío, callando, callando, callando, mientras yo hablaba, hablaba y hablaba, teniendo a la vista, sobre un mar de niebla, como inmenso túmulo, Tenerife toda con su Teide sobre el cielo. Aún me parece verle, al anochecer, cruzar temeroso y vacilante, como bajo el vértigo, el monte de Osorio, camino de aquel Teror ceñido de reposado encanto. Aún me parece verle en Las Palmas, en casa de nuestro cordial Millares, oyendo con los ojos tristes tanto o más que con los oídos, y callando. Aún me parece verle ... y todo aquello que yo pensaba hacer de él se me ha hundido en la noche eterna.

Yo sí que puedo decir de él que se me murió. ¡Se me murió Macías!

²⁷ Vid. pág. 389 (55). "Aquel hijo..."

Dios —¡bendito sea hasta cuando nos castiga!— me arrebató una obra de las manos.

El callaba, callaba, pero lo oía todo, lo escudriñaba todo y todo lo tocaba. Por esto, por tocarlo todo, se murió.

Pocas, poquísimas veces, si es que alguna, me he sentido más querido, más hondamente querido que por Macías lo fui. Y en silencio, en el silencio protector de los más grandes cariños. Y pocas veces se ha encendido más pronto mi cariño hacia persona.

Tengo a la vista el programa, que se publicó, de la conferencia que después de mi salida de ésta se proponía dar ahí el malogrado Macías. Lo leo y encuentro en él reflejos de mis conversaciones. ¿Por qué no he de decir que los gérmenes de aquella conferencia abortada fui yo quien los puse en el espíritu de Macías? Iba a ser otra vez más que hablaba yo, a la vez que hablaba otro, conservando cada cual su independencia mutua, ante ese pueblo de Las Palmas, con el que tan recio recuerdo me une. Y la muerte al arrebatarme a Macías se llevó, en el silencio de éste, esas mis palabras traducidas.

Eran mis preocupaciones: lo que es una revolución y a su luz los sucesos de Barcelona, la actitud de la juventud frente al radicalismo español, la ramplonería del llamado libre pensamiento entre nosotros, la política en Canarias, el amor a la Ciudad, la vida de café y de burdel, el abrazo de la vida, la religión y la política entre sí, el misticismo en política, la "necesidad de despertar en el pueblo la inquietud metafísica, fuente de toda verdadera vida espiritual y de todas las hondas y fructíferas virtudes sociales". Pascal y por último "breves consideraciones acerca del fanatismo necesario". Os digo que aquel programa se lo hice yo.

¡Oh, si hubiera podido oírle desarrollarlo, si hubiera podido oírme renovado, rejuvenecido! No hay placer como el de recibir nuestras propias ideas cuando vuelven a nosotros de un viaje por fuera, renovadas, enriquecidas, con nuevos ecos, con nuevas resonancias. Son otras. Y la vida espiritual es esto: un cambio de ideas y de sentimientos. Y nadie puede decir de una idea: es mía. Son bien común y pasan de unas en otras, enriqueciéndose en cada uno. Pero aun así y todo...

¡Pobre Macías! Resuena en mí de continuo su silencio vivo, consagrado hoy por la muerte, y aquel devoto recogimiento con que me decía las pocas palabras que llegó a decirme. De estas pocas fueron algunas para hablarme de su isla de la Gomera e inducirme a visitarla. Quiso llevarme a la Gomera, al verde islote que meció los ensueños de su niñez, al nido de su melancólica taciturnidad. Y siento no haber ido a la Gomera sobre todo por él, por mi fiel Macías.

La suprema trágica, la muerte, me le arrebató con arrebato eléctrico. Y murió callando el que callando había vivido, murió sin decir su palabra, murió sin decir, tal vez, mi mejor palabra. Porque son otros, son nuestros hijos espirituales, son nuestros discípulos, los puestos por Dios para decir nuestras mejores palabras. Y yo que soñaba con que mis frutos de Otoño hubieran en él dado flores de Primavera...

El fin de la vida de un hombre es hacerse un alma y él murió cuando empezaba a hacérsela.

Dios me lo arrebató, y me lo arrebató cuando se disponía a venir acá, a mi Salamanca. No le dejó salir de sus Islas, no le dejó desaislarse. Llevóle a la isla eterna del eterno descanso, en torno a la cual canta el negro mar sin fondo y sin orillas, llevóle a la verdadera isla afortunada... ¿quién sabe?

El recuerdo que con esa isla canaria me une ha quedado consagrado por la muerte; entre ella y esta mi Salamanca notará siempre en mi memoria aquel Macías, tronchado en flor cuando se disponía a venir acá, trayendo recuerdos de esa tierra.

Y quedamos nosotros en la tierra, a hacer lo que nos toca, y lo que no pudieron hacer los arrebatados a ella antes de tiempo; quedó en la tierra a llevar a cabo lo que por mí pensaba hacer. Dura y recia tarea la del veterano que tiene que llenar el hueco del bisoño que se destinaba a sustituirlo en la fila de combate.

¡Pobre Macías! Dios me le arrebató; bendito sea Dios y que en su seno, en el seno del santo eterno infinito silencio, guarde a Manuel Macías Casanova. Y que un día sienta que su espíritu silencioso sale a recibir a mi espíritu, pasado el supremo trance (*).

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 23-IX-1910.

(*) "La Mañana", 30-XI-1910.